

Carmen Amil

Sin
Bragas
y a lo
Loco



se

Lectulandia

Me presento: soy Alicia; una mujer joven, independiente, trabajadora y a la que el cabrón de su novio engañó con su mejor amiga. Poca cosa quedaba de mí desde entonces, la verdad: ganas de comer palomitas con mantequilla y tragarme películas de Liam Neeson, de esas de tiros, muertes, desapariciones y un montón de sangre.

Hasta que llegó Oliver, con sus ojos azules, cuerpo de infarto y un genio insufrible. Y, por si fuera poco, mi nuevo y macizorro compañero de piso, Esteban, decidió que lo más natural del mundo sería pasearse siempre desnudo.

Cuando quise darme cuenta, me estaba acostando con los dos. ¿Pero qué coño pasa conmigo? ¿De mojigata monógama y aburrida a ir por la vida sin bragas y a lo loco? Esto no va a acabar bien, nada bien.

Lectulandia

Carmen Amil

Sin bragas y a lo loco

ePub r1.0

Titivillus 19.08.16

Título original: *Sin bragas y a lo loco*

Carmen Amil, 2016

Diseño de cubierta: Marta Pena

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Todas las oscuridades posibles

El portazo que dio mi compañera de piso al entrar debió de escucharlo hasta el vecino del quinto, el mismo que se pasaba el día escondido detrás de sus cortinas descoloridas. Maldito *voyeur*. Cuántas veces le había visto allí, agazapado, cuando mi ex me comía los morros en el portal. Aparté ese recuerdo de mi cerebro embotado y miré a Lydia, que cargaba tres bolsas del súper en cada mano y lucía unas ojeras tremendas con cara de bulldog enfadado.

—Tú sobre todo no te muevas, ¿eh?

Al gritar desde la entrada, su voz recorrió el pasillo con un eco siniestro que aún la hacía parecer más cabreada. Tenía que acordarme de volver a poner las alfombras un día de esos.

—Lo que usted ordene —contesté repantingada en el sofá.

Oí ruido en la cocina. Puertas que se abrían. El ventilador de la nevera, el sonido de los botones de la vitrocerámica y la cafetera clásica hirviendo agua. Me encogí de hombros y devolví la mirada a la reposición de *Los Serrano*. Pobre Guille. Le había dejado Teté.

Lydia asomó la cabeza por la puerta del salón y clavó en mí sus penetrantes ojos negros.

—¿Hoy tampoco piensas quitarte el pijama?

Me miré los deditos de los pies, enfundados en unos calcetines de lana blancos con dibujos de copos de nieve. Los moví y ella se sentó a mi lado, cruzando los tobillos.

—Pues no. No veo la necesidad.

—Mírame cuando te hablo —exigió.

Subí el volumen de la tele y la ignoré por completo. Por el rabillo del ojo vi que negaba con la cabeza, lo que hacía que el moño enorme que llevaba en la coronilla se agitara de derecha a izquierda. Casi me dio la risa. Casi.

—Venga, Ali, hagamos algo. ¿Me ducho y vamos a comer al chino grasiento?

—No tengo ganas de salir. Pídelo por teléfono.

Bufó y se levantó sin contestar. Aún llevaba puesto el uniforme del hospital, pero se había quitado los zuecos y caminaba descalza, sin hacer ruido. En la puerta se giró y me lanzó una mirada que habría podido fundir el hielo.

—No puedes seguir así, lo sabes, ¿no? ¿Hace cuánto que lo dejaste con Pablo?

—Virgen santa, Lydia, déjame en paz.

—Como quieras.

Y en lugar de sentirme mal o culpable, alcancé el móvil y llamé al chino para pedir rollitos primavera y *noodles*. Ella se fue sin mí, claro, aunque a mí me daba todo igual.

Me desperté a las ocho menos cuarto en el mismo sofá y casi en la misma posición. Aún llevaba encajados los cascos del *iPod* y me dolían los oídos. Sonaba *What's left of me*, del último disco de Bon Jovi, el mismo que me parecía una bazofia pero que no podía borrar porque... Joder, porque era Bon Jovi. Mi futuro marido.

Poca cosa quedaba de mí, la verdad: ganas de comer palomitas con mantequilla y tragarme películas de Liam Neeson, de esas de tiros y muertes y desapariciones y un montón de sangre. Moví el cuello despacio mientras esperaba a que mis ojos se acomodaran a la oscuridad del salón y crujió con fuerza. Qué grima, joder. Tenía hambre, así que pensé que un sándwich me vendría bien, porque ganas de cocinar, pues tampoco tenía. Quitó del sofá los restos del chino por no aguantar a Lydia y me fui a la cocina.

Mientras volvía al salón, escuché un pitido continuo que procedía de mi portátil, que hibernaba desde sabía Dios cuándo. Moví el ratón y una ventana de Hangouts apareció en medio de la pantalla. Era mi jefa, que ya llevaba varias horas protestando por escrito. Cacé las dos últimas frases con auténtico terror:

Los de la agencia de publicidad no están nada contentos con la estrategia de comunicación que estás siguiendo.

ESTAMOS EN CRISIS, HAZ EL FAVOR DE VENIR INMEDIATAMENTE.

Me daba una pereza extrema, pero el deber me llamaba, así que me vestí con prisa. No recuerdo el modelito que llevaba, aunque sí que cogí la americana para parecer ligeramente más profesional. Una cola de caballo bien tirante tendría que bastar para aparentar que era una persona decente que no se dejaba llevar por el pánico.

Salí a la calle a paso rápido y sin parar de darle vueltas a la forma en la que tendría que convencer al cliente. Tendría que recular y darle la razón, estaba segura de ello. Aún no había llegado a la parada del autobús, cuando mi teléfono volvió a sonar, interrumpiendo la vorágine de argumentos que estaba preparando mentalmente. Era mi jefa llamándome de nuevo, así que contesté mientras apretaba el paso, pensando que llegaba tarde.

—Alicia —dijo, sin saludar—, he conseguido apagar las llamas.

Me sorprendió, ya que su fuerte jamás habían sido ni la diplomacia, ni las aptitudes comerciales.

—¿Cómo?

—Dándole la razón.

Todo en su respuesta y su tono me hacía pensar que estaba extremadamente enfadada. Lo que no sabía era si la razón era yo o que había tenido que bajarse los pantalones con un cliente.

—¿Y ahora qué tenemos que hacer?

—Vete a casa. Reescribe la estrategia de marketing y mándamela para que la

revise antes de enviársela, no quiero que vuelvas a fastidiarla otra vez.

Por una parte me alegraba volver a ponerme el pijama, pero por la otra, me enfurecía que me hiciera sentir como una completa idiota. Sin embargo, el resultado fue estar triste, quizás porque cada vez tenía más claro que mi carrera profesional estaba estancada y ni siquiera me sentía valorada.

Salí del ascensor visualizando mi cama y echando cuentas mentalmente de las horas que iba a poder dormir. Un gemido bajo, procedente del descansillo de las escaleras llamó mi atención.

—Dios, házmelo más fuerte.

—Shh... Silencio, nena.

Reconocí la voz y contuve una risita. Lydia chuscando, eso sí que era una novedad. Me quedé allí de pie, sin encender la luz. Sabía que no debía, pero bueno, ya se sabe que la curiosidad mató al gato. Y coño, que era Lydia teniendo sexo, y en público, ¿quién me lo iba a decir? Por los sonidos que escuchaba, se lo estaban haciendo bien. Entreabrí la puerta y asomé la nariz sin hacer ruido. El ventanuco del rellano dejaba pasar la luz tenue y anaranjada de una farola y a contraluz la vi cabalgando, con la falda enroscada en la cintura, las manos de él cubriéndole los pechos y ella apoyando la espalda contra las rodillas del chico. Me deleité con la vista, lo reconozco, porque ellos estaban tan absortos que no se habrían dado cuenta de mi presencia ni aunque hubiera una señal luminosa con luces naranjas encima de mi cabeza, y porque yo soy una morbosa confesa.

Recorrí con la mirada sus brazos, su vientre sudoroso y sus piernas. Casi me muero repentinamente cuando reconocí el tatuaje de su gemelo izquierdo. Aún recuerdo el día en el que acompañé a Pablo a hacérselo, hará dos años. Llevábamos uno y medio saliendo.

—Joder, cariño, es que es muy feo.

—Pero, ¿quién va a hacérselo? —dijo, ajustándose el vaquero—. ¿Tú o yo?

—Soy yo la que tendrá que ver el demonio ese cuando follemos.

—Pues hazme el amor y mírame a los ojos.

Y me reí, claro, porque con Pablo siempre acababan así todas las discusiones.

Cogí aire con fuerza y apoyé la espalda contra la pared. Seguía escuchando los ruidos del *folleteo* y me dieron ganas de vomitar. Me tapé las orejas con las manos, muy fuerte. En aquel momento, lo juro, quise morirme. Una sensación caliente nació en mi estómago, expandiéndose por todo mi cuerpo. Furia. Furia como no había sentido antes en mi vida. Quise explotar en un millón de trozos candentes, pero en lugar de eso, pegué un manotazo en la puerta.

—¡Fuera de aquí, hijos de la gran puta!

Después todo fue caos. Pablo vistiéndose a toda velocidad y saliendo, corriendo sin levantar siquiera la mirada ni decir una palabra. Lydia intentando bajarse la falda, pidiendo perdón de todas las maneras posibles. Se arrodilló, me abrazó las piernas, suplicó y lloró. Yo, por el contrario, solo notaba cómo empezaba a invadirme una

sensación que parecía una mezcla de desesperación y de indiferente frialdad. De un empujón la obligué a irse escaleras abajo, con la ropa descolocada, y le pedí entre gritos que no volviera nunca más, que ya le diría yo a mi hermano que le devolviera sus cosas. Cuando cerré la puerta, me dejé caer al suelo y pensé en todas las veces que lo habrían hecho en mi casa cuando yo no estaba, en su cama, en la habitación de al lado. Pensé que ya no podría caer más bajo. Había tocado el fondo más profundo de todos los fondos posibles, pero eso tenía que significar que las cosas ya solo podrían ir a mejor, ¿no?

Capítulo 2

Levantar el vuelo

Mi hermano Isra se presentó en mi casa al tercer día, como la resurrección de Jesucristo. Dijo que como no cogía el teléfono había llamado a Alejandra, Álex para todo el mundo. Era mi mejor amiga y la única que sabía a medias lo que había pasado por un escueto *whatsapp* en el que también le decía que necesitaba un tiempo sola, de regodearme en la miseria, para poder superarlo. Ella, cumplidora como pocas y sabiendo que agobiarme no serviría de nada, me contestó con un «llámame cuando necesites llorar» y me dejó en paz.

Mi hermano era harina de otro costal. Se instaló en lo que yo llamé *la habitación del pánico*, que encontró tal y como Lydia la había dejado. La limpió de arriba a abajo, cambió las sábanas y las lavó en el mismo momento en que yo empecé a gritar que seguro que se habrían corrido un millón de veces en mi cama de invitados. Mi paciente hermano abrió todas las ventanas y colocó ambientadores de pino en la mesa y láminas de Warhol en las paredes. Todo en un intento de cambiar aquel cuarto en el que yo afirmaba que no volvería a entrar nunca jamás porque mi imaginación me jugaba muy malas pasadas.

Un miércoles lluvioso, Isra entró en el salón, cogió una silla y se sentó enfrente de mí. Me miró fijamente con esos ojos azules que tenía y que había heredado de papá, junto al pelo rubio oscuro, que llevaba de punta en aquel entonces. Nos parecíamos como un huevo a una castaña, porque yo era morena y tenía un color de ojos indefinido entre almendra y verde. Me palmeó la rodilla con cariño.

—Ali, cariño...

—Ahórrate el tacto, Isra —dije malhumorada, sin desviar la mirada de la tele. No sé cuántas veces había visto ya aquel capítulo de *Friends*, pero evitaba que tuviera que prestarle atención a aquella conversación que no me gustaba nada.

—Bueno... Ya hace un mes que me instalé contigo y... Yo qué sé...

«¿Un mes? ¿Ya? Joder, cómo pasa el tiempo» pensé.

—Que te quieres ir, pues adelante, rey, que ya soy mayorcita.

Se revolvió el pelo con desesperación.

—No, no me quiero ir. Pero es que tú no avanzas. Llevas ahí tirada un mes, en pijama y no haces nada.

—Eso no es justo —atajé—. Trabajo.

—Trabajas en casa, Ali. Eso no cuenta como «hacer algo» —remarcó con retintín.

No supe qué contestar, porque sabía que tenía razón. Ni siquiera tenía la certeza de haberme cambiado el pijama, porque todo el tiempo me lo había pasado como en una bruma borrosa.

Miré el pantalón blanco metido por dentro de unos calcetines verdes y la sudadera

azul que una tía mía me había regalado hacía cosa de dos siglos y que me llegaba a la mitad del muslo. No estaba precisamente *sexy*, y el moño bajo a la altura de la nuca, que solo llevaba para mantener el pelo sucio a raya, no ayudaba mucho. Isra siguió hablando.

—Me da la sensación de que... No sé, si sigo aquí tú vas a seguir sin salir, ni levantarte, ni cambiarte. Te quiero mucho, Ali, pero por eso voy a irme. Igual así bajas la basura y te da el aire.

—Ya.

—Haré las maletas esta tarde. Y deberías llamar a Álex, te echa de menos.

—Ya.

Estaba inundada por una sensación de apatía extrema. Me daba igual que se fuera, que se quedara, que Álex me echara de menos y que mi pelo estuviera hecho una puta mierda. Lo único que esperaba era que el tiempo pasara rápido, para volver a ser persona lo más pronto posible. Sabía que tenía que pasar el mal trago de sufrirlo sola, pero no me había dado cuenta de que no estaba superando nada. Tampoco me permitía pensarlo mucho. Después de aquella tarde no volví a llorar ni a gritar, como si las emociones que debía sentir se hubieran ido de vacaciones, como si me hubiera anestesiado con drogas duras.

Cuando me desperté al día siguiente, Isra ya no estaba. Me había dejado la cafetera preparada y un *post-it* en la encimera.

Vuelve pronto, Ali.

Te echo de menos.

I.

Me pareció una gilipollez, para qué negarlo. ¿De dónde coño tenía que volver? Yo no me había movido de mi sitio, era él el que me dejaba allí, sola y asqueada.

Abrí la nevera. Vacía. Y otro puñetero *post-it* entre las baldas, sujeto con un limón de color parduzco y con la misma letra casi indescifrable de mi hermano.

Mueve el culo, vaga de mierda, y sal a comprar.

I.

Pensé en seguir mi rutina de llamar al chino, pero, sinceramente, me preocupaba el rumbo que estaba tomando el tamaño de mi culo, aunque tampoco había sido nunca de talla 36. Ni 38.

Cerré la puerta de la habitación del pánico sin siquiera dedicarle una mirada al pasar en dirección a mi cuarto y me enfundé unos vaqueros viejos, gastados, y rotos. Tan rotos que se me veían los pelos de las piernas. No me molesté en cambiarme la sudadera enorme, me calcé las Converse roñosas en los pies, cogí el primer bolso que pillé y me cepillé el pelo más por inercia que otra cosa, porque la grasa no se iba a

quitar peinándome. Lo sujeté con una goma a la altura de la nuca. Dedicué cinco segundos a mirarme en el espejo. No me di el visto bueno, pero me daba completamente igual. Salí sin cerrar con llave. Tampoco sabía si las llevaba. Pensé que como excursión del día tendría que servir con el supermercado de enfrente, aunque no tuviera pescadería y la carne que vendían fuera de dudosa calidad. El sol me daba en los ojos, no quería caminar más de la cuenta.

Desgraciadamente, me entretuve en la frutería más tiempo del que pretendía.

—¿Ali?

Me giré cagándome en todos los muertos del mundo. No quería encontrarme con nadie con esas pintas, era parte del encanto de quedarme en mi barrio de mierda. Maldije entre dientes hasta que me crucé con aquella cara que conocía casi mejor que la mía.

—Eh... —titubeé—. Hola, Álex.

—Ni hola, ni hostias, mala puta.

Un par de personas que hacían cola en la frutería se giraron para mirarnos. Yo hice un gesto con la mano, algo que pretendía ser un «no la conocéis, pero en el fondo es normal».

—Por favor te lo pido, no me eches la bronca en el súper.

—Tengo derecho a echártela aquí, en medio de la calle y delante de todos tus conocidos si me da la real gana.

Se cruzó de brazos ladeando la cabeza y toda su melena pelirroja, que llevaba el doble más largo y perfecto de lo que yo lo había tenido nunca, le cayó por el hombro derecho.

—Tienes razón, pero joder, entiéndeme.

Entrecerró los ojos de color marrón rojizo, porque hasta para eso era pelirroja la *jodía*, y me agarró la mano, tirando de mí en dirección a la sección de alcohol.

—Espera, Álex, ¡déjame coger la cesta!

Se giró, miró la cesta en la que llevaba el pan, lasaña de esa congelada y una lechuga mustia, soltó una risita y siguió tirando de mí, dejándola ahí olvidada, sola y abandonada. Paró delante de una estantería.

—¿Albariño o Rueda? —dijo, con una botella en cada mano.

—No sé si...

—Tienes razón. Tequila. ¿Tienes limón en casa?

Pensé en el adorno del *post-it* de la nevera, de dudoso color parduzco, y negué con la cabeza.

—Pues venga, trae un par. Voy a coger algo para hacerte una comida decente. — Se echó a reír—. Nunca pensé que diría esto sin una polla de por medio.

Como un cordero degollado volví a la frutería, cogí limones y mi cesta abandonada, sal, porque ni siquiera sabía si en casa tenía, y ella vino corriendo desde el otro extremo con dos paquetes de pasta, una lata de tomate y queso rallado. Pues menuda mierda de comida decente me iba a dar.

Dos horas después me sobraba la sudadera, tenía calor y las mejillas rojas. Me patinaba un poco la lengua, pero eso no quería reconocerlo. Ahí estábamos las dos, mano a mano en el sofá, sentadas a lo indio y descalzas, con la botella entre nosotras y las bandejas tiradas con restos de pasta en el suelo. Ella se había recogido el pelo en una coleta alta impoluta para que no le molestara al beberse los chupitos como si fueran agua.

—¿Ya se ha ido tu hermano?

—Sí. No me aguantaba más.

—No me lo creo, si Isra es un sol.

—Deberías follártelo.

—No se deja.

Abrí los ojos de par en par.

—No me jodas, Álex.

—No quiero joderte a ti, quiero joderle a él, pero no hay manera.

—Sácate una teta, verás cómo se deja convencer —dije y me tragué de golpe el quinto chupito de José Cuervo.

—¿Cómo lo llevas?

—¿Que te saques una teta para follarte a mi hermano? —Puse los ojos en blanco —. No acaba de convencerme.

—Qué graciosa. Lo de... Ya sabes. Lydia y Pablo.

Me abracé a mí misma, porque de repente me costaba respirar.

—Yo qué sé. Ni siquiera le he dado demasiadas vueltas.

—Pues para eso podías haberme llamado.

—Lo sé. —Bajé la mirada—. Lo siento.

—Cada uno supera los traumas como quiere. O puede. ¿No?

Me guiñó un ojo y también tragó de golpe otro chupito. Recordé el día en que ella se enteró de que su ex, el innombrable, le había puesto los cuernos. Se había pasado una semana encerrada en casa, según ella «llorando, fumando y masturbándose con frutas de forma fálica». Nunca había entendido la relación entre las tres cosas, pero al pensarlo encendí un cigarro y le pasé a ella la cajetilla.

—¿Has sabido algo de ella? —pregunté, dudosa.

—No. Solidaridad femenina.

Decidí cambiar de tema.

—Bueno, ¿cómo te ha ido este mes?

—Según se mire. Me han echado del curro.

Llevaba año y medio de redactora en una revista de moda, con artículos semanales fijos que además de ser rematadamente sabios, eran muy divertidos. Yo tenía varios pegados en el corcho de mi habitación.

—¡¡¿¿Qué dices??!!

—Sí, ya sabes cómo estaban las cosas en la empresa. La crisis, reducción de personal. —Hizo una pausa para dar una calada larga—. Al final echaron a la última

en llegar. Es decir, yo.

—Joder, soy una amiga de mierda. Perdóname.

Durante más de media hora nos dedicamos a despotricar de jefes hijos de puta, los suyos y la mía, que me monitorizaba desde casa, pero luego no tenía tiempo para pagarme con regularidad. Disfrutamos retomando la idea de que deberíamos volver a pensar en montar nuestro propio negocio y prometimos darle una vuelta, pero de verdad. Luego Álex volvió a ponerse seria.

—¿Qué vas a hacer con la habitación que te sobra?

—Ni idea. Isra se fue esta mañana y según pasé por delante, la cerré.

—Qué maduro.

—Sí. Estoy por quemarla y salir corriendo.

—Pues no creo que eso le guste a tu casero.

—Bah, que se joda, igual así me baja el alquiler.

—Hablando de eso, ¿puedes pagarlo tú sola?

—Joder, cuando te da por un tema...

—Contestame.

Pensé en mi piso de noventa metros cuadrados, dos habitaciones, salón, cocina y dos baños, ubicado a diez minutos del centro, en un tercero con ascensor que tiene hilo musical. Negué con la cabeza.

—Si pago el piso, la comunidad y las facturas, no como. El mes pasado me ayudó mi hermano, pero no, qué va. Ni de coña. No me da ni para arroz a la cubana.

—Hablando de cubanas, el sábado conocí a un tío que...

—¡Álex, por favor!

—Perdón, perdón. Entonces, ¿vas a volver a buscar compañera? ¿O compañero?

—Pronunció la última pregunta con toda la picardía que solo ella podía darle.

—Supongo que tendré que hacerlo. Pero es que no tengo fuerzas, ni ganas, ni nada.

—Eso es una gilipollez, pásame el portátil.

Mientras yo encendía el portátil con bastante dificultad a costa del tequila, ella se levantó un poco tambaleante con el móvil en la mano. Escuché como fotografiaba todos los rincones de la casa con la cámara de su iPhone. Luego se arremangó las perneras de los pantalones a la altura de las rodillas y volvió a sentarse a lo indio. Se puso mi querido Sony Vaio, viejito pero aún eficiente, entre las piernas, y con la soltura que le daba haber sido redactora en una revista, tardó cinco minutos en subir anuncios a todos los portales de alquileres que encontró por Internet. Después, llenó los vasos de chupito hasta arriba, puso sal en nuestros puños y dejó dos rodajas de limón en su rodilla. Alzó un vaso.

—Por tu nueva vida.

—Y por la tuya —contesté con la primera sonrisa sincera en un mes.

Capítulo 3

Speed

Put a resaca, joder. Me dolía la cabeza como si mis neuronas hubieran decidido aprender a bailar bachata. El sol de enero entraba a borbotones por la ventana, a la que no le había bajado las persianas. Como para acordarme de esas menudencias estaba yo la noche anterior.

Salí corriendo al baño en cuanto me moví mínimamente en la cama, pero después de vomitar y de darme una ducha, me sentí mejor. Cuando salí, envuelta en una toalla rosa y con el pelo empapándome la espalda y sin peinar, me encontré con Álex. Estaba clavada debajo del marco de la puerta, sin rastro de resaca, ojeras ni nada que no fuera estar espectacular con aquellos vaqueritos claros y su jersey de cuello vuelto, ajustadísimo a su figura despampanante. A veces la odiaba.

—Te daría los buenos días —dijo de buen humor—, pero creo que estás pachuchilla.

—Menuda idea de mierda has tenido con el tequila de los cojones, guapa.

—¿No trabajas hoy?

—No. Ayer le pedí el día libre a mi jefa para arreglar la casa y esas cosas.

—Arréglate tú primero, cerda.

Señaló mis piernas peludas y tuve que darle secretamente la razón. Tocaba día de autocontemplación y belleza femenina. Iba a tardar mucho en arreglar aquel desastre. De pronto, me di cuenta de que ella tenía el bolso en la mano.

—¿Ya te vas?

—Sí.

—¿No te quedas ni siquiera a desayunar conmigo?

—No.

—¿Café?

Ella sonrió, compasiva.

—Ali, cariño, sé que tienes miedo a que te deje sola y volver a autoflagelarte, pero he quedado. Y tú tienes que arreglar tu cabeza sola.

—¿Y si te propongo irnos de rebajas? —Esbocé un pucherito.

—Que no insistas, pesada.

—¿Vas a follar?

—Mucho y muy fuerte.

—Te perdono porque yo soy peor amiga que tú.

Se rio y me abrazó. Luego me dio un beso en el pelo porque, como levantaba poco más de metro y medio del suelo, le llegaba a la altura de la barbilla. A mitad del pasillo, mientras yo me cepillaba el pelo, ella se giró.

—No vuelvas a desaparecer así. Nunca.

Asentí sin decir nada, porque tenía miedo a resquebrajarme en cualquier

momento y volver a ser un vegetal delante de la tele.

Me pasé el resto de la mañana depilándome e intentando ser una persona decente. A la una y media me aburría soberanamente y la verdad es que eso me daba miedo, así que decidí que lo mejor sería comer en el restaurante de la esquina y, después, irme de compras.

Volví a casa con dos vaqueros, unos pantalones tobilleros, cuatro jerséis y una camiseta de *Sons of Anarchy*.

A las ocho el teléfono me sorprendió bailando desnuda *Stronger*, de Kanye West, que sonaba a todo volumen en el ordenador de mesa que tenía en la esquina del salón y que solo utilizaba para descargar cosas y poner música. Nada más sentí la vibración del móvil, pulsé el botón de pausa y contesté sin mirar quién llamaba.

—¿Diga?

—Hola, llamo por lo del anuncio —contestó una voz de hombre, grave, que resbalaba como chocolate fundido.

Recorrí los rincones de mi memoria en busca de cualquier cosa relacionada con anuncios, pero no se me ocurría nada.

—Creo que se ha equivocado.

Y colgué antes de seguir bailando en pelotas, pero solo unos segundos después, la vibración volvió a insistir en joderme el bailecito cachondo.

—¿Sí?

—Disculpe, pero he comprobado el número en internet y creo que he marcado bien. Llamo por lo del piso cerca del centro.

De repente un destello me iluminó la memoria. Maldito tequila, maldito alcohol, maldita Alejandra y malditas ideas de bombero retirado.

—¿Puede darme un momento?

—Supongo —dijo, cortante.

Me acerqué a la esquina, sujeté el móvil entre la oreja y el hombro, abrí Chrome en el ordenador y busqué en mi correo la confirmación de lo que estaba oyendo. «Alquilo habitación en piso amplio y luminoso a diez minutos del centro».

—Pues parece ser que sí, que es aquí.

—Estupendo. ¿Puedo verlo?

—¿El qué?

—Joder, el piso.

Me puse roja, porque aquella voz cortante me ponía nerviosa y hasta yo me había dado cuenta de que había contestado una gilipollez.

—Claro. ¿Cuándo le viene bien?

—Estoy en el barrio. ¿Podría ser ahora? Tengo un rato libre y otros tres que ver por la zona antes de cenar.

Contesté que sí y colgó sin despedirse, asegurando que en diez minutos estaría en el portal. No me gustó. Primero porque parecía antipático y segundo porque tenía

pene. No me veía preparada para compartir piso con un pene.

Aun así, me puse un vestido ajustado de punto y cuello vuelto, unos botines con un poco de tacón, rímel, las ondas del pelo revoloteando a mi alrededor y una sonrisa en la cara antes de bajar, con la firme intención de ser simpática. Necesitaba el dinero, para qué negarlo.

El portal tenía el típico cristal que por fuera es espejo y que los que vivíamos allí utilizábamos para descojonarnos cuando la gente lo usaba para peinarse o quitarse la roña de entre los dientes. Aproveché para echarle un vistazo al tipo en cuestión, que ya esperaba de pie con las manos cruzadas a la espalda, tieso como si le hubieran metido el palo de una escoba por el culo. Le sobraban unos quilos, pero de esa manera que a ciertos hombres les hace parecer más fuertes. Tipo «osito», los llamaba Álex. Era alto y llevaba unos vaqueros que le sentaban como un guante, una americana negra y una camisa gris. Y recuerdo que pensé algo tipo «pues yo le daba».

—Hola —saludé cohibida al abrir la puerta del portal.

No dijo nada, solo me dedicó una mirada escueta, se acercó, me agarró por la cintura y me dio dos besos, rozándome con su barba incipiente. Tenía el pelo muy corto y espeso, negro como el carbón, y los ojos más verdes que he visto en mi vida, color botella de vino de la zona de Valladolid. Desbordaba una seguridad que me hacía sentir pequeña. Era una sensación extraña.

—Soy Esteban.

Esteban. Joder. Me mordí la lengua para no hacer el puñetero chiste del banco, porque seguro que lo había oído varios millones de veces y no estaba preparada para que alguien me odiara tan pronto. Mordí más fuerte.

—Encantada. Yo Alicia.

«Jau. Yo Alicia. Tú y yo follar». Agité la cabeza para ordenar las ideas y moví las manos delante de mi cara, con la secreta esperanza de poder articular frases completas de ahí en adelante.

—¿Subimos?

—Claro.

En el ascensor, su olor llenaba todos los rincones. Era penetrante —je, je, je—, masculino, contundente. Oí su voz de pasada, pero no me había enterado de nada de lo que había dicho, perdida como estaba en el mundo de Mucho Follar.

—Perdona, ¿qué?

Puso los ojos en blanco y empecé a pensar que debía creerse que era medio retrasada.

—Que si en el precio van incluidos los gastos, van aparte o los paga usted.

Estupendo, yo ni siquiera sabía de qué precio estábamos hablando.

—Ya lo negociaremos. Y tutéame, por favor. —No se molestó ni en contestar. Ladeó ligeramente la cabeza, como si pusiera especial atención al hilo musical—. Siempre es la misma —dije.

—¿Perdón?

—La música —maticé—. Siempre suena la misma. Uno llega a dejar de escucharla con el tiempo.

—Ah.

Cambié el peso de un pie al otro. Ay, señor, qué mal se me daban los silencios incómodos y cuánto los odiaba.

—¿Te gusta el barrio?

—Supongo.

Por fin sonó el pitido que anunciaba que habíamos llegado al tercero y solté un suspiro de alivio. Nunca un viaje en ascensor se me había hecho más largo. Él abrió la puerta con una mano y la sostuvo para dejarme pasar, haciéndome un gesto con la otra mano.

—Pasa, por favor.

—Gracias.

Al pasar tan cerca volvió a invadirme su perfume. Joder, qué bien olía y qué ganas me daban de repente de que mis sábanas olieran igual. «Frena, Alicia. Stop» pensé.

Abrí la puerta de casa y me adelanté, sintiendo que me seguía solo por el ruido de sus pasos. De refilón reflexioné que compartir piso con ese tío debía de ser un infierno.

—Este es el recibidor.

«Obviamente, es lo que suele haber en la entrada de las casas. Joder, Alicia, te estás coronando». Seguí hacia adelante, por el pasillo.

—Esta es la cocina, ahí está el baño y al fondo el salón. —Señalé con el dedo y dejé que lo viera de pasada, sin que pareciera que le diera mucha importancia.

—¿Qué habitación es la que alquilas? —preguntó, de nuevo cortante—. ¿La del fondo?

—No, esa es la mía. La que está en alquiler es la que está a mano derecha.

Se quedó clavado en medio del pasillo.

—¿Puedo verla?

—Sí, claro, se supone que has venido a eso.

Pero en lugar de entrar en la habitación libre, entró en la mía y a mí me entró el pánico.

—¿Qué haces?

—Fisgar.

—Es mi cuarto.

—Ya lo veo. ¿Te incomoda?

Se giró para mirarme y vi la primera sonrisa en su rostro, que era más pícara que amigable.

—Pues sí, la verdad.

—¿Celosa de tu espacio?

—Mucho.

Miró las paredes, cubiertas con pósters de mis películas favoritas y estanterías repletas de libros. Se acercó a una de ellas y cogió un libro al azar: *El nombre del viento*, de Patrick Rothfuss. Me retorcí las manos en la puerta.

—Justo en el clavo, has cogido mi favorito.

—Curioso.

Lo dejó donde estaba y salió sin mirarme. Le seguí como un corderito, sintiéndome pequeña otra vez, y no solo porque me sacara dos cabezas, sino porque me sentía como una niña que no sabe qué hacer cuando un adulto la ignora. Entró en la habitación del pánico y revisó las láminas que Isra había colgado aquí y allá.

—Odio a Warhol.

—Pues te jodes.

Hablé sin pensar, harta ya de tanta hostilidad. Esta vez sí me dedicó una sonrisa de verdad, curvando aquellos labios finos sin llegar a mostrar los dientes.

Mi móvil sonó, dejando en el aire la melodía de *Surrender*, la canción de Billy Talent.

—Perdona.

—No, ya me voy. Te llamaré.

Y, cogiéndome desprevenida, volvió a agarrarme la cintura con las dos manos, tan grandes que casi me abarcaba, y me clavó dos besos que, junto a su maldito olor, me dejaron medio imbécil. Ni siquiera me moví. En unas cuantas zancadas largas llegó a la puerta y se fue sin despedirse.

La insistencia del móvil en mi mano me sacó del ensimismamiento.

—¿Diga?

—Pero cómo que «diga», puta.

—Hola, Álex.

—¿Cenamos?

—¿Pero tú no estabas follando mucho y muy fuerte?

—Me escuece el chichi, estoy harta de chingar. ¿Chino?

—No, chino no. Estoy cansada de chino.

—Vale. Llevo un par de pizzas.

Colgó sin despedirse y yo solté una carcajada. «Qué tía».

Me cambié de ropa, me puse unos vaqueros rotos, una camiseta amplia que me dejaba un hombro al descubierto y me recogí el pelo en un moño alto y medio deshecho. Me repantingué en el sofá con un botellín de cerveza en la mano y, media hora después, la puerta se abrió. Si iba a alquilar la habitación a un desconocido tenía que acordarme de pedirle las llaves a Álex. Con Lydia había confianza, pero no creía que a Esteban le gustase ver a mi amiga pasar cuando le diese la gana. Un momento, yo había decidido que no quería alquilarle nada a ningún pene, ¿en qué demonios estaba pensando?

Álex entró como un elefante en una cacharrería, dejando la puerta abierta.

—¡Hola! —gritó desde la entrada.

—Pasa, ¿eh? —contesté, también gritando—. No te cortes.

—Qué mal humor tienes a estas horas.

—Y a todas. ¿Traes comida?

Como contestación trasteó en la cocina. Seguí bebiendo mi cerveza a tragos. Finalmente apareció con la única bandeja que yo tenía en toda la casa, más destartada que mi humor.

—Pizza y cerveza fría —anunció—. De nada.

Dejó la bandeja en el sofá y se sentó en el espacio vacío.

—Álex, tienes que devolverme las llaves.

Fingió una expresión dolida.

—¿Ya no me quieres, cariño?

Le tiré un cojín.

—No es eso, es que como parece ser que ayer tuvimos la genial idea de poner la habitación del pánico en alquiler, no me parece lícito que andes entrando y saliendo cuando te dé la gana.

—¿Y si te juro sobre mis Manolos que solo la utilizaré para casos de emergencia o en caso de que sospeche de que te han matado y te están comiendo los gusanos?

—Pues depende de lo que consideres emergencia. Follar en mi sofá no cuenta.

Comimos en silencio y después encendimos un cigarro a la vez. Maldito vicio por asociación.

—¿Y ya tienes posibles inquilinas?

—En realidad solo ha venido a verlo un tío.

Agaché la cabeza un poco avergonzada y ella entornó los ojos.

—¿Alicia, la reina de la moralidad y del «yo solo vivo con mujeres hasta que encuentre el amor verdadero *one more time*», le va a alquilar una habitación a un maromo?

—No lo sé, necesito el dinero.

—¿Y cómo es?

—Normal.

Una carcajada inundó el salón.

—Normal. Especifica un poco, anda.

—Es que no sé qué decirte. Tiene los ojos verdes. Es mono, supongo.

—¿Pero?

Torcí los morritos.

—Pero me hace sentir como si me enfrentara yo sola a un tren de alta velocidad que circula sin frenos.

—¿No hay una película sobre eso?

—Sí, una de los noventa —contesté tras pensarlo un poco y reírme.

—Benditos años noventa —dijo, muy seria—. ¿Y eso quiere decir que te lo quieres follar?

—Pues un poco.

—Ahora entiendo cuando te pones en plan estricta para decirme que follarme a mis compañeros de trabajo es una idea horrible, porque meter en casa a ese tío a mí me parece el mismo tipo de idea de mierda.

—Y encima le dije «que te jodan».

Se rio, yo no contesté y ella hizo una pausa elocuente en la conversación. Iba a cambiar de tema, la conocía como si la hubiera parido.

—Oye, Ali, mañana viene mi hermano y tengo que pedirte un favor.

—¿Cuánto tiempo llevaba fuera?

—Algo más de diez años.

—¿Y cómo es que vuelve?

—El sueño americano no brillaba tanto como parecía, ya te contará él. No me ignores, que te he pedido un favor.

—Dispara.

—¿Puedes recogerle en el aeropuerto, por favor? Bueno, y llévatelo a dar una vuelta o algo en lo que llego yo, anda.

—Sin problema, pero, ¿no crees que él preferiría verte a ti? —Sonreí, sarcástica.

—Tengo una entrevista de trabajo.

—¡Enhorabuena!

Brindamos por las nuevas oportunidades, por los noventa y por los hermanos. Hablamos mucho, pero no recuerdo de qué. Yo solo estaba de cuerpo presente, pensando cómo coño iba a poder yo con un tren desbocado. Fue entonces cuando me di cuenta de que habría mandado a la mierda mis principios morales solo para meterlo entre mis sábanas.

Capítulo 4

Los inconvenientes de la abstinencia

La mañana del día siguiente la pasé trabajando más por inercia que otra cosa. Estaba bastante segura de que mi jefa no estaría nada contenta conmigo últimamente, pero los clientes aún no habían protestado y ella sabía que estaba pasando «una situación delicada», así que me estaba dando bastante cancha. El móvil se empeñaba en no sonar, y yo pulsaba el botón de desbloqueo de vez en cuando, solo por si me había quedado sorda de repente. Hay que ver qué subnormales nos volvemos cuando nos queremos follar a alguien, por muy antipático que sea.

Terminé, comí restos de pizza fría, busqué recetas cerdas en Pinterest, recogí la casa y después me preparé para ir al aeropuerto. El día estaba nublado y hacía mucho frío, así que me puse un jersey grueso y de un blanco inmaculado que me resaltaba las tetas. Me embutí en unos pitillos negros y los metí por dentro de unas botas planas con cadenas. ¿Cuándo llegaría el día en que aprendería a conducir con tacones, Dios mío?

Dejé que las ondas de mi pelo cayeran libres. O sea, que no me molesté en peinarme. Bastante tarde iba ya. Cogí el abrigo, las llaves de casa, las del garaje y las del coche, el iPhone con la otra mano y salí corriendo. El Mondeo de segunda mano tardó en arrancar y volví a pensar que tenía que llevarlo al taller.

Cuando llegué al aeropuerto, pensé que no sabía si iba a ser capaz de reconocer al hermano de Álex. Diez años eran muchos años, y solo era un crío ambicioso cuando se había ido. No había mucha gente; se notaba que era enero, y yo ni siquiera sabía si esperar en una sala, en alguna puerta, o sentarme en el suelo a leer las novedades de Twitter. Estaba leyendo una de las pantallas intentando buscar el vuelo procedente de Nueva York cuando una mano se posó en mi hombro y una voz ronca retumbó en mis oídos.

—¿Alicia?

Me giré de golpe y, con las mismas, me quedé con la boca abierta. El crío ambicioso se había convertido en todo un hombre. ¡Y qué hombre! Madre del amor hermoso. Tenía los ojos tan azules que casi transparentaban, tal y como recordaba, pero el pelo castaño claro le caía desordenado sobre la frente. Las patillas se fundían con una barbita, clara y estudiadamente descuidada, que cubría su mandíbula cuadrada. Llevaba vaqueros desgastados, una chupa de cuero y un jersey de pico que se le ajustaba tanto que pensé que si pasaba la mano por encima podría leer la forma de sus abdominales. Me obligué a recoger la mandíbula, que debía de estar ya tocando el suelo, y abrí los brazos. Él se agachó para abrazarme y me envolvió con sus manos. Me levantó a pulso del suelo como si no pesara nada y yo perdí las bragas al notar sus bíceps fuertes contra mis costillas. Cómo me gustaba ser bajita y sentirme así, coño.

—¡Oliver! ¡Cómo has cambiado! —dije cuando me volvió a dejar en el suelo con suavidad.

Él soltó una risita, mostrándome una hilera de dientes blancos, perfectos para morder las costuras de mis bragas. Joder, ¿pero qué me pasaba últimamente? Eso de follar cuando podía y no cuando quería me estaba sentando peor de lo que pensaba.

—¡Pues tú estás igual, pequeña!

—Hacía muchos años que nadie me llamaba así. ¿Vamos?

—¿No viene Álex?

—Tenía una entrevista de trabajo, pensé que te había avisado.

—Ah, pues no. —Sonó un poco triste.

Nos metimos en el coche y, mientras intentaba arrancar el motor, me giré para mirarle.

—¿Qué te apetece hacer?

Apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

—Ha sido un viaje largo.

Pensé en dejarle en casa de Álex, pero me daba pena que se quedara solo nada más aterrizar.

—¿Te apetece que vayamos a casa y te tumbas en el sofá?

—¿Contigo?

Sonó como un suspiro y lo dijo sin abrir los ojos. Sonó erótico. Sonó a sexo. Volví a recoger la mandíbula yforcé una carcajada.

—Descansarás mejor con un par de cojines —aseguré—. Te cedo los míos.

Él sonrió y subió el volumen de la música, moviendo el dial con un par de dedos largos y no pude evitar pensar lo que bien que se iban a ajustar a mí. Joder, nunca me había sentado tan mal la abstinencia.

Por los altavoces sonó *Demasiado buena*, de Funambulista.

—Cómo te pega esta canción.

Sí, yo también había tenido un tío que me había dicho que era demasiado buena. El que después se había follado a mi compañera de piso, concretamente. Seguí conduciendo sin hablar más y él se durmió, volviendo a parecer el niño que yo recordaba.

El piso estaba frío cuando entramos. Maldita calefacción central que encendían cuando les daba la real gana. Oliver había dejado la maleta en el coche después de que yo le jurara y perjurara que le llevaría a casa de Álex cuando ella estuviera disponible.

—Pasa y acomódate, que ahora te llevo una manta. ¿Quieres comer algo?

—La verdad es que me muero de hambre.

—Mi especialidad son los bocadillos. Los de pollo con lechuga y mayonesa me salen de escándalo.

—Suenan bien.

Le dejé en el sofá y ejercí de buena anfitriona. Cuando aparecí con una de mis

famosas bandejas con el bocadillo y un botellín de cerveza fría, sonrió con cansancio.

—Menos mal que estás tú para cuidarme.

—¿Cansado?

—Muchísimo. Para el próximo viaje de estos me compro un *jet* privado. —

Mordió el bocadillo—. Oye, esto está cojonudo.

—Gracias. Un *jet*, ¿eh? ¿Tanta pasta tienes?

—Qué va. Curré como un cabrón en una empresa de diseño gráfico estos diez años, pero ya te puedes imaginar que no me pagaban mucho y, entre seguros, lo caro que está todo y querer ciertos lujos como invitar a mi novia al cine...

—¿Te echaste novia en los *States*?

—Sí. Y me dejó en cuanto me echaron.

—Qué cerda.

—Casi tanto como Lydia.

Escrutó mi reacción, pero me esforcé por mantener mi cara de póquer. Volvía a costarme un poco coger aire. Acabó el bocadillo y me dio una palmadita en la rodilla.

—Bueno, ¿y tú qué?, ¿estudias o trabajas?

—Tengo veintiocho años, malo sería si siguiera estudiando.

Rio y sonó como música para mis oídos.

—¿De qué trabajas ahora?

—¿No te lo contó Álex? Porque de mi vida privada sí que te ha mantenido al corriente —contesté, un poco puntillosa.

—Le gusta más contarme a quién te tiras que a qué te dedicas, la verdad. Igual ni lo sabe.

—*Marketing online*. Redes sociales, blogs, webs, esas cosas.

—¿Tienes tu propia empresa?

—Qué va. Tengo jefa. Pero trabajo en casa y en zapatillas, eso sí.

—¿Y en camión con transparencias? —Se pasó la lengua por los labios—. *Mmm*.

—De eso nada. Pijama cochambroso y de colores chillones.

—Es mi fantasía. Vas como me da la real gana.

Titubeé, un poco incómoda.

—Oliver, ¿me estás tirando los tejos?

—Tan inocente como siempre. —Abrió los ojos y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pequeña.

—El *jet lag* te ha sentado de puñetera pena.

Le pasé la manta y se tapó hasta la barbilla, medio echado en la parte reclinable del sofá. Yo bostecé al verle así, y él me imitó.

—¿Tú no duermes? —preguntó.

—La verdad es que la siesta no me apasiona. Me parece que es echar a perder la tarde.

—Eso es porque no la has dormido conmigo. Ven.

Y abrió los brazos como había hecho yo solo dos horas antes, al verle en el

aeropuerto. Me revolví en el asiento, sin atreverme a acercarme.

—No muerdo.

Me descalcé, me tumbé de lado y apoyé la cabeza en su muslo izquierdo, perfectamente consciente de lo cerca que estaba su paquete. Quería morderle los botones de la cremallera, tirármelo sintiendo el cuero en mi espalda y después, tan amigos, como si no hubiera pasado nada. Otra de esas ideas de mierda.

Enredó sus dedos en mi pelo.

—Hueles bien. Dulce. Como a *chuches*.

Estaba ya casi más dormido que despierto y me hizo sentir mucha ternura. Me pregunté de refilón de dónde había salido aquella repentina confianza, pero sus dedos revolviéndome los rizos me hicieron caer en un sueño tranquilo.

Cuando desperté estaba sola y a oscuras. Tenía frío, pero no me apetecía moverme. La verdad es que ni siquiera me acordé de que Oliver estaba en casa hasta que pasaron unos cuantos segundos. Después me despecé y me incorporé. Cogí la manta, que se había caído al suelo, me envolví con ella y salí del salón. Le encontré en la cocina, manipulando el horno.

—¿Qué haces?

—La cena.

—Pero, ¿qué hora es?

—Las nueve y media.

Para ser una persona que nunca dormía la siesta, me había coronado.

—¿Y qué cojones haces cocinando?

—No te ofendas, pero ¿cuánto tiempo llevas sin comer en condiciones?

—Dios, ¿tanto me ha crecido el culo?

Clavó su mirada en mis pitillos negros y yo me sonrojé como si tuviera quince años y nunca me hubieran echado un piropo.

—Tu culo está perfecto, mongola.

—¿Entonces?

—El bocadillo me ha dado una ligera idea de tus dotes de cocinera.

—¿Qué pasa? —me ofendí—. ¿No estaba bueno?

—Que sí, pesada. ¿Pero no te apetece cenar algo en un plato, con sus cubiertos?

Tuve que asentir a regañadientes porque me cautivó el olor que nos envolvía. Señalé el horno encendido.

—¿Qué es?

—Merluza a la espalda. Abre una botella de vino, anda.

—¿Yo tengo merluza en casa? —Levanté las cejas—. ¿Y vino?

—Tú no tienes una mierda aparte de restos de pizza y cerveza de dudosa calidad. Hice la compra y ahora tienes un par de estupendas botellas de vino blanco en la nevera.

Como me quedé allí plantada, se giró para mirarme.

—¿Me traes una copa de vino, o no?

—Sí, perdona.

Volví sobre mis pasos hasta el salón, completamente alucinada. Cogí dos copas y el sacacorchos, volví a la cocina y saqué la botella de la nevera. Me quedé con ella en la mano, recordando el día en que me di a mí misma un puñetazo en la nariz intentando sacar un corcho.

—¿Viene esa copa o no viene?

—Es que...

Me quitó la botella y el sacacorchos de las manos y la abrió con un par de movimientos rápidos.

—Menuda pinche que me he buscado, madre mía.

—No puedo ser buena en todo.

—¿Y en qué eres buena? —La picardía le llegó a los labios, que formaron una mueca lobuna.

—En *marketing*, por ejemplo. —No quería seguirle el juego—. En alimentarme del chino y en comprar zapatos que no necesito.

—Esto ya está. ¿Cenamos?

Arreglé la mesa de la cocina como pude, por aquello de que era la primera cena decente desde que Lydia se había ido de casa desnuda y sin dignidad. Era pequeña, pero puse un par de manteles individuales neutros, uno enfrente de otro, y las dos copas a medio llenar. Él puso la merluza entre los dos. Olía que alimentaba, la verdad. Nos sirvió a los dos y rellenoó las copas. Se sentó y yo le imité, escudándome en mi copa cuando clavó sus ojos azules en los míos. Iba a necesitar mucha fuerza de voluntad para no tirarme a sus pies y suplicarle que me follara contra las baldosas frías del suelo. Me hice una nota mental: tenía que comprarme un vibrador de esos con seis velocidades. Quizás así conseguiría quitarme de la cabeza ideas absurdas, como follarme al hermano de mi mejor amiga y mandarle a paseo después.

Colocamos el portátil en una encimera, pusimos música y cenamos disfrutando del pescado y del ambiente. Encima cocinaba bien, y me ponían los tíos que saben cocinar, quizás por mi falta de pericia en los fogones.

Me habló de sus años en Nueva York.

—Es un ritmo de vida tan distinto que a veces me gusta volver aquí y ver que el tiempo está estancado, esperándome.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—No tengo ni idea. Quizás un mes, dos, tres años, o quizás me vaya la semana que viene.

Una punzada de decepción se me clavó en el estómago. Bebí más vino, para acallarla.

—Creo que te gustaría.

—¿El qué?

—Nueva York. Te pega mucho. La gran manzana, Broadway, luces brillantes. Cine por todas partes. —Se llevó el tenedor a la boca antes de continuar—. Deberías

haber venido a visitarme.

—No tenemos tanta confianza, Oliver.

—La confianza está sobrevalorada.

Cuando acabamos puso la servilleta encima del plato, como hace la gente fina en las películas de sobremesa, se levantó y me tendió la mano.

—¿Bailas?

—No —negué también con la cabeza—. Ni de coña. No bailo. No. *Nein. Niet.*

Pero Oliver no aceptó un no por respuesta y tiró de mí. Me vi con sus manos clavadas en la zona baja de mi espalda y mis brazos apoyados en su pecho, fuerte y definido. Qué calor hacía en aquella cocina, joder. Apoyé la frente también en su pecho y dejé que él marcara el ritmo. Hablé sin mirarle.

—¿Sabes? Este tema de *Two Gallants* no es el más apropiado para bailar una lenta.

—*Fly Low Carrion Crow*. A mí me encanta. Tienes buen gusto.

—Solo para la música.

Quería marcar una distancia pero se me estaba haciendo cada vez más borrosa. Apoyó su barbilla en mi coronilla y yo absorbí su olor, como queriendo guardarlo para después. Me separé un poco y le miré desde abajo.

—Debería llamar a Álex. Es tarde.

—Claro. Y yo debería irme ya.

Me pareció que sonaba decepcionado, pero me convencí a mí misma de que eran imaginaciones mías y fruto de las ganas que tenía de tirarme a aquel pedazo de hombre. Al recuperar el móvil vi varias llamadas perdidas de mi mejor amiga y un *whatsapp* furibundo.

Como te estés follando a mi hermano te perseguiré con el pepino más grande que encuentre y te lo meteré por el culo sin compasión ni lubricante.

Cojonudo. Le contesté que le había dejado descansar y que ahora le llevaría a su casa, pero caí en la cuenta de que nos habíamos bebido la botella de vino y soy una chica responsable.

—Mierda —solté, sin levantar la vista del móvil.

—¿Qué pasa?

—El vino.

—¿Qué le pasa al vino?

—Que nos lo hemos bebido.

—Es lo que suele hacerse con el vino.

—Que no, imbécil. Que yo tenía que llevarte a casa y así no puedo.

Se rio y me dio un beso en la frente que me pilló desprevenida.

—No te preocupes, cogeré un taxi. Pero las maletas sí que me las llevo.

Le seguí hasta el salón, donde se puso la chupa y yo recuperé las botas. Salimos

de casa en silencio y el ascensor me parecía aún más pequeño que de costumbre. No escuché el hilo musical, tan concentrada como estaba en mirar fijamente la punta de mis botas. El garaje estaba desierto y yo abrí el maletero sin despegar los labios. Oliver sacó las maletas con un brazo y se quedó de pie frente a mí, con los brazos pegados al cuerpo. ¿Y ahora qué, Alicia? ¿Un apretón de manos? ¿Dos besos? ¿Un morreo y un cachete en el culo?

No tuve que pensar en nada. Él puso la mano en mi cintura y yo apoyé la espalda contra la columna que tenía detrás, como un acto reflejo. Se agachó, dejando su nariz a pocos centímetros de la mía, y su aliento se coló en mi boca.

—No creo que esto sea buena idea —dijo.

—No. Es una idea de mierda y tú deberías irte.

Pero no se apartó y yo no le empujé. Seguimos respirando, sin movernos. Me sentía excitada y húmeda. Me apretó fuerte contra su cuerpo, clavando sus dedos en mi cuerpo. «Joder. Joder».

—Oliver...

—Lo sé.

Y entonces sí, me soltó y se fue, sin mirarme ni despedirse, y yo subí a mi casa sintiéndome frustrada y triste, y con un dolor sordo en el centro de mis piernas.

Me tiré en la cama, cubriéndome los ojos con el antebrazo y metí la otra mano en mis bragas. Me toqué hasta que me sobrevino un orgasmo abrasador y me juré a mí misma que eso no volvería a pasar. Qué bien me mentía a mí misma en aquella época.

Alcancé el móvil para seguir con mi costumbre de leer Twitter antes de dormir, pero allí había un número desconocido. Gruñí. Era él, en un *whatsapp* que me quemó las venas y lo que no son las venas.

Le he robado el móvil a Álex para coger tu número, espero que no te importe. Pero quería disculparme porque no debí irme sin despedirme, pero eres tan sexual que me duele. Literalmente. Me muero por volver a verte, pequeña.

Lo releí un par de veces, con una mezcla de excitación y pánico. Volví a tocarme, sin hacer ni puto caso a las promesas que me había hecho a mí misma tan solo unos minutos antes.

Madre mía, ¿dónde me estaba metiendo?

Capítulo 5

Perlas de sabiduría

Al día siguiente me desperté con una mezcla de cargo de conciencia, remordimientos, agobio, ansiedad y excitación. Todo a partes iguales y como el cóctel de James Bond: agitado, no revuelto.

Me daba miedo hasta mirar el móvil, así que antes de plantarle cara me preparé un buen café, que me tomé de pie en la cocina. Allí estaban los restos del crimen: mi portátil, aún abierto encima de la encimera, los platos sucios y las copas de vino casi vacías. Una opresión se me instaló entre el pecho y el estómago. Volví a la habitación y miré el móvil, sin muchas ganas. Gracias a todos los santos del cielo solo tenía un *whatsapp* de Álex dándome las gracias por cuidar de su hermanito recién llegado. Sí, muy bien cuidado, vaya. Creo que fue en ese momento en el que intenté convencerme —sin mucho éxito, la verdad— de que quizás todo eran imaginaciones mías y de mi mente desesperada por un poco de cariño. Porque, ya puesta a ser sincera conmigo misma, ¿cuánto hacía que no echaba un polvo de esos que te dejan andando como un *cow boy* durante dos días seguidos? Eché cuentas. Hacía poco más de un mes desde... la traición. ¿Cuánto hacía que Pablo y yo lo habíamos dejado? ¿Cinco o seis meses? Y las últimas semanas tampoco habían sido muy sexuales que se diga. Seguramente ya se estaría follando a la zorrasca de Lydia. Bueno, me estaba engañando otra vez. Muy sexuales no habíamos sido nunca. Éramos más bien el tipo de pareja que folla los sábados después de cenar en el chino y ver una peli en el cine. Lo que no recordaba es si al principio éramos así, o si el desgaste había venido con el tiempo. Y eso que tres años tampoco me parecían tantos. La buena noticia era que yo me tenía por una mujer fuerte e independiente que no se regodeaba en la mierda. Bueno, sí, pero ya no. ¿Desde cuándo? ¿Desde que quería aparentarlo delante de un imbécil con nombre de chiste o desde que me habían desconcertado unos ojos azules?

Sacudí la cabeza, como si así fuera a sacarme pensamientos negativos de ella.

Era sábado y llovía a mares. Quedarme en casa significaba estar disponible, así que decidí que un pequeño cambio de aires no me vendría mal. Cogí una pequeña bolsa de viaje y metí un vaquero de recambio, ropa interior, un jersey y el neceser. El ronroneo de mi viejo Mondeo, junto con mis *CDs*, ayudaron a tranquilizarme. Para cuando enfilé la autopista ya cantaba a grito pelado un disco completo de Avenged Sevenfold. Incluso lloré un poco cuando sonó *Dear God*, como si aún entendiera las canciones de amor. Activé el *bluetooth* y llamé a mi madre usando el manos libres.

—¿Qué ha pasado, Alicia?

—Hola, mamá, ¿qué tal?

—Perdona hija, pero es que siempre que llamas es por algo chungo.

«Chungo». Así era mi madre, que quería ser moderna pero sonaba raro.

—No llamo por nada chungo, mamá. ¿Estáis en el pueblo?

—Sí, hemos venido todos.

—¿Todos?

—Todos. Incluso Israel, tus tíos y tu abuela.

Joder, sí que había elegido buen fin de semana para ir de visita.

—¿Y cómo no me habéis avisado de que habéis organizado una reunión familiar?

—¿Para qué? Si nunca vienes.

Pues sí, también era verdad.

—Bueno, pues estoy de camino. Si es que sobra una cama, claro, porque con tanta gente...

—Ay, hija, para ti siempre hay sitio. *Don't worry.*

Colgó, supongo que para organizarlos a todos porque su hija la pequeña se dignaba a dejar su ajetreadísima vida social para asistir a una reunión familiar. Llegué en tres cuartos de hora y me deprimí en cuanto bajé del coche. No había nadie en la calle y la lluvia dejaba grandes regueros de agua por las calles, que estaban asfaltadas a trozos. Me alegré de estrenar unas estupendas botas Hunter con todo aquel barro circulando por todas partes.

Como buena reunión familiar que era aquella, nos pasamos el día comiendo y bebiendo como cerdos. Incluso jugamos al Cluedo buena parte de la tarde. Terrible, lo sé, pero en el fondo me lo estaba pasando teta. Yo echaba miradas furtivas al móvil, comprobando que no tenía notificaciones, y para recolocararlo en algún sitio en el que tuviera mejor cobertura. Isra me echaba miradas furtivas, pero no decía nada. Tiré de fuerza de voluntad para no entrar en ninguna red social, volviendo a intentar engañarme a mí misma y diciéndome que eso era solo un finde de desconexión. «Ay, Alicia...»

Álex me mandó un mensaje cuando yo estaba repantingada en el sofá, fingiendo leer el último libro de Joël Dicker. Me dio un vuelco el estómago antes de ver que era ella, solo para preguntarme si me apetecía «salir, emborracharnos y follar». Le contesté que me había surgido algo y que había venido al pueblo, pero que el domingo por la noche estaría de vuelta para conocer al tío con el que se estaba acostando. Sabía que se trataba de eso, la conocía como si la hubiera parido. No tardó en volver a sonarme el móvil y pensé que sería ella echándome la bronca, pero me equivoqué.

¿Estás huyendo de mí, pequeña?

Argh. No seas tan ególatra.

Joder, eso es un sí.

Me revolví los rizos. No contesté; quité el sonido y dejé el móvil entre los cojines que tenía debajo del culo, para no verlo. Lo habría tirado por la ventana si no fuera mi preciado iPhone. Isra volvía a tener una expresión escéptica.

—¿Qué pasa, moco? —sonaba agrio.

—Nada. Ya hablaremos.

Cenamos más de la cuenta y, cuando consideré que ya había cumplido con los estándares de educación después de tomarme un par de chupitos de orujo en la sobremesa, me escabullí escaleras arriba. Me metí en la cama, sabiendo que mi hermano no tardaría en venir. Volver a compartir habitación con él en aquella casa de madera era como volver a tener catorce años y leer el móvil a escondidas era como cuando leía las cartas de Javi, mi primer novio. Lo de escapar al pueblo también podía considerarse una idea de mierda. Empezaba a tener demasiadas. El próximo fin de semana me iría de *spa*. Abrí el *whatsapp*, donde me esperaba un texto kilométrico.

La madre que te parió, eres tan tozuda que empiezo a pensar que tienes pene. No sé si el problema soy yo, Álex, o que hace poco que estás soltera y no te quieres romper la cabeza, pero joder, no dejo de pensar en meterme entre tus piernas. Soy un cerdo. Pero no me digas que tú no has pensado en lo mismo.

Tampoco contesté, pero, de nuevo, mi mano se fue hacia mi sexo. Vaya si pensaba en lo mismo. Había sentido una corriente sexual entre nosotros, una tan fuerte que me hacía tergiversar mis recuerdos y me hacía imaginar que cuando había apoyado la espalda en aquella columna del garaje, le había suplicado que me follara allí, de pie.

La puerta se abrió, se encendió la luz y yo maldije entre dientes.

—¿Estás despierta?

—Y si no lo estuviera ya me habrías despertado tú, Isra.

Mal humor. Me pasaba siempre que me interrumpían cuando había empezado a masturbarme, llamadme loca. Aunque en el fondo estuviera agradecida.

Mi hermano se desvistió, se quedó con los bóxers y se acostó en la cama de al lado, boca arriba y sin volver a apagar la luz.

—¿A quién te estás follando?

—Joder, Isra, ¿tú sabes lo que es el tacto?

—Con mi hermana, no.

—Precisamente por ser tu hermana pequeña debería darte grima preguntarte estas cosas, gilipollas.

—Soy un morbosos, cuéntamelo.

—Te puedo jurar que a nadie.

Me escrutó y asintió.

—¿Y quién te quiere follar?

—Madre de Dios, qué insistente eres.

—Ya no juras, ¿eh? ¿Quién es? ¿Le conozco? ¿Es tu vecino el pelirrojo?

—El único que no deja de pensar en pelirrojas eres tú, cerdo.

—Si Álex quisiera y yo me dejara...

Tragué saliva.

—¿Y si sale mal? ¿Y yo?

—¿Qué pasa contigo?

—¡Joder, que estaría en medio!

—¡¿Pero en medio de qué, mongola?!

Segunda vez que me llaman mongola en veinticuatro horas. Pero la anterior había sido más dulce.

—De... —gesticulé en el aire—. De... ¡vuestro folleto!

Se rio.

—Pues yo, la verdad, no veo el problema. Si nos cansamos de follarnos, dejamos de quedar y santas pascuas.

No tenía ganas de seguir discutiendo, pero me imaginaba la situación y me ponía nerviosa. Tener que evitar que se encontraran, quedar con uno y no poder hablar del otro. Isra diría lo que le diera la gana, pero era un embolado y de los gordos. No me daba la gana de que se tirara a mi mejor amiga. Y claro, Álex pensaría lo mismo. «Joder». Me hice la dormida para terminar la conversación.

—Ay, Alicia, ¿cuándo dejarás de darle vueltas a las cosas y empezarás a vivir sin preocuparte de lo que digan los demás?

Al día siguiente, aún tenía la cabeza llena de las palabras del imbécil de mi hermano. Sobre todo de las últimas. Isra y sus perlas de sabiduría en lo que a relaciones se refiere. Me picaba el cuerpo entero y tenía el estómago revuelto. No quería estar allí, ni en mi casa, ni en ningún sitio que no fuera una puñetera cueva del monte. Aguanté como pude hasta la hora de la comida, picoteé un poco y fue mi propia madre la que me dijo que me fuera de una puñetera vez porque no podía tener el culo quieto en la silla. Di un beso a todos. Mi padre me dijo que debería ir más a menudo y por una vez me sentí culpable por irme en cuanto vi la oportunidad.

Cuando llegué a mi piso, dejé la bolsa encima de la cama y me quedé allí plantada como un pasmarote. Llamé a Álex, pero no fue ella la que me cogió el teléfono.

—Hola, pequeña.

A punto estuve de colgar sin decir nada. Pero joder, que tenía veintiocho años, debía ser capaz de mantener una conversación educada con el hermano de mi mejor amiga, ¿no?

—Hola, Oliver. ¿Está Álex por ahí?

—Yo bien, gracias. ¿Y tú?

Suspiré. Estaba claro que no me lo va a poner fácil.

—Perdona. ¿Cómo va la readaptación a la vida en una ciudad pequeña?

—La verdad es que estoy un poco aburrido.

—Ya. Esto no es la gran manzana.

—No.

—Llama a tus amigos y emborráchate.

—A buenas horas, mangas verdes. Tengo una resaca inhumana.

—Estupendo. ¿Está Álex?

—Qué prisas.

—Joder, Oliver, ¿qué quieres?

—Nada. Hablar. Aprovechar a que das señales de vida.

Parecía un poco molesto y aquello acabó por impacientarme.

—¿Me la pasas o no?

—No está.

—¿Cómo que no está? ¿Y por qué tienes su móvil?

—Bueno, técnicamente sí que está, pero... —calló.

—¿Oliver?

—*Shh*. Escucha.

Sonaba como lejano, como si tuviera el móvil sujeto lejos de la cara. Esa cara, esa barbita, esos ojos azules... Negué con la cabeza. Le hice caso y escuché con atención. De fondo se oían unos golpes rítmicos y gritos ahogados.

—Como puedes oír, está ocupada —dijo, con sorna.

—Estás escuchando cómo se lo monta tu hermana. Eres un puto depravado.

—Mis amigos están viejos, somos gente mayor para salir hasta las siete de la mañana.

No contesté, notando que había caído yo sola en la trampa.

—¿Ali?

—Sí. Estoy aquí.

—¿Me das asilo político? —su voz ronca se coló en mis bragas.

—No. Vete al cine.

Colgué. Me tiré en el sofá, a lo largo, y me puse un cojín en la cabeza para ahogar un grito. ¿Cómo sería esa voz gimiendo al borde del orgasmo? Uf. Volví a levantarme y recogí el portátil, solo para ponérmelo entre las piernas y buscar alguna película que ver. Necesitaba algo ligero, divertido y que me distrajera. Estaba a punto de terminar de ver una peli de Ryan Gosling cuando sonó el timbre. Apagué los altavoces, con la esperanza de que pareciera que no había nadie en casa. Al timbre le siguieron unos golpecitos en la puerta, suponía que de unos nudillos. Me acerqué de puntillas con la intención de investigar por la mirilla.

—Alicia, te estoy oyendo.

Abrí a regañadientes, me coloqué en el quicio y estiré el brazo para dar a entender que no le iba a dejar pasar.

—Esto puede considerarse acoso.

Oliver sonrió. Llevaba unos vaqueros rotos a la altura de la rodilla, un jersey negro y, de nuevo, una chupa de cuero. Era como un roquero de la vieja escuela. Con el pelo bien engominadito y la barba arreglada, estaba impresionante.

—Déjame entrar, anda.

—No.

Pero le dio igual. Me colocó sobre su hombro izquierdo ignorando mis puñetazos

en la espalda, entró en mi casa y me dejó con suavidad en el suelo del salón, arrodillándose entre mis piernas. Su olor natural, a hombre, se coló por todos mis rincones. Me sujetó las muñecas con suavidad con una sola mano y el frío del parquet se me clavó en la espalda. Lo agradecí, porque me ardía la piel, como si una lengua de fuego me recorriera entera. No entendía qué me estaba pasando. Fijó sus ojos en mis labios y nos quedamos quietos unos segundos. Me moría por morderle la boca, el cuello y hasta la goma de los calzoncillos, pero en lugar de eso, me revolví y él me soltó. Me puse de pie y me quedé así, con la vista perdida en sus pectorales bien definidos.

—¿Qué haces aquí? —dije y tiré del bajo de mi camiseta mientras él se quitaba la chupa.

—Al final me incomodó lo de escuchar a mi hermana. Y tengo resaca. Vengo buscando comida grasienta y tu sofá. Y a ti entre él y yo.

Encendió un cigarro y me lo tendió. Luego sacó otro para él.

—Está bien. Yo pido la cena y tú te vas al sofá.

Una sonrisa lobuna le cruzó la cara y conectó con mi entrepierna.

«Fuerza, Alicia, fuerza. Follarte al hermano de tu mejor amiga es feo. Tatúatelo en el cerebro. O en la frente, joder» pensé, pero luego llamé al Peggy Sue's y pedí comida para un regimiento. En lo que tardaron en llegar pusimos música en modo aleatorio. Era ya casi como una costumbre, como si así nos comunicáramos mejor, y tenía que recordarme a mí misma que solo nos había pasado dos veces. Pero con él era todo tan... Familiar. Cuando saltó *Scared*, de Three Days Grace, se echó a reír.

—¿Te doy miedo, Alicia?

—Sí —asentí también con la cabeza, como para enfatizar aún más.

—¿Por qué?

«Porque me pones. Porque quiero follarte. Porque quiero que hagas que me corra como no lo ha hecho nadie, pero me da miedo que cuando te mande a la mierda, que lo haré, ya que siempre me empeño en alejar a la gente de mí en cuanto siento más cariño de la cuenta, todo sea raro entre tú, tu hermana y yo». Todo eso debí haber dicho y no lo hice. En lugar de eso, encendí otro cigarro.

Cenamos en silencio, él en el sofá y yo enfrente, sentada en el suelo. Al terminar me giré y apoyé la espalda contra la parte baja del sofá, entre las piernas de Oliver. Se puso a acariciarme el pelo.

—¿Qué tienes en contra de las mesas?

—Demasiada formalidad. Me gusta sentarme así, con las piernas cruzadas.

Álex me mandó un *whatsapp* en ese momento para decirme que llegaría en media hora con una botella de algo con alcohol y que le preparara un cojín mullidito porque no podía ni sentarse. Se lo enseñé a Oliver.

—Hora de que te vayas.

—No veo por qué. Yo también quiero enterarme de qué líos se trae mi hermanita.

—Pues que te los cuente ella después. Vete, por favor.

Refunfuñó entre dientes y se levantó, enfadado. Recogió el abrigo y yo le seguí hasta la puerta, como un perrito con el rabo entre las piernas. Sujeté la puerta y él se giró para mirarme.

—Adiós.

Me sentía rara, como desamparada.

—Adiós.

Se agachó con la rapidez de un gato y me dejó un beso tan ligero en los labios que no pude ni reaccionar. Se fue sin volverse y sonreí, sin querer.

Álex llegó como un torbellino veinte minutos después, con una botella de ron en la mano. Puse un gesto de fastidio cuando la vi.

—Álex, me vas a joder el hígado. Moriré de cirrosis antes de los cuarenta.

—Calla, vamos a brindar por el polvo que acabo de echar. Bueno, polvos. Tres.

Bebimos en la entrada, a morro y delante del mueble donde guardaba los zapatos.

—Esta casa huele igual que mi hermano.

Me sonrojé y le pasé la botella.

—Tú flipas. ¿Quién es él?

Álex apenas me contó nada excepto que se lo hacía como un dios, que la había puesto a cuatro patas y que se lo habían montado contra todas las superficies posibles.

—Y tú, ¿cuándo piensas echar un polvo?

—Joder, Álex, yo qué sé. Cuando conozca a alguien que me guste.

—Un polvo sin compromiso no ha matado a nadie y creo que te iba a venir bien para volver al mercado.

—Pero, ¿qué te ha dado?

—Temo que te salgan telarañas en el chichi.

«¿Lo has oído, Alicia? Un polvo sin compromiso no ha matado a nadie.»

Capítulo 6

Maldito alcohol

La semana pasó sin pena ni gloria, salvo la resaca monumental del lunes y que me apunté al gimnasio cuando vi que los últimos vaqueros que me había comprado apenas me abrochaban.

Salí de la primera clase de spinning con las piernas temblorosas y la firme intención de no volver nunca jamás. Trabajé como siempre, aguanté las estupideces de mi jefa y enseñé el piso un par de veces más. También supliqué al cielo que se mudara una chica que había ido el miércoles.

El viernes llamé a Álex, decidida a sonsacarle quién era el maravilloso tío que la tenía tan entusiasmada entre las sábanas.

—Oye, Ali —contestó—, ¿qué te parece si hacemos noche de chicas? Cenamos por ahí y salimos, como cuando éramos jóvenes y tú no eras huraña y molabas.

—No soy huraña, pero vale.

La verdad es que el plan me apetecía, así que dediqué la tarde a mimarme. Me pinté las uñas, me di un baño con sales de chocolate que me dejó un olorcillo en la piel que me encantaba y me marqué los rizos del pelo, dejando unas ondas bien definidas caer sobre mi espalda, y no los rizos descontrolados que habitualmente me gobernaban. Me maquillé marcando bien los ojos con un ahumado que destacaba mi color indefinido. En bragas y sujetador, me planté delante del armario y al final me decidí por un vestido negro de tubo, porque la semana de gimnasio en la que casi había muerto me había servido para subirme la autoestima y ya no me veía el culo tan gordo. Medias de liguero, unos zapatos de salón también negros, bolso de mano, abrigo, un poco de gloss rosa pálido y ya estaba lista para comerme el mundo. O, al menos, la noche. Quizás Álex tenía razón y tenía que echar un polvo para dejar de emparanoiarme sola.

Quedamos en nuestro sitio favorito, un bar-cafetería-restaurante relativamente nuevo y decorado en tonos neutros y blancos. Era moderno, con sus iPads a disposición de los clientes.

Nos saludamos con dos besos, poniendo cuidado en no estropearnos el maquillaje. Álex estaba impresionante. Le había dado una ligera forma a su melena pelirroja que le enmarcaba la cara, y el ligero maquillaje solo le resaltaba los ojos. No quería taparse las pecas que la cubrían, porque le gustaban y aseguraba que le daban un toque infantil que volvía locos a todos los tíos con los que se liaba. Los pitillos negros y el top con lentejuelas y escote pronunciado le quedaban como si hubiera nacido con ellos.

—¡Joder, Álex, qué guapa!

—Sí, tú también ganas cuando te quitas el pijama.

Mientras yo daba cuenta de una bandeja de sushi y ella se comía una

hamburguesa de tres pisos sin dejar de parecer femenina, cotilleamos de todo un poco. Cuando ya estábamos compartiendo una *cheesecake*, la vi removerse de un lado a otro en su silla y mirar el móvil.

—Venga, dispara —dije.

—Voy a presentarte a un par de amigos.

—¿Perdona?

—Pues eso, que he quedado con un par de amigos. Creo que uno de ellos puede gustarte.

—¿Va a venir el tío que te tiras?

—No.

Agachó la cabeza. A la mierda el plan de chicas.

—¿Cuándo?

Se sonrojó.

—Están fuera.

—¿Me has organizado una cita doble para presentarme a un tío, Álex?

—Lo hago por ti, Ali, desde que lo dejaste con Pablo...

Me levanté, cabreada, y dejé un billete encima de la mesa.

—Vamos.

Me abroché el abrigo hasta arriba y salimos. Encendí un cigarro mientras ella le daba un beso en la mejilla a un chico alto y fuerte. Su amigo me miraba, como puesto en la calle por el ayuntamiento. Era mono, pero... No. Álex nos presentó. Su amigo se llamaba Enrique, Quique para los amigos. Siempre me pareció el nombre más feo del mundo. Me lo imaginé de pequeño, con una madre gorda gritando «¡Enriquito, cómete las lentejas!», y casi se me escapó la risa. No presté atención al nombre «del otro» cuando me dio dos besos húmedos. Aquella encerrona me parecía una putada, pero no quería volverme a casa a las once y media, así que mientras Álex se dedicó a parlotear de su vida con el tal Quique, yo me di al alcohol. Empecé con un cóctel que sabía a colonia y después nos fuimos todos de copas. El sin nombre no quitaba sus ojos de mi trasero y a mí me daba más asco que otra cosa.

A las cuatro de la mañana ya ni sentía ni padecía, esa fue la cruda verdad que me dije a mí misma para excusarme de mis actos. Mandé un *whatsapp* a tientas mientras hacía equilibrismos en un baño y Álex bailaba bien pegadita a su amigo en una esquina oscura. Supuse que no estaban juntos, pero el tío tenía toda la cara de estar pegado a una erección de kilómetro. No sé ni lo que puse, pero sí leí la contestación, que llegó casi al momento.

¿Qué pasa, pequeña, te aburres con mi hermana?

Me ha organizado una encerrona.

Unos golpes en la puerta y unos gritos amenazantes me apremiaron a salir, pero

yo quería leer la contestación de Oliver. En lugar de eso, el móvil me vibró en la mano con insistencia. Contesté en voz bajita.

—Hola.

—Hola.

No supe qué decir y él soltó una risita.

—¿Qué, ahora te da vergüenza hablar conmigo?

—Sí. Me quiero morir. Cuélgame el teléfono y haz como si esto no hubiera pasado nunca.

—Cuélgame tú.

Me quedé ahí, encerrada y con los ojos cerrados, sin saber qué decir ni por qué le había llamado. «Mierda de alcohol que me hace actuar como una perra en celo».

—¿Quieres que vaya, Alicia?

«Alicia, Alicia, Alicia» Qué bien sonaba mi nombre en esa voz ronca, joder.

—Tienes una voz muy sexy.

—Ahora sí que creo que estás borracha. ¿Dónde estás?

—Esto está muy maaaaal.

—Mal está que me llames a las tantas de la mañana con esta borrachera.

—Si te digo que vengas, ¿me dejas en casa y luego te vas?

Soltó una sarta de blasfemias al teléfono.

—Dime dónde estás, anda.

Debí de decírselo, y también alguna que otra cosa tipo «pero no quiero que follemos», y salí del baño trastabillando con los tacones. Le di un toquecito a Álex en el hombro y se desenganchó de las manos de su amigo, que parecía que iba a comérsela con los ojos. Yo sabía que no iba a conseguir nada. Si hubiera querido, Álex ya habría movido ficha. Estaba claro que él no era el tío con el que se lo estaba montando últimamente.

—Me voy.

—¿Cómo que te vas?

—Que me voy. Y esto no te lo voy a perdonar.

—Ali, joder, de verdad que creí que esto era buena idea; igual te gustaba y yo qué sé...

La ignoré y me fui al ropero a recoger mis cosas. Con el abrigo y el bolso de mano, me di cuenta de que ella me había seguido y ahora me agarraba del codo.

—Ali, por favor... No te vayas así, déjame que hable con Quique y al menos te llevamos a casa.

—No.

—Seguro que a Iván —ah, así que así se llamaba el baboso— no le molesta tampoco llevarte, sé razonable.

La sola idea de meterme en el coche con un tío que no conocía de nada me dio náuseas.

—Me voy. Ya hablaremos.

Salí al aire frío. Seguía lloviendo a mares, menudos días que llevábamos. Encendí un cigarro para hacer tiempo y me refugié en un portal. Apoyé la cabeza en la pared, para buscar un poco de estabilidad dentro del mareo que tenía, y cerré los ojos, fumando despacio. Unos minutos después unas manos me rodearon la cintura.

—Te vas a congelar.

—Dame... —Me bailaba la lengua—. Dame solo un minuto.

—Anda, siéntate.

Me ayudó a sentarme en el escalón. La lluvia me mojaba la cara.

—Me estoy mojando —protesté.

—Mejor. Así te despejas.

Le miré con pena y tiré el cigarro con dos dedos.

—Joder.

Me llevé las manos a la cara para secarme las gotas que se me metían en los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Perdóname.

—¿Por qué?

Señalé a mi alrededor, como si fuera algo obvio. Él se dejó caer a mi lado y me pasó la mano por el hombro.

—Venga, háblame. Dime qué es lo que tengo que perdonarte.

Me esforcé por aclararme las ideas y despejarme. Supongo que era lo que Oliver quería.

—Todo. Esto. Hacerte venir.

—Sí. Tiene delito. Sobre todo si no vamos a follar.

Supongo que era una broma, pero los dos nos quedamos serios. Fijamos la mirada en el riachuelo que empezaba a formarse en medio de la calle. Unos minutos después, él se levantó y me tendió la mano. La agarré y me levantó con fuerza, pero no me soltó. Enredamos los dedos y acarició mi palma con su pulgar. Me sorprendió mucho su suavidad.

—¿Estás mejor?

Dejó que su mano libre se posara en mi espalda, a la altura de la cintura.

—Sí.

Paseé los dedos de mi mano izquierda por su nuca. Estábamos tan cerca que su aliento me rozaba la frente. Me hizo girar la cara empujándola con su barbilla y acomodó su nariz encima de mi oreja.

—Hueles tan bien.

Dejé un beso en su cuello. No lo pensé. No estaba pensando nada más que en que solo con tenerle así de cerca ya estaba cachonda perdida. Él soltó un gemido bajo.

—Ali...

—Oliver...

Me mordió el lóbulo de la oreja. Esta vez fui yo la que gimió. Empujó la mano que tenía en mi espalda para acercarme a él. Noté la erección comprimida en su

vaquero. Tenía ganas de meter la mano en su bragueta, agarrarle y masturbarle como si no hubiera mañana. Tenía ganas de hacerlo allí mismo, en medio de la calle mojada. Que nos viera todo el mundo, que aprendieran de nosotros. Dios, estaba aún más borracha de lo que creía. Aun así, me dejé llevar y volví a besarle el cuello. Me invadió su olor.

—Si no te estás quietecita no responderé de mis actos.

Me aparté y agaché la cabeza, arrepentida. Le empujé con suavidad, pero no me soltó la mano que tenía enredada con la suya. Miré la mía, tan pequeña entre sus dedos, y la levanté sin conseguir que me soltara.

—¿Te molesta? —preguntó, sarcástico.

—Sí. No. No sé. Me incomoda.

—¿Por qué?

No contesté, y él no me soltó.

—Anda. —Tiró de mí—. Vamos. Te llevo a casa.

—Pero...

—Que sí, pesada. Te prometo que no te tocaré un pelo. Incluso aunque me supliques y te arrodilles delante de mí para pedirme que te lo haga. Nada. Seré un eunuco en tus manos.

Reí y me dejé guiar. La lluvia arreciaba y para cuando llegamos al coche los dos estábamos empapados. Reconocí el Polo de Álex, que se había comprado hacía ya unos años porque le parecía que era lo suficientemente pequeño como para aparcar bien y rápido. Las líneas blancas que adornaban una de las esquinas daban fe de que, si no sabes aparcar, da igual lo pequeño que sea tu coche.

—Espera, déjame ser un caballero.

Me abrió la puerta y yo tuve la tentación de agacharme a recoger las bragas. En lugar de eso me quedé de pie, como si mi capacidad cerebral no fuera suficiente para entrar en el coche y sentarme. Oliver me apartó el pelo, que se me había pegado a la cara por culpa de la lluvia, con esos dedos grandes. Quería chupárselos, lamerlos y un montón de cerdadas más.

—Qué bonita eres, joder.

Sin dejarme responder me empujó dentro y rodeó el coche, para sentarse en el asiento de conductor. Yo temblaba, debía de tener mojado hasta el DNI. Y las bragas, pero de una manera distinta. Le miré mientras arrancaba. Estaba tan jodidamente guapo así, al volante, con el pelo mojado y las gotas de agua cayéndole por la cara... Estiré una mano y le sequé la mejilla que me quedaba más cerca. Me dedicó una sonrisa ladeada y me acurruqué en el asiento.

—¿Tienes frío?

Asentí con la cabeza.

—¿Aún eres capaz de hablar?

—Sí. Pero no tengo ganas.

—Ya. ¿Te apetece que ponga música?

—No me gusta la música que tiene Álex en el coche. —Torcí el morro.

—A mí tampoco.

Paró el coche y enchufó su iPod. Conocía la primera canción que sonó casi como si la hubiera escrito yo.

—¡*I miss you!*

—*I miss you too.*

Sonaba divertido, como un crío que se ríe cuando oye hablar de genitales. Le pegué un puñetazo suave en el hombro, para no molestarle mientras conducía.

—Blink-182. Hacía tantos años que no la escuchaba...

Cerré los ojos y me dejé acunar por la melodía. Después sonó *There is*, de Box Car Racer, y recuerdo haber pensado que ese tío tenía un problema serio con Tom DeLonge.

Abrí un ojo al sentir que me movía de un lado a otro y, como me sentía inestable, me agarré a lo primero que pillé, que resultó ser el pecho de Oliver.

—¿Dónde...?

—En mis brazos.

Abrí más los ojos y reconocí mi ascensor. También reconocí que el suelo no estaba debajo de mis pies.

—Bájame.

Obedeció sin protestar. Al llegar a la puerta de mi casa me dio las llaves, que había sacado de mi bolso para abrir el portal. Abrí, despacio, y apoyé la frente en el marco. Oliver se acercó.

—¿Quieres que me vaya?

—No.

Se acercó más y me envolvió desde atrás con una mano, que dejó como por casualidad apoyada entre mi vientre y la zona de mi cuerpo que ya hasta me suplicaba que me tocara. Se pegó a mi espalda. Se respiraba sexualidad hasta en el rellano. Se respiraban las ganas que nos teníamos.

—¿Quieres que me quede?

—No.

—¿Qué quieres que haga?

Entré en casa y tiré de su brazo, si mirarle. Me siguió hasta mi cuarto sin decir una palabra y, una vez allí, se quitó las Vans negras y la camiseta y se tiró en mi cama. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que había estado así, en manga corta, con la que estaba cayendo.

Una línea fina de vello le recorría desde el pecho hasta el primer botón de su vaquero. Dios. No hablaba y me miraba interrogante, como si tuviera miedo a que cualquier cosa que me dijera sirviera para que yo reculara y le echara a patadas de mi casa y de mi vida. Estaba cachondo, se le notaba en la bragueta.

—Gírate. Y no mires.

Se dio la vuelta hacia la ventana. Me quité el vestido y las medias. No quería

ponerme a revolver en mi armario, así que me puse su camiseta y me metí en la cama. Nos tapé a los dos con el nórdico. Él enredó sus piernas con las mías y yo me dejé hacer. Se mordió el labio.

—Tú quieres matarme o algo, ¿no?

—Qué va. Los buenos amigos duermen juntos y no pasa nada.

Sus dedos serpentearon por mi muslo desnudo.

—Oye, que he estado fuera diez años sin saber nada de ti. Tan amigos tampoco somos. Podemos follar sin que sea un problema para nuestra amistad.

Me reí.

—Si tu mejor amigo se beneficiara a tu hermana, ¿cómo lo verías?

—Álex se folla a cualquier cosa que tenga pene y luego me lo cuenta. Podemos follar y luego ya se lo cuento yo, si a ti te da corte.

—Eres un cerdo.

Me giré para darle la espalda en un intento de ser digna, pero se convirtió en un gesto muy sexual. Mi trasero se pegó a su paquete, que a estas alturas ya parecía a punto de estallar. Me levantó la camiseta y coló sus manos justo por debajo de mis pechos. Empecé a respirar con más fuerza de la que me gustaría reconocer.

—Oliver, para. Por favor. De verdad que no puedo...

Malditos principios morales. Maldita mierda de conciencia que me hacía pensar en lo raro que podía volverse todo con él, con Álex y con Cristo que lo fundó. Dibujó círculos con los pulgares, rozándome los aros del sujetador.

—Pues deja de torturarme.

Me volví otra vez, obligándole a sacar las manos. Me arrastró hacia él y apoyé la cabeza en su pecho.

—Me gusta verte con mi camiseta.

—¿Estoy sexy?

—Mucho. Duérmete, que es tarde.

—¿Te quedarás?

Suspiró.

—Me quedaré.

Era tan fácil dejarse llevar...

Capítulo 7

Nuevos inquilinos

Nunca había sido una mujer de las que conocían a un tío y se lo follaban. No tenía nada en contra de ello, era solo que a mí no me salía. Cuando Álex me contaba sus historias, me descojonaba y aplaudía como las focas, pero solo de pensar en hacer yo algo similar me entraban los siete males. El caso es que tampoco era la típica que se metía en relaciones serias, porque me agobiaba, por eso el único novio que había tenido hasta la fecha era Pablo y mis experiencias sexuales se limitaban a él y algún que otro amigo con el que tenía confianza, por aquello de que en tiempo de guerra cualquier agujero es trinchera, pero con confianza.

Mi hermano decía que me iba a morir sola y con siete gatos, porque no había Dios que me entendiera. Por eso me sentí perdida cuando desperté aquel sábado, envuelta en aquella camiseta que me quedaba demasiado grande, con un olor que no reconocía y con sensación de angustia. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Gritar su nombre desde la cama? ¿Preparar café? ¿Fingir que había muerto de un coma etílico y esperar a que se fuera? Aunque suponía que no se iba a marchar.

Me armé de valor, cogí aire y salí al pasillo. Oí trajín en la cocina y me acerqué. Olía a café recién hecho y a mi gel de ducha. Oliver bebía café apoyado en la encimera. Tenía los vaqueros puestos y el pelo mojado.

—Buenos días.

Clavó sus ojos azules en mis piernas y yo tiré de la camiseta para taparme lo máximo posible.

—Buenos días.

Dejó la taza y me abrazó. Me pilló tan de sorpresa que dejé que mis brazos colgaran a lo largo de mi cuerpo, sin responder.

—¿Resaca?

—No —mentí—. No mucha.

—He preparado café. No entiendo bien ese demonio de cafetera que tienes, así que ha quedado un poco aguado, pero se puede beber.

—Gracias.

Me serví una taza y me senté en la mesa. Oliver me escrutaba en silencio, evaluándome.

—¿Todo bien?

—Sí.

Mentira otra vez. No. Estaba incómoda. No sabía manejar esas situaciones, y eso que ni siquiera nos habíamos acostado. Se sentó enfrente de mí, atrapando mis manos entre las suyas.

—¿Qué te apetece hacer?

Me zafé con suavidad, fingiendo que cogía la taza para beber.

—No sé, Oliver.

—Ya.

No me veía capaz de afrontar sus ojos, así que devolví la mirada a mi café, que se enfriaba.

—Esto es ridículo, Alicia.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué mierda te pasa?

Estallé en un volcán de rabia sin sentido.

—Joder, Oliver, ¡ya no sé cómo explicártelo!

—Si me vas a hablar de mi hermana otra vez, ahórratelo.

—Es que Álex es el puto problema, yo no puedo...

—No puedes una mierda. Anoche...

—Anoche —corté—, no pasó nada. NA-DA.

—¿Entonces no vamos a hablar de cómo restregaste tu culito contra mi paquete?

Aquello me sentó como una bofetada.

—Lárgate.

—Cojonudo. Devuélveme la camiseta y me voy.

Yo temblaba de rabia, así que me la quité y me quedé de pie delante de él, roja hasta la raíz del pelo, en bragas y sujetador, y con ganas de liarme a puñetazos contra su pecho. Se la tiré.

—Fuera.

Me miró y su expresión cambió. La dejó encima de la mesa y se acercó a mí con un solo paso, rápido. Me levantó y me sentó encima de la encimera, con las piernas abiertas. Se metió en medio, me agarró la nuca y me besó con fuerza. Era un beso con rabia, lengua y dientes. Duró mucho y, cuando nos despegamos, enredó sus dedos en mi pelo despeinado y tiró de él.

—Me vas a volver loco.

Recogió su camiseta y se fue. Me quedé sentada allí y oí la puerta cerrarse. Estaba frustrada y ofendida. Rabiosa y enfadada, con él y conmigo misma por no rechazarle cuando estaba cabreada. Sentía la necesidad imperiosa de desahogarme, pero, ¿con quién? Álex estaba descartada, sin lugar a dudas. Isra sería incapaz de comprenderme. Es más, me lanzaría a los brazos de Oliver solo para tener una excusa para follarse a Álex. No, ni hablar. Además, aún estaba muy cabreada por lo de la noche anterior. El grupito de amigas con el que salía algunos fines de semana no me inspiraba mucha confianza, no por nada, pero siempre había sido muy reservada y me costaba contar mis cosas. Me daba terror que a alguna se le escapara alguna confidencia entre tequila y tequila. Echaba de menos a Lydia. Cada vez que tenía una discusión con Álex, ella se sentaba, paciente, en el suelo del salón. Nunca habían sido íntimas porque eran demasiado distintas y solo me tenían en común a mí, así que sus consejos siempre eran objetivos. Hasta que se folló a mi ex novio, claro. Eso me devolvió la rabia a las entrañas, me llevé las manos a la cara y ahogué un chillido. Me

estaba volviendo loca. Al final, después de discutir conmigo misma sin moverme de allí, le mandé un *whatsapp* a Lydia, con una hora y un sitio. No esperé contestación y apagué el móvil.

Había dejado de llover y lucía el sol a pesar del frío, así que decidí esperar en la terraza. Me había puesto unos pitillos muy ajustados, un jersey de cuello vuelto y unas botas. Me coloqué las gafas Ray Ban, pedí una caña y encendí un cigarro. Había dado dos caladas cuando Lydia apareció a mi lado. Qué guapa era la muy asquerosa, con aquellos ojazos negros y el pelo castaño oscuro enmarcándole la cara, de rasgos afilados pero dulces. Llevaba unos vaqueros bajos y un jersey que dejaba ver una línea de su vientre plano. Qué perra. Dibujó una sonrisa tímida y agarró el respaldo de la silla que estaba a mi lado.

—¿Puedo?

—Claro.

Pidió otra cerveza para ella y nos miramos.

—Oye, Ali, quiero darte las gracias por...

—¿Cómo te va con Pablo?

—Yo...

—Contestame, Lydia. ¿Cómo te va con mi exnovio?

Agachó la cabeza y se miró las manos, apoyadas en su regazo.

—Te debo una explicación.

—Sí. Me la debes. ¿Ya te lo follabas cuando estábamos juntos? Cuando yo salía a buscar curro y le dejaba en casa, ¿te lo tirabas en mi cama?

—No.

Sentía deseos de estamparle la cerveza en la cabeza, como en las películas, pero la verdad es que me jodía desperdiciar una cerveza. Por fin, me miró y estiró las manos hacia las mías. Yo las aparté.

—Sé que te debo una disculpa y una explicación. No me atreví a llamarte, pero te he echado muchísimo de menos.

—¿Sigues con él?

—Tienes que entender...

—¡Contestame, joder! ¿Sigues con él o fue solo un capricho porque no podías tenerlo?

Negó con la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Nos vamos a casar, Ali.

Me quedé como si me hubieran echado una jarra con agua y hielo por encima de la cabeza.

—¿Cómo? —Mi voz se había convertido en un susurro, casi lastimero.

—Nosotros... —hipó—. Yo ni siquiera sé cómo pasó. Después de que lo dejarais quedamos alguna vez. Él quería recuperarte y me pidió consejo, y yo... No sé cómo pasó. Me sentí mal por ti, por mí, por vosotros, pero la realidad es que nos enamoramos como críos.

Sentí náuseas.

—Él quería volver conmigo y tú...

—No me juzgues, por favor, necesito que me perdones. Te juro que no lo planeamos, pero no supe cómo lidiar con todo. Le quiero tanto, Alicia, que no pude decir que no.

—Joder. Joder. Jo-der.

Quería irme y volver a encerrarme en casa. Quería llorar. Quería gritar y pegarle una hostia a mano abierta, pero sonó mi móvil y escuché de nuevo cómo sonaba *Surrender*. Rendirse a una sonrisa, a cada caricia, al sonido de una palabra... ¿No era eso lo que nos pasaba a todos? ¿Tenía realmente la culpa Lydia, o había sido una víctima? Se iban a casar, joder. Se querían de verdad. Pero no podía perdonar la falta de sinceridad de los dos. Yo me sentía dolida y engañada. Pablo y yo nunca habíamos tenido un compromiso serio. En ese momento comprendí que yo no era mujer para él. Tendría que haber alguien ahí fuera que me quisiera como se querían ellos, ¿no? ¿Me estaba volviendo loca? Se había liado con mi ex, ¿no debería estar queriendo matarla?

—¿No lo vas a coger?

—¿Eh? —pregunté, ida—. ¡Ah! El móvil. Sí, perdóname un segundo.

Me levanté antes de contestar.

—¿Diga?

—¿Cuándo me puedo instalar?

—¿Perdón?

—Soy Esteban.

¡Ah! Joder, Esteban. El morenazo de ojos verdes que había ido a ver el piso hacía lo que me parecía una eternidad. Y yo aún sin saber si quería compartir piso con un pene.

—Dime, Esteban.

Bufó, como dándome a entender que se le acababa la paciencia. De verdad, qué imagen debía de tener de mí. Seguramente de que me faltaba una patata para el kilo, como decía Álex.

—Que cuándo podría instalarme. Se me acaba el contrato y no hay ningún piso que me convenza más que el tuyo.

Qué falta de educación, bien podría haberme dicho «oye, me encanta tu piso y la idea de que follemos en todas las superficies que lo permitan». Ay, Dios, ¿pero qué me pasaba últimamente, que no dejaba de pensar en el sexo? Al instante decidí que necesitaba el dinero y que confiaba lo suficiente en mi fuerza de voluntad como para evitar lanzarme a hacerle una felación cuando se sentara en el sofá. Aparté los pensamientos guarros de mi mente calenturienta.

—Cuando quieras.

—Pues esta tarde. Sobre las seis estaré en tu casa para firmar el contrato y subir mis cosas.

Colgó. Qué simpático el tío. Lydia seguía allí y se miraba las manos. Me acerqué y dejé el dinero de mi cerveza encima de la mesa.

—Lo siento, Lydia. Pensaba que podía perdonarte, pero no. No puedo. Que seáis muy felices juntos.

Se levantó.

—Alicia, por favor, han sido muchísimos años. Hemos compartido tantas cosas...

—Sí. Hasta penes, por lo que se ve.

—No fue queriendo, surgió, y yo...

—Que sí, que ya lo entiendo, que os queréis mogollón. Pero es que me habéis engañado. Los dos. Ni siquiera habéis echado cojones a la situación, he tenido que encontraros follando.

Lloró, pero en silencio.

—Lo siento.

—Lo sé. —Me enternecí, lo reconozco—. Intentaré pensar las cosas con más frialdad.

—Te echo de menos.

—Y yo. Por eso había venido.

Comí en el bar de la esquina de mi calle y luego me sentí mal, así que decidí irme al gimnasio. Me embuté las mallas y estuve dos horas dándole golpes a un saco. Me imaginaba la cara de Lydia, la de Pablo y hasta la de Oliver. Me daba mucha rabia pensar que en cuestión de un mes, me habían metido en una situación que no sabía resolver. Como si una ola hubiera venido y me hubiera arrastrado y ahora, por culpa de la resaca, no pudiera salir del agua. Sudada y agotada, me sentí mejor. Bueno, no mejor, pero me daba todo igual.

Se me echó el tiempo encima y cuando me di cuenta ya eran casi las seis. Me fui sin ducharme, hecha un asco, vaya. Esteban esperaba en el portal, con cara de malas pulgas y una maleta que a mí solo me serviría para irme de vacaciones una semana, y solo si no metía muchos zapatos.

—Hola —saludé—. Perdona el retraso, no me di cuenta de la hora en el gimnasio.

Me acerqué con la intención de darle dos besos, pero él no se inmutó y con mi estatura, o se agachaba, o yo pegaba saltitos. Como aún me quedaba algo de dignidad, disimulé y me dediqué a abrir la puerta. Entramos en el ascensor y se encargó de poner la maleta entre nosotros. Pues empezábamos bien.

—¿Quieres volver a ver la casa? —pregunté al entrar.

—No. Creo que me apañaré y tengo prisa.

Se encerró en su cuarto y yo me encogí de hombros. Me di una ducha de esas que resucitan a los muertos, me embuté en uno de mis pijamas anti eróticos y me preparé un bol de palomitas, dispuesta a despanzurrarme en el sofá y ver *Serendipity* por decimocuarta vez. John Cusack, el único hombre de mi vida que me hace feliz cada vez que le veo.

En ello estaba cuando Esteban apareció en el salón, perfectamente arreglado y oliendo a un perfume muy masculino. Qué vergüenza ya el primer día, joder.

—¿Te importa si me traigo al perro?

—No sé si a mi casero le hará mucha gracia, la verdad. —Pausé el DVD—. Y a mí me dan miedo.

—Es un cachorro. Apenas tiene un año.

Me encogí de hombros y le tiré mi móvil.

—Llama al casero y pregúntale tú. Se llama Antonio. En la agenda le tengo por «Pagar del uno al siete de cada mes».

Volví a poner mi peli. Cusack corría por todas partes buscando el libro con el número de teléfono de Kate Beckinsale. Esteban guardó el número en su móvil y llamó. Mientras esperaba, miró a la tele.

—¿Qué ves?

—*Serendipity*.

—¿Este es tu plan de sábado noche?

—Sí, y masturbarme con el consolador negro de mi mesilla de noche. ¿Te importa?

Sin decir nada, salió para hablar en privado con el casero y volvió a los pocos minutos.

—A Antonio le parece bien lo del perro siempre y cuando no ensucie ni haga ruido. Me ha dado un mes de prueba. —Dibujó comillas con los dedos.

—Estupendo.

—¿Te parece bien?

—Claro.

—Voy a salir.

—Pásalo bien. Adiós.

Seguí con mi película, pedí una hamburguesa súper grasienta a domicilio pensando que ya iba tocando cuidar mi alimentación y me metí en la cama a leer una novela negra de las que me gustaban. Antes de las doce estaba dormida, buen planazo de sábado.

A las cuatro y media me despertaron unos golpes rítmicos contra la pared. No daba crédito, primera noche y ya le tenía follando en casa. Mala convivencia se avecinaba. Me tapé las orejas con la almohada, pero ni así dejaba de oírlo. Al final me quedé tirada, boca arriba y mirando al techo. Encendí la luz, busqué el iPod y me puse a escuchar en bucle una de mis canciones favoritas, de esas que escuchas cada vez que tienes un problema, te sientes sola o necesitas distraerte. *Heridas del Rock and Roll*, de Rulo y la Contrabanda. Cuando acabaron debió echarla con cajas destempladas, porque no tardé en verle pasar por delante de mi cuarto, acompañándola a la puerta. Menudo elemento me había buscado para compartir piso. Ella se fue y él apareció desnudo en mi puerta. Desnudo. Como dios le había traído al mundo. Y tenía un buen ciruelo. Me quité los cascos para escuchar lo que decía.

—¿Te he despertado?

—Sí. —Intenté apartar la vista del badajo al aire y mirarle a los ojos—. ¿Qué coño haces aquí... en pelotas?

—¿Te molesta?

Señalé sus partes con un dedo.

—Pues, hombre...

Soltó una carcajada. «Aleluya, sabe reírse». Después, se acercó y aquello parecía que me encañonaba.

—Perdona, para mí es algo natural.

—Tomo nota. Ya mañana me paseo yo con las tetas al aire.

—Me darías una alegría.

Se volvió.

—Espera, Esteban.

—Dime.

—¿Te vas a traer a muchas mujeres?

—¿Está en el contrato que no puedo follar?

—No. —Me sonrojé—. Claro que no, pero...

—Te molesta el ruido. Ya. Lo capto. Intentaré ser más discreto en el futuro. —Me miró—. Deja de mirarme la polla, cerda.

Riéndose se fue por el pasillo y yo me quedé allí, pensando en penes encañonándome y sumamente avergonzada.

Capítulo 8

Coitus interruptus

El jueves me desperté pronto. Muy pronto. Hacía días que no paraba de dar vueltas en la cama, pensando en Oliver, que estaba desaparecido, y en Álex, que me había mandado un mensaje el domingo anterior, en el que solo ponía un «lo siento» rodeado de caras tristes y monos tapándose los ojos. El problema no era tanto que me hubiera cabreado por la encerrona del fin de semana, sino que me sentía una mentirosa. No era capaz de contarle a mi mejor amiga lo que me estaba pasando. En otras circunstancias compartiríamos un mojito bien cargado para desgranar los posibles significados de un beso tórrido en mi cocina en plena discusión, pero ahora sentía que no podía hacerlo. Ni siquiera le hablé de Lydia y Pablo. Ni de que mi nuevo compañero de piso se paseaba con el pene al aire.

Necesitaba despejarme y hasta las nueve no tenía que ponerme a currar, así que pensé que salir a correr me ayudaría. En silencio me puse las mallas, una sudadera vieja de un color verde fosforito que daba miedo y unas deportivas azules. Un cuadro, vaya.

Con cuidado de no despertar a Esteban, que dormía tan profundamente que ni se percató del vistazo que le eché a su culito desnudo al pasar, cogí del salón las llaves y mi iPod. No había corrido en mi vida, pero no podía ser nada del otro mundo al lado de una clase de spinning, estaba segura. Me clavé los cascos hasta el fondo de las orejas, me puse *I don't care*, de Apocalyptica, fingiendo que me identificaba con la letra y que me importaba una mierda todo lo que no fuera yo, y empecé a trotar. Tardé exactamente seis minutos y cuarenta y siete segundos en parar para recoger los pulmones que se me salían por la boca. Menuda deportista estaba yo hecha. Sin embargo, había logrado mi objetivo, con lo de luchar por respirar había dejado la mente en blanco, así que me propuse seguir durante una hora. Caminaba, trotaba un rato, volvía a caminar. Cuando regresé a casa, estaba sudada y me ardía el pecho, pero me sentía mucho más tranquila. Además, traía pan recién hecho y un croissant, para compensarme por el esfuerzo.

Olí el café desde la entrada y me gruñeron las tripas. Esteban gritó desde la cocina:

—Buenos días —dijo—. ¿Café?

No contesté, concentrada como estaba en intentar hacer mis ejercicios de estiramiento mientras mantenía el equilibrio. Asomó la cabeza por la puerta que daba al pasillo y estalló en carcajadas.

—Pero, ¿de dónde vienes?

—De correr. —Le miré el pecho—. ¿Vuelves a estar desnudo?

Asintió. Entré en la cocina y dejé la bolsa en la mesa. Sí, ahí estaba su culito. Tenía unas ganas locas de estirar las manos y pellizcarlo, a ver si estaba tan duro

como parecía.

—Oye, Esteban, ¿me puedes explicar, por favor, qué coño tienes en contra de la ropa?

—Ya tengo que llevarla todo el día. En casa me gusta ser natural. Sentirme libre.

—No me puedo creer que unos calzoncillos te supongan tanto problema. De verdad, no puede ser.

Se giró y ahí estaba: «Buenos días, señor Pene». Me tapé los ojos y empezó a reírse.

—¡Esteban, por favor! Ya me empieza a dar tirria que me apuntes con... —Señalé con un dedito tembloroso—. ¡Con eso!

—¿Qué tienes en contra del desnudo del ser humano? ¿Por qué te sientes incómoda? ¿Es algún tipo de trauma juvenil? ¿Tu novio la tiene pequeña?

Me rendí e hice un gesto de desesperación con las manos.

Cuando salí de la ducha envuelta en una toalla él se había puesto el traje para ir a trabajar, ¡y cómo le quedaba, madre mía!

Me dedicó una sonrisa pícaro y una mirada fugaz a mis piernas embadurnadas en aceite de bebé.

—¿Mejor?

—Sin duda.

Se fue sin despedirse, como siempre, y me quedé pensando en que un día de estos debería sentarme a cenar con él y hablar para conocerlo un poco. Me incomodaba tener un compañero de piso del que no sabía prácticamente nada aparte de que le gustaba pasearse como su madre le trajo al mundo.

Estaba frente al ordenador trabajando cuando a eso de las dos llamaron a la puerta. Me levanté casi como un autómatas y cuando abrí la puerta vi que era Oliver, con una bolsa del supermercado de abajo en la mano y una expresión torturada en el rostro. Me quedé sujetando la puerta, sin dejarle entrar.

—¿Qué quieres, Oliver?

—Enterrar el hacha de guerra. —Levantó la mano con la bolsa—. Traigo comida.

Me aparté y le dejé pasar aunque no muy convencida. Se agachó y me dio un beso en la mejilla, dejando que su olor varonil revoloteara en mi nariz. Le seguí hasta la cocina, donde abrió una botella de vino tinto y sirvió dos copas. Di un trago largo, para calmar los nervios que de repente me habían invadido.

—¿Está bueno? —preguntó.

—Mucho.

—Siéntate. Voy a cocinar para ti.

Le miré levantando una ceja.

—Me preocupo por tu alimentación. —Bajó la cabeza mientras empezaba a picar verduras—. Y no se me ocurre otra forma de... Arreglar las cosas.

—¿Arreglar el qué? ¿El tema del beso, las cosas que dijiste, cabrearte, o largarte y desaparecer sin dar explicaciones?

Soltó el cuchillo.

—Mira, Alicia, me pierden las formas. —Se agarró a la tabla de cortar, como si fuera un punto de apoyo para no perder la paciencia—. No debería haberme puesto así.

Lo entendí a la primera.

—Pero no te arrepientes de lo que dijiste.

—No.

Me miró, evaluándome. Yo me escudaba detrás de la copa.

—No puedes llamarme a las tantas, pedirme que me quede a dormir contigo, restregarte y después hacerme creer que no pasa nada.

Se acercó, serio, y se humedeció los labios. Y a mí lo que se me humedeció fue otra cosa. Me cogió por la barbilla y se acercó aún más, agachándose para dejar su nariz a la altura de la mía. Sus ojos habían pasado a ser de un azul oscuro que asustaba. Respiré su olor. Dejó algunos besos en la comisura de mis labios. Derecha, izquierda y vuelta a empezar. Yo boqueaba.

—Y ahora —susurró junto a mi boca—. ¿Me vas a negar que te mueres porque te bese?

«Hazlo» pensé. «Hazlo y ya me arrepentiré después».

Pasé una mano por su nuca. Volvió a susurrar junto a mis labios.

—¿Lo ves, Alicia? ¿Notas como saltan las chispas?

—Sí.

—Estos días he pensado mucho.

Nos apartamos, lo que me permitió volver a pensar con claridad. Era como si tenerle demasiado cerca me obnubilara, y cuando se alejara volviera a ser una persona razonable.

—¿En qué?

—Entiendo que para ti esto es jodido. Sé lo de tu ex y tu amiga y supongo que ahora no necesitas líos. ¿Me equivoco?

—No.

—Soy un tío fácil, Ali. Dime qué quieres de mí.

Lo quería todo. Quería tenerle de todas las maneras físicas posibles. Quería que siguiera haciéndome reír y que no volviera a irse al otro lado del océano. Pero también quería poder quedar con él y su hermana sin que todo se volviera raro.

—Quiero que seamos amigos.

Asintió y siguió cocinando. Me senté en la encimera y él me miró de soslayo.

—Si quieres que solo seamos amigos, mejor bájate de ahí. Me pone cachondo acordarme de ti... así.

—¿Muy cachondo?

—Pónmelo fácil o no respondo de mis actos.

Me reí y obedecí.

—¿Te importa que ponga música?

—No, para nada. Sigue cocinando, que ahora te traigo el portátil —aseguré. Tenía que salir de allí si no quería saltarle al cuello como animal en celo.

—Explotadora.

Cuando volví, ya más calmada, entró en Youtube para buscar una canción.

—¿Falta mucho? Tengo hambre.

—Media hora o tres cuartos, más o menos.

Una letra explícita llenó la cocina.

—¿Qué es?

—*Closer*.

«Quiero sentirte desde dentro. Déjame penetrarte, déjame complicarte». Cogió el portátil con una mano y a mí con la otra. Había perdido la batalla. Me dejé guiar hasta el salón, donde dejó el portátil en el suelo y se dejó caer en el sofá, aún agarrando mi mano.

—Ven.

Me acerqué, dispuesta a sentarme a su lado, pero tiró de mí y me obligó a sentarme en su regazo. Abrí las piernas y me acomodé sobre él, que puso la mano libre sobre mi culo. Nos comíamos con los ojos y yo me mordí el labio. Me besó el borde de la mandíbula y se acercó a mi oreja. Mordisqueó y sopló con suavidad, y yo supe que estaba perdida. Me notaba más húmeda que nunca antes, quizás por el regusto que tenía aquello a «no debería hacerlo». Me restregué un poco sobre su bragueta.

—Dime, ¿qué hay de malo en esto? —preguntó.

—Nada.

—¿Estamos traspasando los límites de la amistad?

Aparté la cara, para darle mejor acceso a mi cuello. Soltó la mano que sostenía la mía y la metió por debajo de mi vestido de punto. Me rozó por encima del sujetador y yo, finalmente, perdí la cabeza. Me lancé a su boca y nos besamos como salvajes. Su lengua me invadió mientras su mano izquierda se deslizaba por mi muslo hasta llegar a sobarme el culo. Con la otra me levantó el sujetador y me masajéo los pezones. Gemí y me moví sobre su erección. Le necesitaba. Necesitaba que me follara de todas las maneras posibles. Dejó mi culo y metió su mano entre mis bragas, formando círculos y haciéndome jadear.

—Joder, estás tan húmeda...

Seguimos así, mordiéndonos, besándonos. Cuando metió un dedo dentro de mí tardé veinte segundos en correrme con fuerza y gritando entre sus brazos. No me había pasado nunca antes. Siguió moviendo sus dedos y me habló al oído.

—¿Siempre eres tan rápida?

—No —gemí.

—Quiero hacer que te corras una y otra vez.

Siguió acariciándome, pero se revolvió para bajarse de un tirón los vaqueros y los calzoncillos. Toqué su erección suave y deslicé mi mano sobre ella. Se unió a mis

gemidos.

—Tú también estás...

—Sensible —dijo, completando mi frase—. ¿Tienes condones?

Hacia ni sabía cuánto que no echaba un polvo. Desde que lo había dejado con Pablo, seguramente. Dejamos de tocarnos un momento, sin apartar las manos, y yo corrí a mi cuarto, a rebuscar. Ni uno. Entré en la habitación de Esteban y miré en la mesita. Bingo. Robé uno y volví a mi sitio. Le acaricié de nuevo, se lo puse y le metí dentro de mí. Noté cómo se abría paso, después de tanto tiempo sin sexo, y me quedé quieta. Gruñó.

—Joder, lo noto. Estás tan...

Esperó con paciencia. Cuando noté que me adaptaba, comencé a moverme despacio. Empecé a gemir muy pronto, lo reconozco. Él me agarró la espalda y el culo, ayudándome a marcar el rumbo, despacio. Estaba tan cachonda que resbalaba.

Y entonces se abrió la puerta y nosotros nos separamos de golpe.

—Mierda, joder.

—Pero, ¿quién coño es?

Miré el reloj. Esteban nunca llegaba a comer. Me bajé el vestido mientras nos llegaba la voz de Álex.

—¿Ali?

«¿Por qué nunca le quité las putas llaves, joder?» pensé. Ambos estábamos blancos.

—Pasa, Álex —dije con un hilillo de voz. Lo último que quería ahora era que mi amiga me pillara con su hermano. No tenía ni ganas ni fuerzas para lidiar con la situación.

—¿Qué haces? Huele bien.

Oliver se subió los vaqueros rápidamente y se puso un cojín en sus partes. Yo corrí a sentarme delante del portátil y llegué justo a tiempo para verla entrar en mi salón. Se quedó allí, alucinada.

—¿Oliver? ¿Qué haces aquí?

—Ha venido a romper una lanza a tu favor. Dice que estás muy arrepentida y que me echas tanto de menos que lloras por las noches. Te perdono. Devuélveme las llaves.

Me adelanté, porque no creía que a él le llegara bien el riego al cerebro como para decir algo razonable.

—Pero, ¿qué me estás contando? —respondió con ella con una sonrisa.

—Álex —interrumpió él—, sabía que ella estaba muy cabreada y pensé que si intercedía yo, te la ablandaría. Ahora que has venido tú, me voy.

Se levantó decidido. A mí me latían mis partes de pura necesidad y estiré una mano desde el suelo para sujetarle la pernera del pantalón.

—No, espera. Quédate.

Sonrió, quizás recordando.

—Es mejor que habléis de vuestras cosas a solas.

Me acarició el pelo al pasar, en un gesto cómplice que le salió sin pensar. Álex entrecerró los ojos y repitió el gesto con ella, guiñándome un ojo sin que le viera.

Cuando se fue, ella se tiró en el sofá y yo encendí un cigarro sin levantarme, por miedo a dejar un rastro delator, como los caracoles.

—No sabía que tenías tanta confianza con mi hermano.

—No, yo...

—Bueno, da igual. Que vengo a pedirte perdón.

Comimos el asado que había preparado Oliver y que yo juré y perjuré que había sido obra mía con la ayuda de una aplicación que me pasaba una receta diaria paso por paso. Creo que no acabó de convencerle mi explicación, pero prefirió pasar del tema. Después nos fuimos a jugar a la Wii, que era como más nos gustaba pedirnos perdón. Parecía menos serio.

—No debí haberte montado aquello el viernes.

—«Aquello», no. Una cita a ciegas. Cada vez que lo pienso me cabreo.

—Te juro que pensé que era buena idea. Te veo tan cerrada, tan poco dispuesta a conocer a alguien, sin follar ni nada, que creí que darle una alegría al cuerpo no te vendría mal.

Me sonrojé como una cría. Menos mal que, concentrada en la pantalla de mi tele, ella no se dio cuenta.

—Si me prometes que no va a volver a pasar, te perdono.

—Hecho.

—Y sé buscarme mis polvos.

—Sí, ya. ¿A cuántos te has tirado desde que lo dejaste con tu ex? ¿No te pica el chichi?

Cambié de tema al instante.

—El otro día fui a tomar algo con Lydia. Se van a casar.

—Hostia puta. —Pulsó el botón de pausa—. ¿Estás bien?

—Supongo. Sí.

—No sabía que iban tan en serio.

—Ni yo. ¿Debería estar cabreada?

—No puedo ser yo la que te diga cómo tienes que sentirte, cariño —dijo ella con dulzura.

—Cuando me dijo que se casaban me sentí una mierda —me sinceré y como respuesta me abrazó.

—Sigue. ¿Cómo te sentiste luego?

—Les... Tuve... Joder, no sé cómo explicártelo.

—¿Compasión?

—Puede decirse así. Se quieren, Álex. ¿Quién soy yo para juzgarles por ello?

—Te admiro. Si fuera yo, habría salido en los periódicos. «Joven pelirroja

extremadamente atractiva asesina a su exnovio con una sombrilla de cóctel por follarse a una amiga suya».

—¿Extremadamente atractiva?

—Tendré que venderme bien para ligar en la cárcel, coño.

—Siempre puedes aprovechar los vis a vis para chuscarte a Quique.

—No es él.

—Pero, ¿hay alguien que te gusta de verdad? ¿Y no es él?

Asintió, pero no quiso darme más explicaciones y nos centramos en el juego hasta media tarde, cuando volvió Esteban. Con el perro. Sí, era verdad que era un cachorro, pero era un cachorro de labrador, que daba la impresión de que iba a ser más grande que yo. Le señalé mientras él se quitó la americana.

—A ver, Esteban, ¿qué es esto?

—Alicia, este es Capitán América. Capi para los amigos.

—¿Le has puesto a tu perro Capitán América?

—¿Tienes algún problema?

—No, no. —Aguanté la carcajada que pugnaba por salir—. Mira, esta es mi mejor amiga. Álex, este es Esteban, mi compañero de piso.

Se dieron dos besos y vi como a ella se le cambió la cara. Había puesto su cara de come-hombres.

—Ni se te ocurra —le dije—. Espera aquí un momento.

Me acerqué a la habitación de Esteban en el momento en el que se desabrochaba la camisa. Qué visión, madre mía.

—Ponte ropa —le advertí—. Por favor, por una vez, no te pasees en pelotas.

Dirigió la vista al cajón entreabierto de la mesita.

—Pues deja de robarme condones.

Volví al salón sonrojada, donde Álex estaba concentrada en su móvil.

—¿Qué haces?

—Mañana organizamos una fiesta.

—¿Quiénes?

—Bueno, la organizas tú. Fiesta en tu casa. Me voy a organizar todo, mañana te veo.

Me dio un beso en la mejilla y se fue. La madre que la parió, que pocos escrúpulos tenía. Me tiré en el sofá y miré el móvil, silenciado desde por la mañana. Había un mensaje, de él.

Es la segunda vez que me pides que me quede y lo voy a hacer, para siempre, y entre tus piernas.

Quise gritar que se quedara, que yo quería lo mismo. Sin embargo, apagué el teléfono.

Capítulo 9

Principios morales

Esteban abrió una botella de tequila y la dejó sobre la mesa, junto a las demás. Llevaba una camiseta blanca que se le pegaba a los pectorales y un pantalón negro, a juego con su permanente barba de tres días. Bajo la luz blanca de los halógenos, sus ojos parecían aún más verdes.

—¿A qué hora empieza la fiesta?

—A las once. Pero no tienes por qué estar aquí. En serio.

—Es la cuarta vez que me lo repites. Si quieres que me vaya dímelo directamente.

—No es eso, es que me sorprende que quieras socializar.

—Aunque no lo parezca, soy un tío simpático.

Aún quedaba una hora larga y yo estaba un poco incómoda. No estaba acostumbrada a estar a solas con Esteban, que desbordaba una tranquilidad y una autoconfianza que me apabullaban. Quizás la expresión correcta para describirlo era que me intimidaba hasta tal punto que yo había cenado encerrada en mi cuarto. Usé la vil excusa de que tenía que arreglarme, como si los vaqueros rectos y la blusa de cuello de bebé que llevaba requirieran mucho trabajo. Capi, el labrador que me mataría y se comería mis restos cuando fuera mayor, entró trotando. Él le cogió en brazos.

—¿Le dejamos que se una a la fiesta?

—No. Ni de coña. No abuses de mi confianza.

Se lo llevó a su habitación, cerró la puerta y volvió.

—¿Te tomas algo conmigo antes de que la casa se llene de gente que no conozco?

—A buenas horas tratas de ser simpático.

Me ignoró por completo y sirvió dos copas bien cargadas de ron. Pobre de mí, qué mal iba a acabar la noche.

Se sentó en el sofá y yo me quedé de pie, apoyada contra el mueble de la tele.

—No muerdo.

—Ya.

Me senté en la otra esquina, contra el reposabrazos.

—¿Te doy miedo?

—No. Tú no. Tu pene sí, un poco.

—¿Tienes novio, Alicia?

¿Nos íbamos a poner íntimos así, a primera hora de la noche? Yo necesitaba más alcohol para eso. Bebí la mitad de mi copa de un trago.

—No creo que eso sea de tu incumbencia, la verdad.

—¿Eso es un no?

—Eso es un no te importa.

Contesté un poco agria, lo reconozco, pero era un resorte que se me activaba en el

cerebro cuando alguien me intimidaba. Él chasqueó la lengua.

—¿Sabes qué creo? —No esperó a que contestara—. Que necesitas un polvo tanto como necesitas respirar. Un señor polvo, de los que te dejan sin poder sentarte en tres días y con agujetas hasta en las pestañas.

—Qué sabrás tú.

Soltó un ruido similar a una risa contenida.

—Conozco a las tías como tú. Mosquitas muertas, de las de novio de toda la vida, de las de señorita en la calle y putilla en la cama, pero solo con amor.

—Yo también conozco a los tíos como tú —contesté, cabreada—. Un puñetero picha brava que con tal de meterla en caliente se tiraría a cualquiera para dejarla tirada después. Cabrones que se os ponen los huevos en la garganta en cuanto alguien muestra un mínimo de interés por vosotros.

Nos sostuvimos la mirada. De repente se le curvaron los labios en una mueca pícara.

—El que se pica, ajos come, morena. He dado en el clavo.

—No tienes ni puta idea.

Me fui a mi cuarto, ofendida, pero sabiendo que sí, que en el fondo había dado en el clavo.

Intenté ponerme un concierto de mi querido Bon Jovi para distraerme, pero no había manera. Maldito gilipollas, ¿quién se creía que era para juzgarme? ¿Acaso se creía mejor que yo por pasearse en bolas? ¿Es que debía plantearme eso de ir por el mundo sin bragas y a lo loco?

Volví de nuevo y observé que Esteban estaba en la misma posición, como esperando el segundo round, pero con una copa nueva.

—Me gusta tener estabilidad —dije.

—Lo que no te gusta es la incertidumbre. A eso se le llama tener miedo a disfrutar del momento. ¿Me equivoco?

Sopesé la realidad. Me gustaba cuando Pablo me esperaba en casa, con la cena preparada y yo sabía que él iba a estar ahí al día siguiente. Me daba tranquilidad.

—No. No te equivocas. La cuestión es, ¿soy peor que tú por no calzarme a cualquiera?

Cínica. Eres una cínica, Ali.

—Me estás juzgando.

—No.

—Sí. Y seguro que tú en la cama eres puro fuego. Si te dejaras de dar vueltas y disfrutaras más...

Se pasó la lengua por los labios. ¿Lo estaba soñando, o me acababa de tirar los tejos? Pero, ¿qué coño me estaba pasando últimamente? Por suerte no tuve que darle más vueltas, porque el timbre sonó en ese momento y fui salvada por la campana.

La casa se llenó en media hora. Había gente que no conocía pero también el grupo con el que yo salía los fines, Álex, que había venido sola, Oliver y mi

hermano, que fue el último en llegar y me saludó con un abrazo de oso. Había llegado el momento de presentar formalmente a mi nuevo compañero.

—Esteban, esta es Álex, mi mejor amiga, y él es Oliver, su hermano.

«Y el tío que me medio follo», pensé y eso hizo que me sonrojara.

—Encantado —le dijo a Álex.

—Y este —agarré las mejillas de Esteban con una mano para obligarle a despegar los ojos de mi amiga—, es mi hermano, Isra.

—Te cortaré las pelotas como te acerques a mi hermana.

Me quedé boquiabierta al ver cómo mi hermano se ponía en plan protector, pero el aludido ni siquiera se molestó en contestar, y después se olvidó de todo lo que no fuera la cabellera pelirroja de Álex, que estaba despampanante, con unos pantaloncitos de cuero y una blusa negra semitransparente. Se llevó todas las atenciones, por supuesto. Ella, sin embargo, se dejó encandilar por Esteban. No me sorprendía, en el fondo era como una niña perdida, que solo buscaba un hombre que le diera seguridad y la hiciera sentirse protegida, pero eso jamás lo reconocería.

Yo, más discreta, me di al alcohol. Ya me arrepentiría al día siguiente y juraría aquello de cambiar de vida. A las cuatro de la mañana ya no quedaba casi nadie, por eso de que la gente suele trabajar los viernes. En el pasillo, Esteban estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, las piernas encogidas, y los pies contra la pared de enfrente. Álex estaba en su regazo, hablando por los codos y gesticulando mucho, mientras él paseaba sus dedos por la espalda. Iba a soltarle un sermón sobre las inconveniencias de liarse con mi compañero de piso, pero estaba borracha y mi rectitud moral se había vuelto laxa. Quizás incluso lo de ir sin bragas y a lo loco se había abierto paso en mi cerebro. El caso es que Isma estaba dándose el lote con alguien en la cocina. No quise ni mirar, aquella casa estaba empezando a parecerme más un prostíbulo que otra cosa, pero me dejé llevar por el ambiente. Agarré a Oliver de la camisa negra que llevaba al pasar a su lado y le arrastré al baño conmigo. No dijo ni media palabra, echó el pestillo y me subió sobre el lavabo. Me besó con fuerza y me agarró el culo.

—Llevo toda la noche queriendo hacer esto, pequeña.

Eché un vistazo a la puerta cerrada. Lo notó.

—Seremos discretos —susurró—. Y rápidos.

Nos tocamos por todas partes. Me desabrochó la blusa y sobó mis pechos. No tardé en desabrochar los botones de su pantalón y metí la mano. Para mi sorpresa, ya estaba duro como una piedra.

—¿Ves lo que haces conmigo?

Empecé a mover la mano rítmicamente y él también empezó a masturbarme. Aguantamos poco así, él se bajó los calzoncillos, sacó un condón de la cartera, se lo puso con pericia y me penetró con fuerza. Ahogué un gemido contra su pecho y él alargó la mano para taparme la boca cuando empezó a moverse. Lo hacía rápido, y yo sentí el cosquilleo del orgasmo muy pronto. Me invadió y exploté, mordiéndole la

mano.

—Joder, Alicia —dijo jadeando contra mi oído—. Me voy a correr ya.

Y lo hizo, mordiéndome el hombro para no gritar. Después me besó con suavidad. Yo tenía los labios hinchados y sensibles. Intentamos regular nuestras respiraciones y después salió de mí, mojándome los muslos. Cogió el papel higiénico y me limpió, antes de volver a darme un beso.

—Te juro que normalmente no soy tan rápido.

—Eso decís todos. —Sonreí.

—Tampoco parecía que te molestara.

Me dio otro beso antes de salir mirando a un lado y otro para no levantar sospechas, como si fuéramos adolescentes que se esconden de sus padres. Todo aquello me parecía... excitante.

—¿De dónde has sacado a este tipo? —me preguntó Oliver al ver a su hermana con mi nuevo compañero de piso.

—No sé, contestó a un anuncio que pusimos tu hermana y yo en plena borrachera.

—¿Y qué sabes de él?

—¿Preguntas porque estás preocupado por tu hermana, o por mí?

Sorteó la pregunta, mirando a su hermana.

—Contestame.

—Pues... Yo qué sé, Oliver. Tiene un perro.

—Joder, Alicia.

Dio un paso en su dirección, pero le sujeté por la muñeca.

—¿Qué crees que haces?

—Hablar con ellos.

—Ni se te ocurra.

—Es mi hermana.

—Y ella ya tiene veintiocho tacos. Déjala en paz.

—Y yo tengo treinta y dos y no quiero verla... —Señaló la mano de Esteban metiéndose en su blusa— así. La madre que lo parió, quiere tirársela.

—¿Y si nace algo bonito de eso?

—Qué ingenua eres. Un polvo es un polvo.

Le solté. Sí, sí que lo era.

—Oye, Ali, no quería decir...

Con un gesto de la mano fingí que daba igual.

—Un polvo es un polvo. Llévate a tu hermana. Es tarde y yo mañana tengo que trabajar.

Se acercó a ella, la agarró de los hombros y la levantó. Se fueron sin despedirse, ella porque estaba demasiado borracha, y él porque sabía que yo estaba cabreada. Otra vez. Parecía que nunca íbamos a poder acercarnos sin discutir.

Esteban se levantó y me acorraló en una esquina, poniendo un brazo a cada lado de mi cabeza.

—¿Qué tal el polvo en el baño? —Clavó sus ojos en mis labios—. ¿Bien?
Me sonrojé y agaché la cabeza, provocando que los rizos me taparan la cara.

—Qué *tocacojones* eres, joder.

—Me he puesto cachondo de pensarlo, morbosilla.

Me guiñó un ojo y me soltó. Tiré del pelo a mi hermano, que seguía con la lengua en la boca de una rubia que ni me sonaba.

—¿Tú no tienes que trabajar mañana, Isra?

—Sí.

—Pues largo.

En diez minutos desalojé la casa y me quedé por fin a solas en la cocina. Bueno, a solas y con Esteban, que se cruzó de brazos delante de mí. Me recogí el pelo en un moño alto y me encaramé encima de una silla, abrazándome las piernas.

—A ver, qué te pasa.

—No eres la clase de tío que escucha los problemas de las mujeres.

—Eso no es una respuesta.

—No, no lo es.

—Tienes razón, no soy esa clase de tío.

—Entonces, ¿por qué...?

—Mira, Ali —me cortó y se sentó delante de mí, en el suelo, cruzando esas piernas largas y clavándome sus ojos verdes—, nunca he compartido piso con una mujer que no fuera mi novia.

—¿Has vivido con una novia?

—No siempre soy un picha brava. A veces me comprometo.

—¿Cuántas veces ha ocurrido eso? —pregunté, sarcástica.

—Una. —Se rio—. Solo lo consiguió una. Por eso estoy aquí, me quedé en la calle cuando me dejó.

—No tenía ni idea, pensaba que tú no eras de esos.

—No lo soy. Aún no sé cómo me dejé cazar.

Me reí, aunque no sabía si lo decía en serio, porque él no cambió la expresión. Puso sus manos en mis rodillas y apoyó la barbilla en ellas, para mirarme desde abajo.

—No sé cómo va esto de la amistad, esa es la verdad. Si por mí fuera te follaría hasta dejarte seca para animarte, pero me da que no es lo que necesitas. Al menos hoy. —Me guiñó un ojo—. Golfilla.

—Por favor, cállate. —Me sonrojé de nuevo.

—Eres demasiado tierna para que alguien como yo sepa tratarte. Así que vas a tener que ayudarme.

No sabía qué hacer. No me inspiraba ningún tipo de confianza, pero, ¿con quién más podía hablar?

—Podrías hacerme un té.

—Consuelo a la inglesa, me parece bien. —Se puso al lío—. Cuéntame qué es lo

que te pasa, porque no conozco a nadie que ponga una cara tan larga después de un polvo rápido en el baño.

Como estaba de espaldas, no me costó tanto arrancar.

—Es que no lo sé, Esteban. Solo hace unas semanas que conozco a Oliver, pero es todo un lío.

—Porque es el hermano de tu amiga —afirmó.

—Sí.

Trajo dos tazas humeantes y se sentó a mi lado. Me palmeó la mano.

—Sigue.

—Joder, me cuesta tanto hablar de mí...

Hice un resumen sin detalles escabrosos desde el «encuentro» del baño hasta el comentario que me había tocado los cojones.

—¿Y le echaste? —preguntó cuando acabé.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque le parezco un polvo rápido y fácil.

—¿Eso es un problema para ti?

—Sí.

—Pero, ¿se lo has dicho?

—Tú estás loco. ¿Cómo le voy a decir a un tío que acabo de conocer —hice un gesto de comillas con los dedos— que no quiero ser solo un polvo?

—¿De qué tienes miedo?

—De asustarle. ¿Tú no te asustarías?

Meditó un momento.

—Seguramente saldría corriendo y si alguna vez me encontraras, tendrías que bajarme los huevos de la garganta.

Quizás intentaba hacerme reír, pero yo me tapé la cara con las manos, rabiosa y a punto de llorar. Él me las apartó y las sujetó entre las suyas.

—Mira, Alicia, me da la impresión de que tienes un conflicto interno. Toda tu vida has sido una tía formal, de las de novio y cine de domingo, y ahora te tiras al hermano de tu mejor amiga en el cuarto de baño. Y te gusta, pero tus principios morales dicen que no debería gustarte. Que deberías hacerte la estrecha, incluso me atrevo a suponer que le ves madera de novio. ¿Me equivoco? Sé sincera.

—No.

—¡Pues folla, joder! ¡Folla como si no hubiera mañana!

Se levantó y tiró de mí, obligándome a levantarme también.

—No juzgues qué está bien o mal —continuó—. Disfruta. Deja de pensar quién puede ser tu futuro marido.

De pronto, me plantó un beso en los labios. Me quedé anonadada.

—¿Qué haces?

—¿Crees que esto está mal?

—Sí.

Volvió a besarme.

—¿Por qué?

—Porque yo... Acabo de...

Esta vez sus labios buscaron los míos y su lengua se coló entre mis dientes. Tenía una forma de besar distinta, lenta, pero intensa. Pasé los dedos por su pelo corto y espeso. Se apartó unos segundos después.

—¿Qué habría de malo en acostarnos, si es lo que nos apetece?

Capítulo 10

Incendios de nieve

Me levanté con la resolución típica de los propósitos de año nuevo que todos solemos remarcar cuando estamos profundamente arrepentidos de algo. Al menos durante el primer mes. Aquel viernes volvía a llover, pero como me arrepentía del «juernes», de la fiesta, del alcohol y de mi vida en general, salí a correr antes de ponerme a trabajar, ya que la última vez me había venido bien. No funcionó para despejarme, porque cuando volví, Esteban aún estaba en casa. En pelotas y con café. No me molesté en señalar lo evidente. Ni en saludar. Cogí una taza, la llené y me fui a mi cuarto, donde iba a trabajar más tranquila. Me siguió.

—¿No me vas a decir nada?

—No pienso volver a señalar lo evidente —contesté sin apartar la vista de la pantalla, en la que se reflejaba el ciruelo de la discordia.

—Me refería más bien a darme los buenos días.

—Buenos días. ¿Tú no tienes un trabajo al que ir todos los días a la misma hora?

—No. Tengo un trabajo en el que entro cuando me da la gana.

Giré la silla y apoyé los pies en la cama.

—¿De qué trabajas?

—Informático de apoyo en una empresa de sanidad.

—Ajá. —Me crucé de brazos.

—Tengo el día libre.

Volví a girarme y seguí trabajando. No tenía ganas de una charla informal. Ni de verle, ni de que siguiera viviendo en mi casa.

—Hoy voy a salir a comer fuera.

Suspiré con fuerza.

—¿Qué quieres, Esteban?

—Pues quería tener una conversación contigo después de lo de anoche, pero veo que no estás por la labor.

—No.

Se sentó en el borde de la cama y yo pensé que sus pelotas estaban rozando mi colcha. Iba a tener que lavarla con lejía. O quemarla.

Cogió mi silla y tiró de ella para acercarme a él.

—Alicia —susurró—. Quiero que hablemos. Nos besamos, nada más. No quiero que todo se vuelva raro entre nosotros por una gilipollez. Vivimos juntos.

No sabía cómo pretendía que aceptara que todo era una gilipollez, cuando yo siempre le había dado un significado a todo. Así que decidí que la mejor defensa (o manera de soltar la pelota) sería un buen ataque.

—Tampoco hemos hecho mucha vida social entre nosotros.

—Quiero cambiar eso también.

—Estupendo.

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Me palmeó la rodilla en un gesto que empezaba a ser muy suyo y se levantó, pero a medio camino hacia la puerta, se volvió.

—Voy a ir a comer con Álex. No sé si ella te habrá dicho algo, pero...

—No. No me ha dicho nada —respondí y mi voz sonó con más inquina de la que había imaginado.

No obstante, se fue, porque él nunca pedía permiso ni perdón. Eso era algo que estaba aprendiendo a trompicones. Cogía lo que quería sin importarle si los demás estábamos de acuerdo o nos tirábamos de los pelos ondulados, literal y figuradamente hablando.

Yo no sabía ni qué opinar ni que pensar de un tío que primero tonteaba con mi mejor amiga, después me besaba y al día siguiente decidía irse a comer de nuevo con mi mejor amiga. Cerré la puerta de mi cuarto y marqué el número de Álex, que descolgó al segundo tono.

—Te juro que te iba a llamar.

—Te mato. Yo sí que te juro que te mato.

—Ya. Lo sé, pero es que está muy bueno, Ali. Y es un tío interesante y...

—¡Y es mi compañero de piso! —grité y mi voz sonó aguda y punzante.

—Te prometo que no va a cambiar nada. De verdad.

—Si te oigo follar en la habitación de al lado te sacaré los ojos y haré que te los comas. Sabes que tengo un trauma con eso.

—Qué daño ha hecho Pablo a tu existencia. Por cierto, me ha llamado Lydia.

—Mierda.

Hicimos las dos una pequeña pausa, que yo misma interrumpí después de encender un cigarro y dar una calada larga y profunda.

—¿Para qué te ha llamado?

—Para decirme que te echa de menos. Parecía tu amante lesbiana, suplicando tu perdón y clamando tu compasión.

—Putaquelaparió —escupí con todas las sílabas juntas.

—¿Quieres que vaya?

—No. Te quiero lo más lejos posible de la cama de Esteban.

—Qué manía con no dejarme tener sexo.

Colgó y empecé a sentirme intranquila. No podía dejar de darle vueltas a todo lo que tenía en la cabeza. Tenía los hemisferios del cerebro divididos, una parte de mí, la más racional, sabía que si Lydia y Pablo estaban juntos, no era culpa de ellos. Ni mía, por mucho que a veces aún me preguntara por qué yo no había sido suficiente y ella lo era todo. ¿Podría perdonarles? ¿Eran unos cerdos hijos de puta o se habían enamorado sin poder evitarlo? Y yo, ¿dónde quedaba yo? ¿Y sus mentiras?

Llegados a este punto de mi razonamiento volvía a atacarme el otro lado de mi

cerebro, mi parte más pasional. Aquella que se empeñaba en recordarme los sentimientos que había tenido cuando me había enterado de lo suyo y a la que le entraba vértigo al pensar en los ojos de Oliver. Retumbaba en el fondo de mis pensamientos lo escandalizada que me había sentido cuando había visto un ciruelo al aire circulando por casa, pero también la gracia infinita que me hacía, cuánto había cambiado mi día a día y lo muy viva que empezaba a sentirme.

Pasé la mañana tomando un café tras otro, encerrada en el salón sin dar apenas palo al agua en el trabajo. Cualquiera día mi jefa me iba a echar con una patada en el culo si no empezaba a tomármelo en serio, pero no sabía cómo centrarme. A las dos del mediodía, Álex subió a casa a esperar que Esteban estuviera listo. Los oí enredar por toda la casa y poco después me anunciaron que se iban ya. Ni conversación me daban los muy cerdos.

Me duché y me puse un vestido camisero y unos leggings a pesar de estar en casa, porque mi madre siempre decía que arreglarse levanta el ánimo y trabajar en casa tiene el peligro implícito de acabar pareciéndote a la madre de Shin Chan en sus peores tiempos.

Intenté ver series, pero ni siquiera era capaz de seguir el argumento y me encontraba de repente pensando en Oliver, en el polvo del baño, en los gemidos de Lydia o en el beso de mi compañero de piso. A las cuatro sonó el telefonillo.

—¿Sí?

—Baja —contestó una voz ronca.

—No sé si...

—Por favor.

Volví a colocarlo en su sitio. Decidí hacer caso al consejo de disfrutar un poco más de la vida e hice lo que me pidió el cuerpo y la pepitilla. Cogí el bolso y bajé. Delante de la puerta del portal estaba Oliver, subido en una moto enorme, con su chupa y dos cascos: uno apoyado delante de él y el otro en su mano extendida hacia mí. Sonrió al ver mi vestido.

—Esto va a ser divertido.

—Podrías haberme avisado.

—Monta.

—No.

Bufó y se acarició las sienes, como para tranquilizarse.

—Alicia, no seas cabezona, que vengo de buena fe a arreglar las cosas. Monta.

No se me escapó que ni ahora, ni la última vez, me había pedido perdón. Me tendió el casco y me lo puse a regañadientes. Subí a la moto, una Honda Crosstourer que me daba pánico solo de mirarla. Me agarré con fuerza a su cintura antes de que arrancara, uniendo las manos en su vientre y clavándole los dedos.

—¿Tienes miedo?

—No.

—Miedica.

—Que no tengo miedo.

—Pues no lo parece. Me vas a cortar la respiración.

Aflojé un poco el abrazo y arrancó. Grité por encima del viento y el motor para hacerme oír.

—¿Dónde vamos?

—Cállate, pesada. Es una sorpresa.

Salimos de la ciudad. Yo luchaba contra mi vestido sin atreverme a moverme mucho, así que debí ser todo un espectáculo para cualquier coche que pasara por mi lado. El aire se volvió más frío conforme íbamos subiendo y empecé a tiritar con fuerza, arrepintiéndome al instante del modelito que había escogido. Debí de notarlo, porque paró en uno de los pueblos que atravesamos y se bajó de la moto, que dejó parada en doble fila conmigo encima.

—Un segundo —dijo al apearse.

Tardó unos cinco minutos eternos en volver con una bolsa grande y para cuando lo hizo yo ya temblaba con violencia y me castañeteaban los dientes. Me tendió un pantalón de chándal de un color gris espantoso, una bufanda con sus guantes a juego y un abrigo.

—Póntelo —ordenó.

—¿Es ropa de caballero?

—Pues sí, era lo que había.

Tenía tanto frío que no me apetecía ni protestar, así que me puse los pantalones encima de mis finísimos *leggings* y me embutí todo lo demás. Oliver se echó a reír.

—Pareces el muñeco gordo ese de los anuncios de neumáticos.

Me volví a subir a la moto un poco enfurruñada y arrancamos sin que me atreviera a apartar la frente de su espalda, así que no veía a dónde nos dirigíamos. Cuando finalmente disminuyó la velocidad, alcancé a ver nieve en los márgenes de la carretera. Aparcó y se desembarazó de mis manos, que se habían quedado tiasas de tanto apretar. Me masajé los dedos, rígidos y embutidos en los guantes, con los suyos y luego se bajó de la moto. Le imité y me agarró la cara.

—Hola —dijo, sonriendo.

—Hola.

Me dio un beso rápido y tiró de mi mano de nuevo, para atraparla con la suya. Miré alrededor. Nos dirigíamos a una casa de piedra gris, con cortinas blancas y una chimenea de la que salía humo. Olía a castañas, a madera y a otoño. Al fondo, la montaña y pistas de esquí cubiertas de nieve que brillaban bajo el último sol de la tarde. Aplaudí como una niña pequeña.

—¿Vamos a esquiar?

—Mañana —aseguró él, con una chispa de entusiasmo en los ojos—. Hoy se nos ha hecho un poquito tarde, ¿no te parece?

—Pero no tengo mis esquís —esboqué un pucherito—. Ni mi ropa.

—Mañana alquilaremos el equipo. Si te pedía que trajeras algo se me iba a joder

la sorpresa. —Me dio un azote en el trasero—. Anda, pasa.

Entré y de repente me encontré en una de esas películas de navidad. Una chimenea encendida, sofás delante de ella, una alfombra que imitaba la piel de un oso blanco y cristales empañados. Me quedé almacenando todo en la retina mientras él hacía el *check-in*. Estaba encantada, sí, pero también nerviosa. ¿Qué significaba aquello? No. Pregunta incorrecta. ¿Significaba algo?

Volvió con una llave —literalmente, una llave enorme que me sorprendió por no ser la típica tarjeta electrónica— y me guió escaleras arriba. Era un hotel pequeño, solo tenía tres plantas y nosotros estábamos en la última, en la que solo estaba nuestra habitación. Se trataba de una pequeña suite abuhardillada con techo de madera, con un saloncito que se componía de dos sofás y una mesita baja, una cama matrimonial y un baño con una bañera de estilo antiguo. En el suelo, una maleta que señalé emocionada.

—¿Y esto?

—Mi ropa para mañana y lo que Álex logró robarte hoy de puñetera casualidad.

—¿Le has contado a Álex que tú y yo veníamos aquí? —se me abrió la boca hasta rozar el suelo.

—Sí, y no.

—Estoy empezando a hiperventilar.

—Le he dicho que me sentía solo.

—¿Y que ibas a follarme?

—Dios, que mongola eres. No. Le dije que me apetecía escaparme con mis amigos de toda la vida, ya sabes, un finde de nieve, esquí y agujetas monstruosas.

—¿Todo el fin de semana? —interrumpí con vocecita temblorosa.

Me abrazó en un movimiento que logró convertir en sensual poniendo las manos en el final de mi espalda.

—Todo el fin de semana.

—¿Y dónde entro yo?

—Había inventado una excusa barata, pero fue ella misma la que me sugirió que te trajera, que estabas pasando una época de mierda y que necesitabas despejar. Y decidimos que si te decíamos algo te ibas a negar. —Se rio—. La coartada perfecta.

Lancé un taco entre dientes. ¿Mi mejor amiga conspirando con su hermano? Aquello me daba muy mala espina. Le agarré la barbilla para obligarle a mirarme.

—Coartada perfecta, ¿eh? Lo que le hemos dado a esa hija de Satanás que tienes por hermana es un fin de semana y dos casas libres para acechar a mi compañero de piso. La madre que la...

Me mordí el labio. Qué lista era y qué ganas me daban de salir corriendo a suplicarle que no hiciera nada de lo que tuviéramos que arrepentirnos las dos.

—Bueno, ¿qué más da?

Tardé un poco en contestar mientras valoraba mi respuesta. Claro que importaba; si lo suyo, fuera lo que fuera, no salía bien, no podría volver a juntarlos jamás en la

misma casa. Y eso por no ponerme a pensar en los reproches que me dedicaría la reina del drama mientras compartiera piso con un expolvete suyo. Me daba pereza hasta pensarlo.

—Tendré que buscarme otro compañero.

—Tampoco me parecería tan mal. Este no me gusta. Está bueno.

Me atraganté un poco y le acaricié el pelo castaño claro. Sus ojos brillaban y parecían más azules que de costumbre.

—Tú estás más bueno. Él tiene barriguita.

—Dicen que la gente con quilos de más se lo monta mejor. Para compensar.

Las ganas que tenía yo de comprobarlo, oiga. Me callé, obviamente.

—¿Por qué estamos hablando de eso?

—Porque tú te empeñas en pensar que un polvo con quien no se debe va a desencadenar el apocalipsis y el fin de las relaciones con todas las personas de tu vida.

Me aparté.

—O dejas de echarme en cara mi actitud, Oliver, o... —«Esto no va a salir bien», añadí mentalmente.

—Vale, vale. —Alzó las manos—. Tregua.

Metió las manos por debajo de mi vestido y me apretó el culo.

—¿Qué quieres hacer?

—Salir a pasear. —Sonreí.

Recorrimos el pueblo. Tenía pocas casas y todas eran bajas y tenían los tejados cubiertos de nieve. Fisgamos los escaparates. Nos detuvimos en una de las tres cafeterías que había, que tenía esa extraña mezcla de tradición y modernidad que a mí tanto me gustaba, y unía mesas de madera con expositores llenos de cupcakes y *macarons*. Estuvimos allí como tres horas, tomando chocolate, probando dulces, riéndonos y metiéndonos mano hasta que no pudimos más.

—¿Qué te parece si volvemos al hotel para cenar? —pregunté.

—O para follar como leones.

Pagó y regresamos. Él preguntó en recepción si nos podían subir la cena porque, ejem, estábamos cansados. Nos preguntaron qué queríamos y él pidió por los dos con prisa, antes de subir los escalones de tres en tres. En el segundo piso, cansado de esperarme y ansioso por llegar, me aupó, me colocó sobre su hombro como un saco de patatas y yo me reí, dándole puñetazos en la espalda. Al llegar me tiró en la cama y me quitó las mil capas de ropa entre risas.

—No sabes las ganas que te tengo.

Se tumbó encima de mí y nos besamos con ganas, enredando nuestras lenguas. Abrí las piernas en un gesto automático y se acomodó entre ellas sin dejar de invadir mi boca con su lengua. Le quité la camiseta y paseé mis dedos por el vello de su pecho. Hicimos caer los zapatos al suelo. Después se apoyó en un codo y con la otra mano me agarró la cadera, haciendo que la elevara. Empezamos a movernos.

Restregó la erección apenas contenida en el vaquero contra mi entrepierna, solo cubierta por los *leggings*. Gemí e intenté recuperar la cordura cuando llamaron a la puerta.

—La cena —conseguí decir entre jadeos.

Se levantó, abrió, cogió la bandeja y volvió a mi lado en cuestión de segundos. Incluso le cerró la puerta en la cara al pobre chico, que lanzó una mirada comprensiva en mi dirección. Volvió a recostarse sobre mí y lo retomamos donde lo habíamos dejado, besándonos con profundidad. Se arrodilló delante de mí para quitarme primero los *leggings* y luego el vestido. Me quedé en ropa interior.

—Estás tan buena...

—Eres imbécil.

Él mismo se encargó de quitarse la ropa que le quedaba. Después se deshizo de mi sujetador y deslizó mis bragas por mis piernas. Yo también me arrodillé para quedar frente a él y empezamos a tocarnos sin miramientos. Yo moví la mano rítmicamente y él me penetró con los dedos. Con facilidad encontró el punto más sensible dentro de mí, masajeando sin piedad.

—Joder, Oliver —gemí—. Para, no te voy a durar nada.

Jadeó y aceleró el ritmo, sin sacar los dedos, que ya resbalaban de tan húmeda como estaba. Intenté mantener el movimiento de mi mano, pero exploté en un orgasmo que me envolvió entera y me hizo gritar. No dejó de moverse ni cambió el ritmo y manteniendo los dedos dentro de mí, me hizo girarme y me tiró en la cama sin ninguna delicadeza. Gracias a dios, porque lo que yo necesitaba era rudeza y que me follaran hasta reventarme, la verdad. Mordí la almohada cuando empecé a gemir de nuevo sin dar crédito. Yo en mi vida había sido multiorgásmica y ahora no hacía más que correrme una y otra vez. Me apartó la almohada de la cara.

—Quiero oír cómo te corres una y otra vez.

Su voz sonaba torturada, como si ya no pudiera aguantar más.

—Fóllame —pedí, jadeando—. Fóllame fuerte.

No se hizo de rogar. Siguió acariciándome y con la otra mano hizo que elevara la cadera, sin despegar el resto del cuerpo de la cama. Después sacó los dedos, se puso el condón y me penetró de golpe. Marcó un ritmo rápido desde el principio, que nos hizo gemir con fuerza. Estar así, tumbada boca abajo, me hacía sentirme llena. Resbalaba. En poco tiempo sentí que volvía a crecer esa sensación que precede el orgasmo, pero intenté contenerme un poco más. Oliver jadeaba en mi oreja, con su pecho sudoroso pegado a mi espalda y un codo apoyado para no cargar encima de mí todo su peso. Deslizó una mano entre la cama y yo y empezó a acariciarme mientras me penetraba aún más rápido y más fuerte.

—Vamos, nena —gimió—. Córrete para mí.

Y eso bastó para que volviera a dejarme ir, pero esta vez, él se corrió conmigo cuando sintió las contracciones sobre él. Yo grité y él me mordió el hombro al intentar contener sus propios gritos. Nos quedamos un rato así, él sobre mí y yo de

espaldas, sintiendo su peso, su respiración agitada y el sudor que nos envolvía. Cuando salió de mí, la humedad me empapó los muslos. Dejé que me abrazara y poco después me escapé a la ducha. No era que me sintiera incómoda, es que tenía miedo. Una cosa es el sexo y otra, los mimos de después. Esos son los que dan problemas.

Dejé que el agua me empapara y la puerta se abrió. Oliver se metió en la bañera y alcanzó el gel.

—¿Puedo?

Me volví para quedar cara a cara y él se echó gel en las manos. Hizo espuma y me masajé el cuello y los hombros. Siguió el recorrido de mis clavículas y alcanzó mis pechos. Los masajé con suavidad gracias al jabón y el agua. Me miraba con intensidad y me di cuenta de que su pene también requería atención. Otra vez. Que tío. Le imité, cogiendo gel y formando espuma, y deslicé la mano desde la base hasta la punta.

—No sé qué me estás haciendo, pequeña.

Me sacó de la bañera enroscada a su cintura y me dejó sobre el suelo del baño, que por suerte era bastante amplio. Me besó el cuello y bajó de nuevo a mis pechos, donde jugó con mis pezones y su lengua. Después siguió besando y lamiendo mi vientre, hasta llegar a mi ombligo, y pasó los brazos por debajo de mis muslos. Cuando me di cuenta de sus intenciones, le agarré del pelo y le obligué a mirarme.

—No me siento... —titubeé— cómoda con eso.

—Shh...

Le solté y metió la cabeza entre mis piernas. Yo no quería ni mirar, muerta de vergüenza, sin querer reconocer que en eso, era mi primera vez. Nunca había dejado que Pablo me lo hiciera y él tampoco había puesto mucho empeño en intentarlo. Me tapé los ojos con el antebrazo, intentando centrarme solo en las sensaciones. Empezó con mucha suavidad, repartiendo besos por mis muslos y subiendo hasta mi centro, hasta que fui yo la que supliqué, apartando el antebrazo y clavando mis ojos en los suyos.

—Hazlo. Por favor, házmelo.

Sopló sobre mi clítoris y dejó un lametón suave sobre él que me puso los pelos de punta.

—¿El qué?

Le agarré la cabeza y yo misma le guie. No le solté, le apretaba contra mí mientras él dibujaba círculos expertos con la lengua y me introducía un dedo.

—Vuelves a estar muy húmeda, pequeña.

—Házmelo otra vez, Oliver.

—No. Quiero hacer que te corras así, con mi lengua.

Siguió lamiendo, chupando y metiéndome los dedos mientras se masturbaba. En mi vida había estado tan excitada. Volví a apretarle contra mí, exigiendo más. Se centró en mi clítoris, lamiendo con fuerza, y aquellas caricias, a la vez suaves y fuertes, estaban siendo mi perdición. Metió otro dedo dentro de mí. Inició un

movimiento rápido y fuerte, acariciando mi interior sin sacar los dedos ni dejar de mover la lengua, y el orgasmo me invadió de repente. Cuando le miré tenía los labios brillantes curvados en una sonrisa sexy, y seguía tocándose con impaciencia. Me sentía como un guiñapo, la verdad, pero quería devolverle el «favor» y me la metí en la boca. Tapé los dientes con mis labios y los deslicé de arriba abajo, ayudándome con la mano, acariciándole. Dibujé círculos temblorosos con la lengua en la punta y volví a bajar, alentada por sus gemidos. Me agarró la cabeza y empujó, en un gesto que había odiado siempre y que me obligó a tragar hasta la campanilla y contener una arcada.

—Perdona —susurró al darse cuenta.

Seguí durante un rato, deslizando mi lengua y acariciándole con mis labios.

—Para, Alicia, para. No puedo más.

Me apartó y se levantó, llevándome con él. Me tumbé en la cama, boca arriba y con las piernas abiertas, esperándole, incitándole. No tardó en tumbarse sobre mí. Me sujetó las manos con las suyas, detrás de mi cabeza, y empezó a jugar hasta hacer que me retorciera debajo de él. Finalmente me penetró, muy despacio. Estaba sensible del asalto anterior y debía de sentir el roce con mucha más intensidad a pesar del preservativo.

Movió las caderas con una lentitud pasmosa, penetrando hasta lo más profundo y volviendo a sacarla casi entera. Estaba al borde del abismo otra vez y que sentía que cada embestida, tan lenta, me estaba arrastrando al precipicio.

Siguió muy poco a poco. Metiéndomela entera y volviendo a sacarla despacio, todo su cuerpo abrazado al mío. El familiar cosquilleo creció muy poco a poco, convirtiéndose en algo tan intenso que me costaba hasta respirar. Cuando me dejé ir en el orgasmo más espectacular de toda mi vida, conservó la calma y me regaló varias embestidas lentas y profundas más, lo que parecía que iba a alargar el clímax hasta el infinito. No podía parar de gritar y gemir, sentía todo, cada poro de mi piel, su imponente erección dentro de mí, deslizándose, mi humedad, sus jadeos. Cuando por fin empezaron a remitir todas esas sensaciones me la clavó hasta el fondo y sonrió mirándome.

—Me encanta —dijo, un poco orgulloso de sí mismo—. Ahora me toca a mí.

Cambió el ritmo y la postura. Se arrodilló, me levantó las caderas, clavó sus dedos en mi culo y aceleró de golpe. Yo, que aún no me había recuperado del orgasmo anterior, no estaba preparada para un ritmo tan rápido y fuerte, pero cuando me empezó a acariciar con el pulgar volví a gemir. Joder, no podía más, de verdad que no, y aun así notaba que todo mi cuerpo reaccionaba a su contacto.

Cuando le oí jadear y gritar mi nombre, sucumbí al último resquicio de placer que me quedaba. Se dejó caer sobre mí y nos abrazamos sudorosos, como si yo fuera una muñeca desmadejada entre sus brazos. Intenté acompasar mi respiración a la suya y mis latidos a los suyos, intenté abrazarle lo más fuerte que podía, intenté que me regalara un mimo. Deseé en ese momento ser fría y cortante, como Esteban, pero solo

quería acariciarle la cara y que me dedicara un beso dulce y palabras tiernas. Y cuando se durmió dándome la espalda, me di cuenta de que ese había sido mi primer error.

Capítulo 11

Maldito sea Jim Morrison.

Una melodía alegre sonaba muy bajita. La reconocí al instante, incluso antes de abrir los ojos. Era *Love me two times*, de los Doors. Estiré el brazo hacia el otro lado de la cama y me la encontré vacía. Vacía y fría. Como si Oliver se hubiera ido hacía ya mucho y me hubiera dejado enroscada en un revoltijo de sábanas que aún tenían un ligero olor a su perfume y el mío, mezclados con sudor y humedad. La misma canción, una y otra vez. Entorné los ojos en la oscuridad y vi la luz de la pantalla de mi portátil, encima de uno de los sofás y enchufado a la corriente. ¿Pero qué coño? Oliver había traído mi ordenador a un fin de semana que yo quería imaginar como romántico, aunque no lo habría reconocido ni con una pistola entre las cejas. Y aquella maldita canción. Había algo que me rechinaba. Me obligué a despejarme, abrí los ojos y me senté, desnuda. Escuché con atención y entonces empecé a tararear.

«*Love me two times, girl, I'm goin' away...*»

La primera vez que la escuché pensé que hablaba de amor. Luego entendí que no, que solo era sexo. *Love me two times*. Como nosotros la noche anterior. *I'm goin' away*, decía. Como él esa mañana. Como haría cuando volviera al lugar donde pertenecía.

Me levanté y me acerqué al portátil. Había un post-it en la pantalla, que leí con la maldita melodía atronándome la cabeza.

Te espero en las pistas.

En mi cabeza sonaba como un «apáñate tu sola», imponiendo distancia. Devolví la vista al ordenador, conectado al wifi, con una página de internet abierta, una de esas que reproducen vídeos de Youtube en bucle. Jim Morrison en primer plano, cantando. Poniéndome en mi sitio. Recordándome para qué estábamos allí. Marcando límites. Quise llorar, pero en lugar de eso cerré el portátil sin apagarlo, lo desenchufé de la corriente y me vestí demasiado rápido. La misma ropa, el vestido y los *leggings*, pero me olvidé de coger el abrigo antes de salir y casi me congelé caminando por el pueblo. En la primera tienda de deportes que encontré compré una bolsa de viaje horrorosa y volví al hotel. A esas alturas estaba furiosa y no sabía muy bien por qué. Había sido yo la que se había empeñado en que no nos implicáramos en nada y en que lo pasáramos bien sin complicaciones, pero así somos a veces las mujeres, y la que esté libre de pecado que vaya tirando la primera piedra.

Metí mis cosas en la bolsa, al menos las que encontré con las prisas, y me fui de la habitación sin mirar atrás ni dejar una nota. Pensé en que, total, si solo era sexo, tampoco necesitaba dar explicaciones. Cogí un autobús que me llevó de vuelta a casa haciendo un recorrido por las canciones más tristes de mi iPod.

Al llegar me recibió la banda sonora de *Armageddon*. Esteban no me vio entrar, concentrado como estaba en la tele, sentado en el sofá y con los pies en alto. Desnudo, por supuesto, y rematadamente guapo. Llevaba su pelo espeso a juego con la barba, y los ojos entrecerrados en un gesto de concentración. Fruncía un poco el ceño. Dejé la bolsa al lado de la puerta del salón.

—Baja los pies de mi mesita.

—¡¡JODER!!

El grito me hizo soltar una carcajada. Él paró la película, apoyó un brazo en el reposacabezas, cruzó una pierna y apoyó el pie sobre la rodilla contraria y giró la cara para mirarme.

—¿Qué haces en casa?

—Vivo aquí.

Me tiró un cojín.

—¿No ibas a pasar el finde con una polla dentro?

—¿Perdón?

—Álex me contó lo de iros a la nieve y eso. Creo que sospecha que te lo estás follando.

Se me escapó una mirada hacia el pasillo.

—No está aquí, petarda.

Suspiré de alivio, pero me duró poco.

—¿Te la has...?

—Tres veces.

Me froté la cara.

—¡Joder, Esteban!

Encendió un cigarro y me acerqué para coger otro.

—Ella no quiere contártelo. Yo pienso que es una gilipollez.

—Y ahora, ¿en qué punto estáis?

—¿Cómo que en qué punto estamos? —Ladeó la cabeza—. Follamos. Y después de follar se fue a su casa.

Se me pasaron un montón de imágenes catastróficas por la cabeza, lo reconozco. Que ella se encoñaba y él le mandaba a la mierda y me usaban a mí de «correveidile». Que ella no volvía a pisar mi casa. Que tenía que echarle en pos de defender la amistad de Álex. Esta idea me incomodó especialmente, sobre todo después de echarle una mirada disimulada a él y su ciruelo. Ciruelo enorme. El faraón de los ciruelos.

—Me estás mirando la polla otra vez, cerda.

—No. —Mentí. Empezaba a cansarme de que me hablara de forma tan grosera. Mi paciencia tenía un límite—. Estoy mirando TUS bolas en MI sofá. Cerdo asqueroso.

Dio una calada larga, mirando la pantalla pausada.

—¿Por qué estás aquí y no follando como una coneja?

Me revolví el pelo con una mano y con la otra me deleité con una calada larga.

—No me apetece hablar de eso.

—Alicia, no te ofendas, pero... —Hizo una pausa para evaluarme—. ¿A quién se lo vas a contar si no?

—Quizás prefiero morirme sin contárselo a nadie.

—¿Y yo? ¿Dónde estaré yo? ¿Oliendo tu cadáver desde la otra habitación?

—Casado. Teniendo cinco hijos con Álex. Dos serán pelirrojos como ella, y tres morenos como tú. Los educarás para que sean como tú.

—Cristo señor, lo que hay que escuchar.

Negó con la cabeza y se acarició el pelo. De repente me imaginé que era yo la que lo hacía, y que al tenerlo tan corto y espeso me haría cosquillas en la palma de la mano. Palmeó el asiento a su lado.

—Ven.

Sacudí la cabeza.

—No pienso sentarme tan cerca de tu pene.

—No muerde.

Me senté muy tiesa, sin tocarle ni rozarle. Puse las manos en mis rodillas, como para ayudarme a mantener el control, y me las froté. Tenía frío y no sabía si tenía el invierno metido en casa o en mi vientre.

—Se fue —dije.

—¿Cómo que se fue? ¿A dónde?

—Cuando me desperté, él no... —Me limpié un par de lágrimas silenciosas que me caían por las mejillas con el dorso de la mano, intentando conservar la compostura—. No estaba. Sonaban los Doors, ¿sabes? *Love me two times*. ¿La conoces?

—Joder, sí.

—El puto Jim Morrison, Esteban. El puto Jim Morrison cantando cosas sobre sexo y largarse. En repetición, una y otra vez.

«Como un taladro en las entrañas», pensé.

—¿Y qué hiciste?

—Lo mismo. Largarme.

—No sé qué decirte. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. No tengo ni puta idea. Me siento como si siempre estuviéramos bailando en la cuerda floja. Tengo miedo de caerme, de no saber hacer equilibrio, de que nos peguemos la hostia del siglo. No hacemos más que discutir, alejarnos, volver a acercarnos, tener sexo, discutir, marcar distancias... Yo qué sé.

No dijo nada, solo me miró, como intentando adivinar qué estaba pensando más allá de lo que le decía. Estiró una mano hacia mí, con precaución, tanteándome. Al final optó por rodearme los hombros, pero yo no relajé la postura ni un ápice.

—Ven —repitió.

Me dejé caer sobre su pecho desnudo y apoyó la barbilla en mi coronilla. Con su

mano izquierda me frotaba el hombro, en un gesto que me pareció tan tranquilizador, como... Familiar. No sabía cómo explicarlo. Sabía que era un cerdo, un borde, un exhibicionista y un follador nato sin sentimientos, pero me calmaba. Me daba paz. Aquella antigua sensación como de que me faltaba el aire se había disipado. Era como respirar profundo tras volver a la superficie. Me dejé arrullar como una niña. Con él, era como si mi casa estuviera completa.

—¿Por qué compartes piso, Esteban?

—Porque tú lo alquilas barato, el barrio no me apasiona, pero...

Le di un manotazo y su risa le movió el pecho y con él, a mí. Reverberó en mi oído como un ronroneo, apoyado contra él. Me gustó la sensación.

—No creo que no puedas pagarte tu propio piso —insistí.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No sé. Tú. Tu actitud. No me da la impresión de que seas pobre cual rata de cloaca ni de que no te puedas permitir un pisito de soltero.

Siguió paseando su mano por mi hombro y continuó bajando, por mi codo y mi antebrazo hasta la muñeca, que atrapó entre su dedo corazón y el pulgar. Palpó y encontró el punto donde se condensaba mi pulso, que se aceleró sin que yo pudiera controlarlo.

—Por esto. Estoy... solo. Estoy condenadamente solo, Alicia. Me gustaba la idea de tener contacto humano.

Repasó el mismo punto con las yemas de los dedos.

—¿Por qué piensas que estás solo?

—No lo pienso. Lo estoy.

—No puede ser que no tengas a nadie.

Volvió a mover la mano con su lento vaivén de arriba abajo, haciéndome cosquillas en su avance.

—Tuve una novia —empezó—. Y se fue a la mierda.

Joder, se estaba abriendo. Y yo flipaba tanto que no quería hacer ni decir nada que le cortara, así que hablé con la boca pequeña.

—Sigue.

—Estuvimos juntos mucho tiempo. Seis años. Éramos unos críos, pero... Estábamos enamorados.

—¿Y qué pasó?

—Se nos gastó el amor de tanto usarlo. Nos hicimos mayores y nos dimos cuenta de que ya no teníamos nada en común.

Calló y yo no le presioné. Encendió un cigarro y después de un par de caladas largas me lo acercó a los labios en un gesto que me pareció tremendamente erótico. Quizás por el ciruelo que amenazaba allí abajo.

—Me encerré en ella. En nosotros. Y el día que lo dejamos me encontré con que mis amigos se habían cansado de esperar a que yo tuviera un hueco para quedar. Típico.

Asentí, comprensiva.

—Te entiendo.

—Y tú. Tú parecías tan... Inocente.

Bajó la mano hasta rozar mi trasero y yo me sonrojé. Me acarició la mejilla.

—¿Ves? Te sonrojas con una facilidad que me apasiona. Todo te da vergüenza. No sabes responder a mis envites. Creí que seríamos el tándem perfecto cuando yo me cabreara y luego resultó que eras una contestona y aún me gustaste más.

Aún le gusté más. Contuve una sonrisa. Estuvimos sin decir nada un buen rato, él con la vista en mi brazo, yo con la mirada perdida en un Bruce Willis congelado en la pantalla.

—¿Y lo de tener sexo sin ton ni son?

Titubeó.

—Es... Es una mezcla de... sentimientos. —Movié la cabeza de un lado a otro—. Disfruto de estar soltero. Y no estoy preparado para nada más. Aún no.

Me acurruqué en su pecho y nos quedamos callados de nuevo.

—Me tengo que ir —susurró, como si tuviera miedo de romper el silencio—. Tengo que currar por la tarde.

—Pero, ¿hoy no es sábado?

—Pobrecita, no sabe en qué día vive. Sí, es sábado. Pero los ordenadores suelen estropearse sin considerar qué día de la semana es.

Asentí y me aparté a regañadientes. Esteban se levantó y me encontré con una tímida erección delante de mi cara. Solté una carcajada que traté de ahogar con el primer cojín que pillé.

—¡Eres un puto salido, joder!

—Te he tocado el culo. —Sonrió—. No soy de piedra. Algún día me haré una buena paja a tu salud.

—Ni se te ocurra.

—También puedes hacérmela tú. O chupármela, tienes unos labios que...

—¡Lárgate, pirado!

Me guiñó un ojo y se fue. Yo sonreía como una estúpida, pero los Doors aún me martilleaban la cabeza. El puto Jim Morrison me iba a volver loca. Recogí mi iPod de la bolsa de viaje que había dejado en el suelo. Pensé que poner música a todo volumen me ayudaría a quitarme la maldita canción de la cabeza. Me decanté por Andrés Suárez. Yo, como la chica de la canción, también calzaba más de un treinta y seis y bebía ron a secas. También me preguntaba si se quedaría. Y vale, yo de guitarras no entendía nada, pero sí que sabía un montón sobre cicatrices.

Capítulo 12

Demasié pal body

Dejé el portátil encima de la mesita, suspirando. Aún no se había hecho de día, pero no sabía si era que aún no había amanecido o si era cosa del temporal que se suponía que nos iba a caer encima. Febrero siempre traía nevadas y frentes polares que venían del norte. Me vibró el móvil que tenía en el bolsillo trasero de los *jeggings* que me había forzado a ponerme a pesar de quedarme toda la mañana trabajando en casa. No me sorprendió, hacía una semana y media que me vibraba cada día, a las ocho menos diez de la mañana. Siempre era Oliver, que no pedía perdón, pero sí me pedía que volviera. No se explicaba ni se justificaba, pero me decía que no entendía mi actitud. Yo no contestaba, porque si alguien no veía el problema en follarme e irse, dejándome sola con una indirecta de los Doors, yo no quería perder el tiempo. Empezaba a ponerme de muy mala hostia el maldito mensaje de buenos días. Lo leí a regañadientes; ese día era solo un enlace a Youtube, en el que pinché por curiosidad. A través del altavoz de mi móvil sonó una canción de Dikers. Escuché la letra con atención.

Si lo hago mal no dejes de susurrar que no hay sitio en tu colchón, mi corazón a punto de caducar, de estar esperándote...

Ningún ritual me vuelve a la realidad como hizo aquel revolcón, que si no estás me empacho de libertad...

Valiente gilipollas. Tiré el móvil al otro extremo del sofá y apoyé la cabeza en las manos. El fondo de pantalla motivacional de Mr. Wonderful de mi ordenador iluminaba el salón y quise estrellar algo contra la pantalla para romperlo en mil pedazos. Lo hubiera hecho, pero le tenía demasiado amor a mi Vaio.

Esteban entró, sin camiseta pero con unos vaqueros rotos y bajos, muy bajos. Estaba descalzo y me traía una taza de café. Al verme sentada con la cabeza gacha y respirando con fuerza, la dejó en la mesita y se sentó a mi lado. Me frotó la espalda mientras hablaba.

—¿Otro mensaje?

Le señalé el móvil, que manipuló hasta que volvió a sonar la canción. Me tapé las orejas con las manos, como si tuviera cinco años. El puto Oliver y su música, era como una pesadilla. Sabía que cada canción se me iba a clavar dentro como un aguijón, de esos que te traerán recuerdos venenosos en cuanto te descuides y oigas la melodía en cualquier bar sujetando una cerveza. La dejó sonar entera, con el ceño fruncido y entrecerrando sus ojos verdes. Después me quitó las manos de las orejas con mucha suavidad.

—Te voy a ser sincero, Alicia.

—Por favor.

—A este tío le pica el rabo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Le pica el rabo. Quiere sexo.

—Ya, ya, gracias —corté—. ¿Por qué dices eso?

—Porque se empeña en demostrártelo. No me jodas. Colchones, revolcones, libertad. Debes de follar de muerte, guapa, porque ya no sabe cómo decirte que quiere seguir montándote sin que tú le exijas nada. Ha perdido la elegancia.

Me revolví los rizos que me caían sueltos sobre la espalda medio desnuda gracias a la camiseta de tirantes. Debía hablar con mi casero, a ver por qué si estaba a punto de nevar fuera, en mi casa debían de haber como cuarenta grados. Me dio un par de friegas más en la espalda.

—Vamos a hacer una cosa. Apaga el móvil, y yo vengo dentro de diez minutos con un desayuno en condiciones para alegrarte la mañana.

—Hecho —dije sin pensar. Aunque debería haberme preguntado por qué de repente era tan amable.

Se incorporó y soltó una carcajada que hizo que Capi, el cachorrito de labrador que cuando fuera mayor se comería mi cadáver, asomara el hocico por la puerta.

—Desde aquí arriba te veo las tetas. Y qué tetas, reina.

Salió al pasillo sin importarle un rábano cómo podían sentarme a mi esos comentarios y, sin ser muy consciente, me descubrí deleitándome con su espalda. Vale, le sobraban un par de quilos, no lo iba a discutir, pero tenía unos hombros anchos, musculosos, seguramente torneados a base de empujar. «Ay, Dios».

Capi entró trotando, lo que le daba un aspecto muy gracioso. Se frotó contra mis piernas, como reclamando atención, y le cogí con cuidado para subirle al sofá. No le bastó y se sentó en mi regazo. Era tan pequeñito que parecía sacado del anuncio de papel higiénico de Scottex.

Esteban entró con una bandeja, pero no me di cuenta, concentrada como estaba en acariciar al cachorro y viendo cómo se le cerraban los ojos poco a poco.

—Qué escena tan...

—¿Patética?

—Tierna.

Me había traído otro café, porque el otro se había enfriado, tostadas, mantequilla, mermelada, aceite, tomate, sal, zumo, azúcar y hasta fruta.

—Menudo despliegue.

—Lo mejor para la reina de la casa.

Bueno, perdí un poquito las bragas, la verdad. Se sentó en el suelo, para que estuviéramos frente a frente y le dio un mordisco a su tostada.

—¿Hoy no se te está haciendo un poco tarde para ponerte a currar?

Yo también di un mordisco antes de contestar, para ganar tiempo.

—Sí, pero es que no tengo ganas.

—¿Y eso?

—Primeros de mes, ya sabes. Recopilar información, crear estadísticas...

—¿Te gusta tu trabajo, Alicia?

—¿Siempre eres tan directo?

—Sí. Dar vueltas no va conmigo. —Me dedicó una mirada intensa—. Bueno, casi nunca.

«¿Casi nunca?»

—Me gusta. Bueno, más o menos. Es decir...

—Al grano —exigió.

—Me apasiona el *marketing*. No sé ni por qué, pero disfruté la carrera y disfruté trabajando. Al principio. Ahora ya... No sé cómo explicarlo. No me gusta que mi jefa me diga cómo llevar a cabo las campañas o qué estrategia seguir. Me gustaría... —Bebió su café y me miró tapándose con la taza. Yo acaricié a Capi, como cogiendo fuerzas—. Me gustaría ser yo la que decidiera todas esas cosas.

—¿Y por qué no te lanzas?

—Porque no soy una puñetera kamikaze, Esteban. Necesito el dinero para pagar el piso, al menos mi parte. Y las facturas y mi manía de comer todos los días me quitan libertad de maniobra.

Se rascó la barba, espesa, con gesto pensativo.

—¿Y por qué no te buscas tus propios clientes? Podrías hacerte *freelance*. Empezar es jodido, pero yo puedo ayudarte.

—No. Ni de coña. Eso te daría una excusa cojonuda para seguir paseándote en bolas a cuento de que te debo una.

—Voy a seguir haciéndolo igual, deberías aprovecharte.

—¿Cómo pretendes ayudarme?

—Te voy a pasar el número de mi asesora fiscal, ella te dirá qué tienes que hacer. Yo le pago. Y si lo necesitas, yo me haré cargo de la cuota de autónomos.

Lo dijo con tal tranquilidad que me quedé a cuadros.

—Yo no puedo dejar que hagas eso. Es imposible que a un técnico informático le dé el dinero para ayudar a arrancar un negocio y mantenerse. No, Esteban, soy mayor. Me apañaré con lo que hay.

Apartó la bandeja y se acercó, apoyando las rodillas, dobladas, en la parte baja del sofá. Acarició al perro entre los ojos y contestó sin mirarme.

—Quiero que seas feliz. Y no soy técnico. —Esbozó una mueca de fastidio—. Soy director de sistemas. Tengo un equipo técnico a mi cargo.

Agachó la cabeza, como avergonzado.

—¿Por qué me mentiste?

—Porque te parecía raro que yo compartiera piso con mi trabajo, ¿o no?

Le di la razón, asintiendo. Esteban, el tío que al principio incomodaba y que solo necesitaba contacto humano, pero no sabía cómo hacerlo. Me tendió la mano.

—¿Trato?

La apreté.

—Trato.

—Bien. Esta tarde llamo a mi asesora. Te va a caer bien.

—¿Te la has follado?

—Pues sí, la verdad. Tiene las tetas más pequeñas que tú, pero ella se deja. —Se rio con ganas y después cogió aire—. Venga, a currar.

Odiaba cuando hacía esos comentarios. Era como si tuviera dos caras, una tierna y amable y otra tremendamente despreciable. Me obligué a concentrarme durante toda la mañana y no le di más vueltas. Al menos exprimiría todo lo que pudiera aprender para enfrentarme a esa nueva aventura en la que me iba a embarcar, así, a lo loco. De repente me invadió una sensación desconocida, una mezcla entre el terror absoluto y una profunda excitación. Quería gritar y acurrucarme en una esquina, con las piernas abrazadas, todo a la vez.

Acabé los informes a la hora de comer y decidí que tenía que hablar con alguien que me diera un punto de vista objetivo. Le mandé un *whatsapp* a Álex, invitándola a comer en el italiano que más le gustaba. Aceptó con un escueto «nos vemos allí a las tres menos cuarto».

Esperé fumando fuera y dándole vueltas a la cabeza. Algo le pasaba. Cuando la vi llegar, se me cayó el alma a los pies. Venía preciosa, claro, con un jersey largo que combinaba con unos pitillos ajustadísimos y unas botas de tacón y caña alta. El pelo anaranjado, que resplandecía en perfectos bucles. Yo miré mis botines de montaña de Panama Jack y me llevé la mano al moño alto. Había pensado que ella iría más mona, pero yo me salvaría de una muerte segura por resbalón en el hielo.

Mi amiga también iba muy bien acompañada. De Oliver. Me cagué en la puta veinte veces antes de componer mi mejor sonrisa falsa. Ella me dio dos besos, un poco tensa. Él me saludó con un gesto de la mano.

—Hola, Alicia.

—Oliver —saludé con la boca seca.

—¿Entramos? —preguntó Alicia, mirando a través de la ventana distraídamente—. Hace frío.

—Claro.

Le pedimos al camarero una mesa para tres. A mí se me había cerrado el estómago, pero no quería irme porque entonces le daría a Oliver la impresión de ser una niña enfurruñada que no quiere enfrentarse a sus problemas. Además, tenía ganas de pasar el tiempo con mi mejor amiga que, por cierto, tenía unos morros que llegaban a Valencia. Nos sentamos, él a mi lado y Álex enfrente de mí. Pedí una botella de vino blanco bien fría y tras el primer trago de su copa ella habló con mucho sarcasmo implícito.

—¿Qué se te ofrece?

—¿Pero qué coño te pasa, Álex?

Dejó la copa contra la mesa con tanta fuerza que pensé que la iba a romper.

—No, qué coño te pasa a ti. —Y no era una pregunta—. Otra puta semana sin dar señales de vida. Otra puta semana, otra vez. ¿Qué soy yo, Alicia? ¿Tu amiga cuando a ti te da la gana? ¿Cuando te sientes sola? ¿O cuando tienes algún problema? ¿Qué mosquito te ha picado esta vez?

«Bicho» pensé. Se dice «Qué bicho te ha picado esta vez». Pero en lugar de decirlo, me retorcí los dedos encima del mantel de cuadros rojos y blancos.

—No, no es eso. —Miré de reojo a Oliver, que había convertido sus labios en una línea fina y había clavado los ojos en el jarroncito del centro de la mesa—. Pero tienes razón, soy una amiga de mierda. Lo siento.

Suspiró.

—Qué más da que te perdone hoy, si siempre me apartas de ti cuando te pasa algo. Cuando empezaste con Pablo desapareciste meses porque solo tenías tiempo para él. Me costó horrores hacerte ver que deberías tener vida social fuera de su polla, pero lo entendí, porque, bueno, estabas enamorada. Cuando te enteraste de lo de Lydia te encerraste en casa para autoflagelarte, pero lo entendí, porque, bueno, estabas jodida y necesitabas tiempo. Pero perdí mi puto trabajo, joder, y ni siquiera le diste dos vueltas seguidas. Y ahora vuelves a no darme señales de vida. Dios, Alicia, las cosas no van así.

Me quedé boquiabierta y juro que sentí hasta náuseas. Tenía razón. Tenía muchísima razón.

—Joder, Álex. Perdóname, de verdad. Tienes razón, no me cansaré de repetírtelo. No sé cómo he llegado a ser así. Un día me levanté y no sabía cómo gestionar las cosas que siento y creí que sería más fácil pelearme sola con todo eso. No me di cuenta de que te descuidaba, de que te apartaba de mí.

Para mi sorpresa, empezó a llorar en silencio. Ella, tan dura, tan entera, tan «a mí nadie me ve llorar», se derrumbó en plena hora punta en un restaurante del centro comercial más transitado de toda Asturias. Enterró la cara en las manos.

—Oliver, ¿nos puedes dejar un minuto?

Me miró como si me hubiera salido un tercer ojo en la frente.

—Claro. Voy a... Yo qué sé, a mear y tomarme una copa en la barra como si fuera alcohólico.

Cuando se fue, extendí las manos hacia ella, con las palmas hacia arriba, como en señal de paz.

—Álex, cariño, ¿qué te pasa? Sé que me he portado como el culo, pero te prometo que intentaré compensarte.

—No, no eres tú. —Hipó—. Bueno, no todo. Sí que te echaba de menos.

—¿Entonces? ¿El tema del curro? Encontrarás algo...

Pensé en Esteban, instándome a seguir mi instinto. Ella intentó contenerse, porque le caían chorretones de *eyeliner* por las mejillas y se le irritaban los ojos, lo cual, como suele pasar, derivó en un llanto mucho más escandaloso. Miré alrededor. Menudo espectáculo estábamos montando. Una pareja de unos sesenta años se

sentaba a nuestro lado y habían dejado de comer solo para mirarnos. Señalé a Álex y me giré para hablarles.

—Es mi amante lesbiana. Hacemos la tijera por las noches, pero dice que no le vale y estamos discutiendo si es necesario que nos compremos un pene de plástico o no.

Dos pájaros de un tiro, ellos volvieron a su comida y Álex sonrió un poco.

—Gracias —susurró.

—Venga, cuéntame qué es lo que te pasa.

—Me vas a matar.

—Prometo esperar a que no haya gente para hacerlo y poder seguir con mi vida, no sufras.

—Me he tirado a Esteban.

—Sí. Algo he oído.

—Y me he sentido mal.

—¿Tiene el rabo demasiado grande?

Menuda pregunta estúpida, si ya lo tenía más que visto. Y sí, lo era. Soltó una risita nerviosa.

—No, es que... Es que estoy conociendo a alguien. No es oficial, pero creo que no debería estar con otros. Me siento una puta.

Me noqueó.

—Pero...

—No hemos establecido límites, ni hablado de exclusividad, pero creo que iba bien y ahora no sé si contárselo o callarme.

—¿De qué me estás hablando? ¿Quién es?

Volvieron los sollozos, un poco más altos. La pareja volvió a mirarnos y yo formé con los labios un «amante lesbiana».

—Isra. Tu hermano.

Alcé las manos al techo y esboqué una expresión de terror.

—¿Te lo estás montando con mi hermano?

Lo dije demasiado alto y ella me hizo un gesto para que bajara la voz.

—Ay, Alicia, por favor, no me vengas con monsergas.

—¿Desde cuándo?

Bajó la cabeza, en un gesto como de arrepentimiento.

—Tres meses.

—¿TRES MESES? ¿Tres meses y no se te ha ocurrido decirme nada?

—Es que tú siempre me estás diciendo lo incorrectísimo que es todo, lo mal que te parece cualquier cosa que suponga una complicación, que vamos a acabar todos como el rosario de la aurora. Y además desapareces, no me echas la culpa de no tener fuerzas para hablarlo contigo. Culpa tuya.

—¡Pero si estaba en la fiesta en la que estuviste tonteando con Esteban, joder! ¡Y al día siguiente te lo tiraste!

—Quisimos darnos celos y se nos fue de las manos.

Me deshice el moño con los dedos.

—Pero vamos a ver, vamos a ver. Que te estás follando a mi hermano. Y le has puesto los cuernos con mi compañero de piso.

Dios, era demasiado, todo junto.

—No son cuernos estrictamente hablando, no somos «novios». —Dibujó las comillas con los dedos.

—Y el muy cabrón tampoco me ha dicho nada. Panda de buitres rastrosos.

¿Y yo? ¿Cómo de rastrosos estaba siendo yo? Me callé de repente.

—Sé que tenía que habértelo dicho, pero hablar contigo no es fácil.

No. Parece ser que no lo es. Y sin embargo, Esteban lo conseguía. ¿Por qué todo lo comparaba con él?

—Bueno, vamos a dejarlo. Tu hermano debe de estar borracho de tanto esperar.

—Ah, sí. Sobre eso. ¿Tú no tienes nada que contarme?

Me puse roja hasta la raíz del pelo.

—Eh, no. ¿Por qué preguntas?

—Porque tú desapareciste durante el finde que mi hermano se animó a llevarte con sus amigos a la nieve y cuando volvió a casa, se pasó los días encerrado en la habitación de invitados de mi piso escuchando música que solo habla sobre sexo, volver y suplicar clemencia. Dos más dos.

—No es... No...

—Ah, y hablé con sus amigos. Ninguno fue con vosotros. Ahórrame la vergüenza de tener que pedirte que me cuentes que te lo estás tirando, cínica.

Sonreía, la muy puta.

—¿Lo sabías? ¿Me cuentas este rollo de Isra y lo mala que soy, y estabas esperando a echármelo en cara?

—Sí. Quería tener un as bajo la manga antes de contártelo, que me das miedo. Le voy a decir que vuelva, ya me contarás de qué vais otro día. El sábado, por ejemplo. Podemos salir a emborracharnos para celebrarlo.

Le hizo un gesto a Oliver para que volviera a la mesa y compartimos los platos de pasta fresca más incómodos de toda mi vida. Él empezó a tocarme la pierna a la mitad de la comida y se inventó una excusa de mierda para acompañarme a casa, algo del tipo «me pilla de paso». En el ascensor perdí el sujetador y la dignidad, dispuesta a disfrutar sin cuestionarme nada. Me tiró del pelo hacia atrás para obligarme a alzar la cara.

—No vuelvas a hacerme esto.

Lo dijo rabioso, contra mi boca y mordiéndome el labio, y yo no contesté, solo tiré de él cuando se abrieron las puertas para entrar en mi casa. Esteban estaba encerrado en su cuarto, lo sabía porque el sonido de The Clash retumbaba en toda la casa. *Should I stay or should I go*. Muy oportuno.

Me lo hizo a cuatro patas y yo no me corrí, pero él ahogó sus gritos en mi

espalda. Después le pedí que se fuera y no protestó, solo me miró con expresión neutra mientras se ponía la camiseta.

—¿Estas van a ser nuestras normas?

—Son las que tú marcaste.

Pero cuando oí el portazo empecé a masturbarme, frustrada, desnuda, caliente y sudada sobre la cama. Me daba lástima a mí misma. Cuando estaba a punto de meterme los dedos, Esteban apareció en mi puerta, con una erección que metía miedo. No sé qué nos pasó. No sé qué me pasó. Se tumbó a mi lado sin mediar palabra y me acarició una pierna mientras yo seguía tocándome con los ojos cerrados. Puso una mano sobre la mía y con la otra empezó a tocarse a sí mismo. Apartó mis dedos y los sustituyó con los suyos. Gemí. Me dejé hacer, me deshice en su mano y me corrí apretando las sábanas con los puños y echando la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, mientras él hundía su nariz en mi cuello y se dejaba ir entre espasmos, manchándose la otra mano y el vientre. Se limpió con los pañuelos que tenía en mi mesita y yo pensé que era una buena metáfora de los últimos diez minutos. Asociaciones mentales que hace una con *kleenex* desechables. Una paja compartida sin besos.

—Me haces sentir vivo.

Y así me pilló desprevenida. Después me abrazó y me besó en la clavícula, retorciéndose y amoldándose a mi cuerpo.

Capítulo 13

Encontrándonos

Esteban se había quedado dormido enroscado a mí. Así son los hombres; se corren y se quedan fuera de juego hasta la erección matutina. Estiré la mano hacia su nariz respingona, que movió como un gatito bajo mis caricias, y seguí la línea de su barba espesa hasta la barbilla. Tenía la mandíbula y las facciones marcadas y duras, pero dormido parecía joven. Abrazado a mí parecía... vulnerable. Fruncía el ceño, como si estuviera manteniendo una discusión en sueños, y también repasé las arruguitas que se le formaban. Pensé que ni siquiera así perdía el genio, qué tío. Los labios, entreabiertos, me incitaban a darle un beso suave. El pecho subía y bajaba en respiraciones profundas que intenté seguir hasta que me quedé dormida.

Abrí un ojo en la oscuridad y vi en el reloj fluorescente que eran las 3:06. Tenía calor y me dolía el cuello, porque Esteban no se había movido un ápice y su brazo izquierdo descansaba bajo mi nuca. Me dolía la barriga como cuando era una adolescente y me daba miedo enfrentarme a los exámenes. Me giré para quedarme de lado en la cama y frente a él. Me sentía sucia, cansada, y sobre todo tenía una sensación de ansiedad creciéndome en el pecho. Su pierna derecha estaba por encima de las mías y su otro brazo me rodeaba la cintura, pero de repente necesitaba alejarme de él. Fue como si me hubiera dado cuenta de que le quedaba grande a mi cama.

Me zafé como pude sin despertarle y me arrastré por el colchón hasta saltar por encima de sus pies. No quise hacer ruido, así que no me molesté en vestirme. En el salón recogí del suelo la manta verde que usaba para dormir la siesta y que tiene lamparones de un verde más claro de babear a lo grande. Me envolví con ella y cogí el paquete de tabaco antes de abrir la ventana y dejar que el aire frío de la noche me golpeará la cara. Cerré los ojos y apoyé los codos en la repisa exterior. Encendí un cigarro y me llené los pulmones de humo intentando tranquilizarme. Tenía las tripas revueltas, tanto que hasta me hacían ruido.

Clavé la vista en el edificio de enfrente, con todas las luces apagadas, en calma. Echaba de menos ser yo la que durmiera a pierna suelta y los tiempos en los que enfrente solo estaba la Sierra del Aramo. Yo antes era una persona tranquila y relajada, y de repente me encontraba en medio de una marea de sentimientos. Oliver, dándome una de cal y una de arena, y yo sin saber cuál era la buena. Esteban, deshaciendo su carácter envuelto en mi cuerpo, susurrándome al oído que le hacía sentir vivo. Y yo, sintiendo que me dejaba arrastrar por la marea sin poder gestionarlo todo.

Oír sus pasos me puso sobre aviso, pero no me giré y seguí fumando.

—¿Qué haces ahí?

«Considerar la posibilidad de tirarme por la ventana para no tener que decidir si me gusta mi nuevo yo, si me gustas tú, Oliver, o la madre que os parió a todos. O

tirarte a ti y a tu ciruelo a ver si encesto en los cubos de basura. Eso me ahorraría un montón de problemas y a las vecinas les habría encantado encontrarte ahí.»

—No podía dormir. La cama es muy pequeña y tú muy grande para ella.

«Y para mí», añadí para mis adentros. Se acercó, cogiendo un cigarro de mi cajetilla, y se asomó a la ventana, justo a mi lado. Se había puesto unos bóxers negros y se me fue la mirada a su culito antes de hablar.

—Es raro, ¿verdad?

No me miró al contestarme.

—¿Por qué?

—No sé. Esto. Lo de antes. Vivir juntos.

—Os oí darle al tema. Bueno, le oí a él. —Dio una calada mientras yo quise morirme de vergüenza—. Oí que le echabas y te oí tocarle.

Apagó el cigarro en la repisa y lo tiró al vacío.

—Estaba cachondo como un perro, imaginándote desnuda, sin haberte corrido, buscando el orgasmo que ese imbécil no te dio. Me moría por follarte. Me muero por que te corras conmigo. Da gracias a que solo te toqué para aliviarte.

Imité el gesto y también terminé con mi cigarro.

—No tenías derecho a entrar.

—Te corraste tan rápido que no me pareció que te importara.

—Tú también lo hiciste.

Se me encaró.

—Yo ya he reconocido que me pones cachondo. —Sonó arisco—. Tú no. Tú te corres en mi mano y huyes a regodearte en la mierda.

—Joder, ¿podemos hablar de otra cosa?

—No. No quiero hablar de otra cosa. —Tiró de mi barbilla, enfadado—. Mírame. Quiero que me digas lo que sientes.

—Es que no sé lo que siento, Esteban.

—Sé sincera, Alicia.

Sonó tan brusco que me dejé caer al suelo, hecha un ovillo, con la manta tirada debajo de mí. Me abracé las rodillas.

—¡Me siento sucia, joder! —grité—. Me siento una puta mierda. Estoy nerviosa y creo que esto —nos señalé a los dos— está mal, está rematadamente mal. Y no solo porque vivamos juntos, sino porque no estoy siendo honesta, ni con Oliver, ni conmigo. ¿Qué cojones voy a hacer? Es que yo no soy así, coño.

—Así, ¿cómo?

—Así. Yo no voy... sin bragas y a lo loco.

Se arrodilló para ponerse a mi altura y recogió la manta. Me envolvió con ella y sin dejar de abrazarme, me obligó a levantarme.

—Eres como una niña. Una niña perdida entre lo que quiere y lo que su madre le ha dicho que es lo correcto. Vístete, nos vamos.

—Mañana trabajo —corté—. Te recuerdo que son las tres y pico de la mañana de

un martes. Bueno, ya es miércoles.

—Hazme caso sin discutir por una puñetera vez.

Me vi asintiendo y yendo a ponerme unos vaqueros y un jersey.

Su coche estaba aparcado enfrente de casa. Era un Volvo negro, precioso y no muy grande. Estábamos los dos bastante callados: yo le daba vueltas a todo y él no debía querer volver a discutir. Sus dedos manipularon la radio, buscando algo en concreto sin apartar la mirada de la carretera ni dedicarme una mirada o una sonrisa.

—Te la dedico.

Empezó a tararear y lo hacía bien, casi mejor que Fito.

—«Y tú ahora me preguntas qué hacer, y yo que siempre voy detrás del error, que canto a lo que nunca tendré, al beso que ella nunca me dio.»

Hizo una pausa mientras cambiaba de marcha y me miraba de reojo, pero yo tenía clavada la vista al frente, buscando algo que decir. Continuó:

—«Qué te voy a decir si yo acabo de llegar, si esto es como el mar...»

Apagó el motor con las últimas palabras, que me habían dejado en blanco. Era tan él, tan... Nosotros. Tanta indecisión, tantas palabras dando en el clavo. Se bajó del coche y me abrió la puerta, cogiéndome la mano en silencio. Me llevó hasta el borde de un claro y mis converse resbalaron con el rocío que humedecía la hierba. Me dejó ir delante y después me abrazó por la espalda, cruzando las manos sobre mi vientre y apoyando la barbilla en mi pelo. Era un gesto muy íntimo para nosotros, que teníamos miedo a rozarnos.

—Mira. —Pasó un brazo por delante de mí, señalando a lo lejos.

Estábamos en la cima del monte más cercano. Al fondo, Oviedo se iluminaba bajo la luz de la luna y las farolas, y unas nubes se acercaban por el horizonte, tapando parte del cielo, en el que veíamos las estrellas claras y limpias. Yo había subido allí alguna vez, a echar un polvo con mi exnovio en los asientos traseros rojos y de cuero de un Rover que yo tenía en los albores de los tiempos, pero nadie me había enseñado cómo dormía la ciudad ni cuánto brillaba el cielo. Me giré y apoyé las manos en su pecho, mirándole desde abajo.

—¿Por qué...?

—Porque la gente perdida utiliza las estrellas para volver a encontrarse. — Empezó a cantar, esta vez muy mal, una canción que reconocí de Ed Sheeran—: «*So honey now take me into your loving arms, kiss me under the light of a thousand stars*».

Sonrió y yo me derretí. Me puse de puntillas para llegar a sus labios, lo cual era a todas luces insuficiente. Él se agachó y nos encontramos en un beso suave, bajo aquellas miles de estrellas de las que hablaba Sheeran. Mis manos entre nosotros, las suyas empezaban a bajar por mi cintura en dirección a mis caderas. El beso se hizo profundo y yo abrí la boca para dejar que su lengua jugara con la mía. Me tumbó sobre el capó de su coche y soltó mis labios para recorrerme el cuello con la lengua

mientras me acariciaba primero un pezón, luego el otro, y una mano que se aventuraba dentro de mi pantalón. Hacía frío. Hacía mucho frío, pero se me olvidó cuando Esteban empezó a dibujar círculos lentos con los dedos, hasta arrancarme un suspiro. Me revolví, dispuesta a devolverle las caricias, pero me detuvo con suavidad y con un empujoncito me devolvió a mi postura anterior.

—No. Disfrútalo, muñeca.

Pensé que seríamos un espectáculo para cualquiera que pasara por allí, pero, bueno, era martes. Era poco probable que nos viera alguien. Aunque, pensándolo mejor, a estas alturas de la película, la verdad es que me daba igual, como si me grababan y lo subieran a Youtube. A Isra le encantaría.

Esteban tiró de mis caderas, aún enfundadas en los vaqueros, para acercarme a las suyas. Se inclinó sobre mí y me acarició los pechos, mientras se frotaba contra mí. Soltó un gruñido y yo sonreí, notando su erección contra mí a pesar de haber tanta ropa de por medio. Me quitó los pantalones con cuidado y bajó las braguitas hasta los tobillos. Me sentía expuesta, allí, a la vista de cualquiera. Expuesta delante de él, que clavaba su mirada en mí. Me tapé la cara con las manos, de nuevo vergonzosa.

—No te tapes. Eres perfecta.

Aun así cerré los ojos.

—No. Mírame, Alicia.

Obedecí mientras se reclinaba ligeramente sobre mí y volvía a acariciarme. Pasó un brazo por debajo de mi cintura y metió dos dedos dentro de mí.

—Joder, pero si ya estás lista.

Asentí. No sabía si era por él, por la situación, el morbo del peligro a ser descubiertos, o el frío de febrero. Siguió moviéndolos dentro y fuera mientras se ponía un condón, gruñendo. Clavó los dedos en mis caderas mientras yo me arqueaba para recibir la primera embestida. Él mantuvo un ritmo constante hasta que se me aceleró la respiración y empecé a susurrar de manera entrecortada.

—Más, Esteban. —Su nombre me sonó raro en el paladar—. Más fuerte.

Obedeció y aceleró el ritmo, dejándose llevar. Nos corrimos a la vez, entre gritos y espasmos de placer que se diluyeron en el cielo, cada vez más nublado.

Después nos acomodamos en el asiento trasero, como quinceañeros que se meten mano. No sé por qué no volvimos a casa. Nos acariciamos muy despacio durante horas, y no es una exageración. Me corrí dos veces en sus manos, sin que me penetrara, solo tocándome con las yemas de los dedos. Él se dejó ir otras tantas en mis manos y mi boca. Era como si hubiéramos nacido para tocarnos. Hasta que empezó a amanecer y volvimos a follar, apenas sin fuerzas, yo irritada, él sin energía. Yo encima de él, con movimientos lánguidos, arriba y abajo, con sus manos en mis hombros, guiándome hasta un orgasmo suave y largo.

—No pares —pedí jadeante, al ver que se prolongaba.

—Nunca.

Y aquello, susurrado entre gemidos intensos, me sonó a la promesa más sincera

que me habían hecho nunca. Quizás fue que estaba sensible, quizás fue la luz naranja del amanecer colándose por las ventanillas del coche y el sol saliendo detrás de la luna trasera. Quizás fue su voz, que sonaba como chocolate derretido, o quizás simplemente que quise creerle.

Salió de mí, pero volvimos a acariciarnos despacio, como si nunca tuviéramos suficiente. A mí me molestaba ya cualquier roce, pero no quería que parara, y él humedeció las yemas de sus dedos para volver a rozarme el clítoris mientras hundía su nariz en mi pelo sudado y pegado a mi cuello.

—Nunca —susurró.

Capítulo 14

Reencuentros

No sé cómo llegué a casa porque me quedé dormida en cuanto Esteban arrancó el coche. Lo que sí sé es que al llegar me dolían hasta las pestañas. Tenía agujetas, estaba irritada y la noche sin dormir me había pasado factura, pero era miércoles por la mañana y el deber me llamaba, así que me di una ducha rápida y me enfundé el pijama en menos de diez minutos. Se me caían los párpados cuando me apoltroné en el sofá con el portátil sobre las piernas, que me temblaban del esfuerzo al que, desde luego, no estaba acostumbrada. No mediamos palabra al bajar del coche ni al entrar en casa y una sensación de vértigo se me instaló entre el estómago y el pecho. Mientras arrancaba Windows con la santa lentitud de todos los días, Esteban se dio una ducha. Necesitaba cambiar el ordenador, estaba claro.

Esteban apareció por el salón con el pelo húmedo. Llevaba un traje gris que le quedaba como un guante y una camisa negra con un par de botones desabrochados en la base del cuello. Sus ojos resaltaban entre su pelo moreno y los colores oscuros de la ropa. Sin corbata, como en un gesto que daba a entender que no le gusta la formalidad extrema. Se me secó la boca de lo guapo que estaba, lo juro.

—Qué...

—Formal —me cortó—. Lo sé. Toca reunión.

Titubeó en la puerta y cambió el peso de un pie a otro. Como sin saber si irse o quedarse, o como si buscara algo que decir. ¿Iba a ser así de ahora en adelante? Se me retorcían las tripas.

—Vete ya.

Fingí despreocupación clavando la vista en el fondo de pantalla de Mr. Wonderful.

«“El momento es ahora”. Sí. Ya. ¿El momento de qué, señores?»

—Sí. No quiero llegar tarde.

Volvió a removerse inquieto. Al final se acercó y me dio un beso ligero en los labios que me pilló por sorpresa. Cuando estaba cruzando la puerta de entrada se giró para mirarme, porque allí estaba yo, embobada con el movimiento de su culo bajo los pantalones de traje. Me sonrojé.

—Que tengas un buen día.

Encendí la tele, buscando la reposición de *Friends* que ponían todas las mañanas y me centré en buscar contenidos que publicar para los clientes de mi jefa, lo que por suerte me distrajo durante un par de horas. Hasta que se abrió una ventana del chat de Facebook. La foto de perfil eran solo sus ojos verdes y parte de su nariz afilada. Maldito Esteban, qué condenadamente guapo era.

Esteban del Río:

Te he pedido cita con mi asesora. Mañana a las seis y media.

Alicia Méndez:

Ok, gracias.

Leído. Maldito seas, Facebook. Con lo feliz que yo era sin saber si la gente que me follo me lee o no. Ojos que no ven, corazón que no siente, joder. Que alguien le explique mi situación a Zuckerberg, a ver si me indemniza. Tardó veinte minutos en volver a hablar, y yo pegada a la pantalla como si fuera subnormal. Que imbéciles nos volvía a veces echar un buen polvo. O varios.

Esteban del Río:

Me cuesta prestar atención a la reunión después de lo de anoche, muñeca.

Y un guiño, un sticker de esos que se mueven poniéndome nerviosa. «Muñeca», qué bonito.

Alicia Méndez:

Me duele hasta sentarme por tu culpa, no me hables de prestar atención.

Esta vez contestó en el acto.

Esteban del Río:

Quiero follarte así todas las noches.

Alicia Méndez:

Entonces hazlo.

Esteban del Río:

Ten cuidado con lo que deseas...

Me estiré, sonriendo feliz, y apagué el ordenador. En mi reloj de pulsera marcaba la hora perfecta para un vermú. No lo pensé cuando marqué el teléfono de Lydia.

—¿Ali?

—Hola, Lydia —saludé.

—¿Qué...?

—¿Te apetece un Martini y un menú del día como hacíamos antes de que te liaras con mi ex?

Gruñó, pero acabó aceptando y quedamos en la plaza del ayuntamiento media hora después. Yo iba decidida, quería escucharla de verdad. Por primera vez pensaba que podría perdonarla a pesar de que verla me recordaba a Pablo cabalgando entre sus piernas.

Cuando apareció, vi que llevaba un vestido camisero, medias tupidas y botas de

tacón. Cualquier día tiraba mi colección de New Balance de colores, porque estaba claro que no conjuntaban con mis amigas.

—Hola, Ali.

Agachó la cabeza, como avergonzada, y yo le di dos besos. Señalé la terraza del bar de enfrente que me gustaba mucho porque tenía estufa en las sombrillas para que los pobres fumadores no nos muriésemos por culpa de una hipotermia. Muy considerados.

Avisamos al camarero con un gesto y pedimos un par de martinis de color, con su aceitunita y todo. Me coloqué las Ray Ban porque la claridad me molestaba. Culpa de pasarse la noche entregada al fornicio en lugar de descansar apropiadamente. Me sonrojé al pensarlo, así que encendí un cigarro por inercia. Lydia hacía crujir los dedos, nerviosa, y vi el solitario anillo lucir en su dedo anular. Sencillo, simple. Como Pablo. Era un gesto tan suyo que me dio un atisbo de ternura y le sujeté las manos con una de las mías.

—De mayor te va a salir artritis —sonreí—. Eso me decía mi madre siempre.

—Será si llego a mayor y no me muero antes de un infarto.

Le tendí la cajetilla y cogió un cigarro. No solía fumar, pero yo sabía que cuando estaba nerviosa o borracha caían un par de cigarros. Saber todas estas cosas de ella me recordaba que hacía ya demasiados años que nos conocíamos. Desde que se llevaban las hombreras y las cazadoras vaqueras. Cogí aire.

—Mira, Lydia, esto es muy difícil para mí.

—Lo sé, para mí también.

Iba a soltar otro comentario sarcástico sobre el hecho de que la había visto cabalgar sobre mi exnovio, pero pensé que no era el camino y di una calada larga para darme tiempo a contestar como una persona razonable.

—Quiero arreglarlo —dije.

Pensé en esas parejas que se divorcian después de treinta años y sueltan frases tan típicas como aquella.

—Y yo. Estoy muy arrepentida.

—Tan arrepentida que os vais a casar. —Mi voz sonó agria y ella agachó la cabeza. Me arrepentí al instante—. Mierda. Perdona.

Ella miró a las nubes blancas que cubrían el cielo. No amenazaban lluvia, pero eran como un reflejo de nuestro humor. Lydia, la intensita que cogía fuerzas antes de soltar una perorata de las suyas.

—No, perdóname tú. No sé ya cómo disculparme contigo, Ali, de verdad. Ya te he explicado cómo fue, no hicimos nada a tus espaldas. Sí, tenía que habértelo contado, pero creí que aquello no era nada serio y no quería perderte por una tontería. Cuando fue a más me sentía dividida entre tú y lo que tenía con él.

Mírala, sufriendo como la Pausini. No sabía si era la necesidad que tenía de hablar con alguien objetivo de la bacanal que tenía montada a mi alrededor, si la echaba de menos o si con tanto lío de penes había llegado a entenderla, pero en ese

momento la perdoné. Sin más. Dibujé una media sonrisa.

—¿Cuándo será la boda?

Soltó un suspiro de alivio y se relajó.

—Septiembre.

—Pues sí que vais rápido.

Bueno, con el tiempo se me iría el rencor. O eso quería pensar. Sabía que ella no había actuado con maldad, pero perdonarle a él sería otra cosa. Así era yo.

—Bueno. —Cambió rápido de tema, incómoda—. Ponme al día, ¿no?

Necesitaba una segunda opinión. Una ajena a todo aquello. Alguien imparcial. Por eso no dudé en intentar sincerarme.

—¿Puedo confiar en ti?

—Lo que pasó no cambia nada, Ali. Siempre estaré aquí. —Sonrió—. Y ahora me voy a casar, ya no me puedo follar a nadie de tu entorno.

Se le cambió el gesto y contuvo la respiración en cuanto lo dijo. Sí, era una broma fuera de tono de la cual debió arrepentirse en cuanto la soltó, pero a mí me hizo reír hasta que me cayeron un par de lágrimas por las mejillas.

—La madre que te parió.

Estallamos en carcajadas las dos a la vez y me sentí relajada por primera vez en meses. Nos habíamos acabado los martinis, así que pedimos un par de cervezas y unas croquetas para abrir boca antes de comer y que no se nos subiera el alcohol a la cabeza. La miré directamente a los ojos, más oscuros que de costumbre.

—La cuestión es que no sé ni por dónde empezar, la verdad.

—Venga, que no muerdo.

«Pero juzgas. Que nos conocemos».

—Me lo estoy haciendo con dos tíos. Bueno, no estrictamente a los dos a la vez, ya me entiendes.

—¿Pero qué me estás contando?

—Lo que oyes.

—Creo que no lo entiendo. ¿Te has echado un novio y le pones los cuernos? ¿Estás con dos tíos a la vez? ¿O te tiras a uno y cuando te aburres llamas al otro?

—Espera, ¿me estás juzgando? —Me enfadé.

—Supongo. Joder, soy una cínica. Cuéntamelo bien.

—Es que no sé cómo ha pasado, o cómo contártelo, o yo qué sé.

Dimos un par de tragos largos a nuestras cervezas, momento que aproveché para intentar poner orden a mis ideas. Ella cruzó las manos debajo del pecho, como las señoras mayores que buscan cotilleos abrochándose la bata.

—¿Conozco a alguno de los dos?

Dudé. ¿Debía contárselo? Había sido una de mis mejores amigas, ¿no?

—Sí. Uno de ellos debería sonarte.

—¿Quién es?

—Oliver.

—¿Qué Oliver? —Frunció el ceño y yo casi pude oír los engranajes de su cerebro funcionando—. ¿Oliver? ¿El hermano de Álex?

—Sí.

—Joder, Ali. Joder. ¿Y el otro?

—Es mi nuevo compañero de piso —murmuré.

—¿Pero qué dices?

—Shh... Baja la voz, por Dios.

—Pero vamos a ver, Alicia, ¿cómo se te ocurre?

—No sé. Siempre he sido tan recta que me apetecía disfrutar un poco.

—Pero para eso la gente sale, se emborracha y se lía con algún tío mono en el cuarto de baño, no se lía con el hermano de su mejor amiga y su compañero de piso.

Y eso que aún no le había contado que Esteban también había tenido un momento tórrido con Álex.

—Bueno, ayúdame, que esto en parte es culpa tuya.

—¿Mía? —dijo sorprendida.

—Sí. Si no te hubieras trajinado a mi ex, yo no te hubiera echado de casa y no habría conocido a Esteban.

—No me culpes a mí de tu chocho loco.

Nos reímos.

—Bueno, ¿qué hago?

—Yo qué sé. ¿Qué es lo que quieres hacer? Alguno te gustará más, ¿no?

—La verdad es que son los dos como para echarles de comer aparte.

—Pues... No sé, Ali. Creo que tienes la cabeza echa un lío. ¿Por qué no te das un tiempo y te alejas de los dos, a ver si te ayuda a aclararte y decidirte?

La idea era buena, solo que no sabía cómo me iba a alejar de un tío que vivía conmigo. Aun así, asentí. Pedimos la comida y decidimos que también nos merecíamos un buen café irlandés. La cosa se alargó mientras nos poníamos al día y acabamos cenando en una hamburguesería americana que estaba por la zona y era bastante conocida. Perdimos la cuenta de las cervezas que nos tomamos y ya nos patinaba un poco la lengua, pero teníamos que celebrar que habíamos hecho las paces. Al final, nos despedimos a las doce y pico de la noche, y solo porque ella tenía que madrugar mucho para su turno en el hospital. Nos abrazamos con fuerza en una calle a medio camino entre mi casa y la suya, donde supongo que la estaría esperando un Pablo que se empezaba a poner nervioso. Me parecía tan extraño que fuera el mismo que una vez me había hecho feliz a mí...

—Me da hasta coraje decirte esto, Lydi, pero me alegro de que seas feliz. Aunque sea con mi ex —bromeé.

—Gracias.

Me soltó y parecía triste.

—Sé que sería raro, pero —cogió aire antes de continuar— me gustaría que vinieras a la boda.

—Pero...

—No, no me contestes aún. Piénsatelo. Te lo pido como amiga.

Prometí que me lo pensaría y le pedí que se apuntara a la noche de chicas que Álex y yo teníamos organizada para el siguiente sábado. Después me fui caminando a casa, para despejarme y quitarme la nebulosa de alcohol de la cabeza. Todo estaba en silencio cuando llegué y aún no se me había bajado la cerveza. En casa hacía muchísimo calor por culpa del maldito casero y su calefacción a temperatura infierno, así que entré en mi habitación y me puse una camiseta enorme que a veces usaba de camisón. Después me asomé al cuarto de Esteban. No lo reconocería nunca en público, pero solo entré para asegurarme de que estaba solo, cual quinceañera celosa. Me daba pena a mí misma y ni siquiera sabía por qué.

Esteban estaba boca arriba, cruzado encima de la cama en diagonal. Una pierna por debajo de las sábanas y la otra cubierta por ellas. Solo llevaba unos bóxers ajustados y una mueca de placidez en la cara. Con los labios entreabiertos y el ceño medio fruncido parecía un chaval. Me acerqué despacio, atraída hacia él como una abeja hacia una trampa de miel. Sin hacer ruido, me senté en el borde de la cama y paseé mis dedos por su pecho desnudo. Su vello ensortijado me acariciaba las yemas y él soltó un suspiro. Sin abrir los ojos me agarró por la cintura y me obligó a sentarme sobre él.

—Hola —susurró.

Estaba duro, lo notaba en mis bragas.

—Hola —contesté, restregándome un poco.

—¿Estás borracha?

—Puede ser.

Gruñó con mi roce y abrió los ojos, soñolientos. Con una mano me levantó un poco y con la otra se quitó los bóxers. Yo misma me quité las braguitas y le guie a mi interior. Piel con piel, sintiéndonos. Después de un par de embestidas, paró.

—Espera, déjame. —Estiró un brazo hacia la mesita.

—Tomo la píldora. Basta con que me digas que no te follas a pelo a nadie más.

Dibujó una sonrisa y sus ojos brillaron en la oscuridad.

—No me follo a nadie más.

No se me escapó el cambio de matiz. Reanudamos el movimiento. Cuando empecé a gemir puso una mano abierta en mi espalda y me obligó a recostarme sobre él, mi pecho contra el suyo. La otra mano se apoyó sobre mi trasero, deteniendo mis movimientos y tomando él el mando. Me besó profundamente y me dejé llevar al orgasmo. Nos corrimos juntos, entre jadeos ahogados y susurrando nuestros nombres contra los labios del otro.

Me escapé de entre sus brazos llena de culpa, tenía que recuperar la camiseta y darme una ducha rápida. Él no me lo impidió. Después volví a mi cuarto de puntillas y me refugie bajo mi nórdico, como una niña que tiene miedo de los monstruos del armario, solo que los míos estaban en mi cabeza. No tardó ni cinco minutos en entrar

en mi cuarto, desnudo, y meterse conmigo en la cama. Se tumbó de lado clavando en mis labios sus ojos verdes. No me tocó y recogió de la mesa mi iPod. Buscó una canción y me puso los auriculares. Yo ya sabía que le gustaba dejar que la música hablara por él, pero me sorprendió de nuevo con Ed Sheeran. *And I'm thinking 'bout how people fall in love in mysterious ways, maybe just the touch of a hand...*

Aquella canción hablaba de las formas tan extrañas que tenemos de enamorarnos, del contacto, del roce de nuestras manos, y yo no pude más que abrazarle con fuerza sin quitarme los auriculares, volviendo a aquella noche, a las estrellas y a la ciudad a nuestros pies, y él me envolvió con sus brazos fuertes. Si aquello no era un grito para pedirme que me quedara con él, ¿qué lo era?

Capítulo 15

La noche me confunde

El sábado amanecí sola. Fue raro, porque llevaba unos días compartiendo cama con Esteban. Yo estaba encantada con mi ración de sexo mañanero, por supuesto. El día anterior me había despertado cuando él había empezado a follarme y me corrí tres veces antes de ser del todo consciente. No habíamos hablado mucho, todo era sexo, trabajo y más sexo. Un total de una docena de polvos en escasos tres días, que me tenían agotada y con agujetas hasta en el carnet de conducir. Me levanté con mucho esfuerzo cuando vi que eran las once de la mañana y me encontré con el café hecho y un *post-it* en mi taza del café.

Me voy a pasar el finde a casa de mis padres. Pásalo bien.

Ni un beso, ni una mísera despedida. Me puse nerviosa, era como si de repente hubiera echado a correr. De todas formas aproveché que tenía la casa solo para mí para mandar un *whatsapp* grupal a Álex y Lydia, con el que les decía que trajeran comida, alcohol y su inestimable presencia a las nueve. Pensé que, además, sería una buena manera de tantear a Álex porque nuestra vida se había convertido en un absurdo lío de pantalones y me reconcomía la curiosidad, el nerviosismo y el millón de preguntas que me rondaban la cabeza. ¿Le iría bien con mi hermano? ¿Se habrían perdonado los cuernos mutuos? Y lo más importante de todo, ¿serían raras las cosas entre nosotras después de saber que ella también había compartido cama con Esteban? Yo me conocía, sabía que a veces sepultaba mis sentimientos, no los escuchaba y luego me salían a borbotones por la boca sin control ni filtro, como la primera vez que había intentado arreglarlo con Lydia y solo había conseguido soltarle un millón de reproches llenos de rencor.

Seguí pensando en todo ello mientras me preparaba con entusiasmo, mentalizándome de que, dado que era mi mejor amiga, lo mejor sería tantearla en primer lugar y después normalizar la situación lo máximo posible. Me enfundé unos pitillos negros, un top lencero y dejé los taconazos esperándome en la puerta. De repente tenía ganas de comerme la noche.

A las nueve menos cuarto llegó Lydia, que no soportaba estar dando vueltas por casa esperando la hora de salir. Llevaba una falda de tubo y una blusa blanca semitransparente. Espectacular. Le cogí las bolsas de comida china y lo colocamos todo en la mesa del salón. Poco después fue Álex la que llamó a la puerta, con un vestidito minifaldero negro y súper ajustado. Traía una botella de vino y a mi hermano colgado del brazo. Les dirigí a los dos una mirada asesina y él se carcajeó en mi cara. Vale, primera duda despejada, parecía que les iba bien. Si es que ya lo decía mi abuela: Dios los cría y ellos se juntan.

—Tranquila, Ali, solo vengo a asegurarme de que llegaba bien. Y me parecía una falta de respeto no pasar a saludar a mi hermana pequeña.

—¡Ay! —soltó Álex en un gritito—. ¡Te como!

Y le mordió la mejilla. «Que alguien me traiga una papelera para vomitar, por favor».

—Venga, pasad. No quiero que os vea ningún vecino practicando el canibalismo. Bastante me odian ya.

Isra me dio un abrazo de oso.

—¿Qué tal, hermanita?

—Hermanita —repetí—. Joder, qué asco das cuanto te la chupan con asiduidad.

—Perra —intervino Álex—. Yo no la chupo. Yo practico sexo oral con cariño y amor.

Me arrepentí al instante de haberlo dicho pues la imagen mental que se me formó en la cabeza era asquerosa. Creo que ninguna persona en su sano juicio quiere saber nada de las prácticas sexuales en las que se ve envuelto su hermano mayor.

—¿Así que esto va en serio? ¿O solo folláis para hincharme a mí las narices?

Álex me dedicó una mueca sarcástica.

—Perdona, pero tú te tiras a mi hermano y no me ves protestar.

«Bueno, no. Estrictamente hablando no me lo follo. Lo hice, pero hace tiempo que pasa de mi cara». Pensé entonces que ni siquiera me había mandado un mísero *whatsapp* y me cabreé. Sin razón, supongo, ya que yo no había sido una santa.

Isra se sirvió una copa de vino blanco.

—Bueno, me tomo esta y me piro para que pongáis a parir a los hombres. ¿Qué tal te trata la vida, Ali?

—Genial, gracias. El otro día fui a ver a una asesora fiscal y el mes que viene me haré *freelance*. Solo tengo que conseguir una buena cartera de clientes y cualquier día me levantaré siendo millonaria.

Quise añadir que cuando había vuelto a casa después de la consulta fiscal había echado dos polvos seguidos para celebrarlo, pero eso me lo guardé para mí.

—Joder con mi hermana. Verás cuando se lo cuentes a papá y mamá.

—Me desheredarán y te quedarás tú con la casa del pueblo. Lo veo venir.

Acabó su copa y se acercó a Álex.

—Bueno, me largo. No hables mucho de mi pene descomunal, no quiero que incomodes a mi hermana.

—Imbécil —murmuré.

—Qué tonto eres —contestó ella, dando mucho asco.

—Adiós, pelirroja.

Se despidieron con un beso suave y largo que me revolvió las tripas. Cuando se fue, fruncí el ceño.

—No me acaba de convencer eso de que te tires a mi hermano.

—Ya. El caso es que no me lo estoy tirando. El otro día hablamos y, bueno, que

estamos juntos.

—Ya, eso ya lo veo.

—No, no lo entiendes. —Se sonrojó—. Somos novios.

Lydia, que estaba de pie al lado de la mesa con una copa en la mano, estalló en carcajadas y se tapó la boca cuando la miramos.

—Perdón, perdón —dijo, conteniendo la risa—. Me habéis pillado por sorpresa.

—Yo no le veo la gracia —gruñí.

—Vamos, chocho loco. Si es que son tal para cual.

Lo de chocho loco me puso los pies en la Tierra y me sacó una sonrisa. Álex se pasaba los dedos por las puntas del pelo, recogido en una coleta alta con las puntas onduladas que le caía sobre un hombro. Seguía tan roja que las pecas aún resaltaban más. Qué guapa era y qué envidia le tenía. Desistí y rellené las copas.

—Bueno, venga, vamos a brindar. Porque sois unas perras y tenéis la puta manía de emparejaros con gente de mi entorno como si no hubiera más pollas en el mundo.

Cenamos empujando los *noodles* con vino blanco, nos servimos una copa antes de salir mientras nos echábamos unas risas cantando con el Singstar y después salimos sintiendo que la noche era joven.

Nos tomamos unos cócteles, Lydia se decantó por un Cosmopolitan, glamuroso como ella, con sombrillita y todo. Álex y yo pedimos un par de mojitos bien cargados. A las dos de la mañana decidimos que era el momento de ir al bar más casoso que encontrásemos, a bailar salsa y restregar el culo contra el paquete de algún cubano. Bueno, a que yo restregara el trasero, ya que era la única oficialmente soltera. En cuanto entramos decidí que necesitaba pasarme al ron y me fui a la barra, dejando a mis amigas pendientes de los bártulos y luchando por los escasos ganchos para colgar la ropa en la pared y no pagar ropero. Me hice hueco a codazos, pero me quedé fría en cuanto conseguí apoyar los codos en la barra y el camarero se giró para atenderme. Ahora entendía el revuelo de niñas babeantes. Oliver me clavó sus ojos azules y frunció el ceño. Malditos ojos claros, joder, qué invasión de ellos había últimamente a mi alrededor.

—Coño, Alicia.

En cuanto escuché mi nombre me estiré por encima de la barra ayudada por mis tacones y un taburete y le solté un tortazo. Una hostia a mano abierta que resonó por encima de la música. Me sentó tan bien que me dieron ganas de repetir.

—¿Pero qué coño...? —se giró hacia el otro extremo de la barra—. ¡Isaac, cúbreme!

Salió dando zancadas rápidas y me agarró la muñeca. Tiró de mí hacia la puerta de la calle. Miré hacia Álex y Lydia mientras salíamos, que se habían quedado boquiabiertas al ver el numerito de la barra. Oliver me dio un empujoncito en la puerta para obligarme a salir fuera.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo?

Aproveché para encender un cigarro. Sabía que era un vicio de mierda, pero había

que ver lo bien que sentaba fumar entre copa y copa. Di una calada larga y profunda y le eché el humo en la cara.

—Hostiarte. ¿No lo has entendido bien? —pregunté con retintín—. ¿Quieres que te lo repita?

—Tú estás muy mal de la cabeza. Pero muy mal. ¡Que estoy trabajando, joder!

Me salió el retintín y la mala uva del fondo del estómago, que tenía ya hecho una bola.

—Pues muy bien. Enhorabuena por tu nuevo trabajo. Debes tener una vida sexual la mar de intensa siendo camarero de noche, ¿no?

—Pero qué...

—¿Y a ellas las llamas? ¿O desapareces sin dar señales de vida? —corté, gritando, hasta que me dolió la garganta—. ¿Les pones canciones de mierda para dejar claro que no quieres nada más que sexo, no vaya a ser que se ilusionen? ¿O eso es algo que solo haces conmigo?

Agité la cabeza, muy cabreada. Ni siquiera tenía frío, a pesar de estar en plena noche de un sábado de febrero. Varias personas se pararon a mirar el espectáculo y Oliver se quedó allí, tieso como un palo y mordiéndose el labio. Cuando habló lo hizo en voz baja, pero había tanto veneno en su voz que me hizo aún más daño que si me insultara entre gritos.

—Te fuiste. Tú, no yo. Tú solita decidiste largarte sin avisarme.

—Me dejaste un puto *post-it*.

—Te dejé un puto *post-it* porque no quería despertarte y yo tengo insomnio. Me fui a esquiar, joder, no te dejé sola en el fin del mundo. Y tú vas y decides que por ello soy un hijo de puta y te largas. ¿Sabes la preocupación que...? —Se mordió el labio otra vez como intentando contenerse—. Cuando volví te habías llevado tus cosas. Ni una llamada, ni un puto *post-it*, como tú dices. Nada, solo yo y una habitación pagada hasta el domingo. Pues perdóname si no tenía ganas de llamarte.

Y ahí la hostia me la llevé yo.

—Pero la canción... —Musité.

—Sí. La canción fue una idea de mierda. Aquella noche, cuando me abrazaste me dio la impresión de que... —negó con la cabeza—. Lo nuestro no puede ser.

—Eso ya lo sé.

Él había cogido carrerilla y ni siquiera me escuchó.

—No sabía cómo sentarme a hablar contigo y explicarte que no sé cuánto tiempo voy a quedarme aquí. Y joder, a ti te ha dejado trastornada lo de Pablo, y lo entiendo. Lo de Nadia —su ex, supuse, porque alguna neurona me recordó que había dejado caer aquel nombre cuando hablaba de su pasado— tampoco me ha dejado bien a mí. Somos una puta bomba a punto de explotar y no tenemos ni idea de cómo gestionarlo. ¿Me equivoco?

—De cabo a rabo, nunca mejor dicho. Nunca me preguntaste a mí qué era lo que quería.

—Tú lo quieres todo, Alicia. Siempre lo has querido todo. Necesitas seguridad, y lo entiendo. Pero yo no puedo darte nada.

Bajé la cabeza, avergonzada. Me senté en un bordillo y me tapé la cara con las manos.

—Nunca hemos hablado de nada, Oliver. Nos dedicamos a retarnos hasta hacer explotar el uno al otro.

Se quedó quieto un momento y después me sorprendió poniéndose en cuclillas delante de mí. Me sujetó la barbilla con dos dedos, obligándome a mirarle.

—¿Por qué te fuiste aquel día, Alicia?

—Porque aquella canción...

—No. Sé sincera contigo misma. Sé que aquello fue una cerdada, pero ¿por qué te fuiste?

¿Era posible que me conociera mejor que a mí misma? ¿O era solo que él se sentía igual pero no tenía problema en admitirlo? Hurgué dentro de esa vorágine que llevaba dentro, un caos de sentimientos y emociones que me llenaba entera.

—Tuve miedo.

—¿De qué?

—De ti.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo de volver a sufrir.

Me eché a llorar sin querer ni poder evitarlo. Delante de mí estaban aquellos años de felicidad y rutina que terminaron de repente, aquella puta cama, los susurros entrecortados, vivir apática, ser un fantasma, Isra en casa y yo sin saber apreciarlo, los cuadros de Warhol, intentar resurgir de mis cenizas sin tener claro cómo seguir adelante. Heridas que no habían terminado de cicatrizar cubiertas con pequeñas tiritas. Y yo, como los niños, con miedo a que con cualquier roce volvieran a abrirse, volviendo a sangrar y sin saber cómo pararlo. ¿Y si había sido yo la que, de manera inconsciente, apartaba de mi lado cualquier tipo de emoción que pudiera hacerme daño? ¿Era posible que fuera tan gilipollas?

Lloré como hacía años que no lloraba. Como una niña en plena pataleta, con mocos, gritos y angustia, con el *eyeliner* resbalándome por las mejillas y sorbiendo por la nariz. Debí ser un espectáculo bastante ridículo, porque la gente que pasaba por la calle me señalaba y cuchicheaba. Algunos hasta sonreían. Hijos de puta.

Oliver me apoyó contra su hombro hasta que mi ataque histérico remitió un poco. Yo solo pensaba que le estaba manchando la camiseta y que tenía que compensarle. Menuda gilipollez, ¿verdad?

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Al final él metió la mano entre mi pelo y yo me despegué de él.

—Dame un momento.

—¿Dónde vas? —Mi voz sonó aún bajita y angustiada.

—A decirle a mi compañero que me voy. Y a avisar a Lydia y Álex de que te

llevo a casa. No estás en condiciones de seguir bebiendo.

Joder, Lydia y Álex. A ver cómo coño les explicaba yo esta desbandada, si últimamente nunca conseguíamos terminar una noche de chicas sin ningún drama. Cuando él se fue, yo volví a entrar y me arrastré hasta ellas. Pensé que con la oscuridad y las luces bailarinas disimularía mi careto, pero Lydia fue la primera en lanzar un gritito y lanzarse hacia mí.

—¡Ali! ¿Qué pasa?

—Nada —gruñí—. Pero creo que es mejor que me vaya.

Álex, que bailaba con un maromo impresionante y que seguro que no sería del agrado de mi hermano, se giró hacia nosotras.

—¿Cómo que te vas? —Debió darse cuenta entonces de mi aspecto, porque le cambió la cara—. Hostia, Ali, ¿qué pasa?

—Nada —repetí—. De verdad, no es nada. Me ha dado el bajón y me voy a ir.

Entonces pensé que también era una amiga de mierda y se juntó a lo anterior. No sabía si quería irme, abrazarlas o morirme, pero la angustia volvía a pugnar por salirme a borbotones por los ojos. Le di un beso a cada una.

—Lo siento. Os lo compensaré muy pronto.

Lydia me abrazó para hablarme al oído.

—No tenemos nada que perdonarte. ¿Quieres que te acompañe?

—No. Oliver viene conmigo.

—Está bien. Ten cuidado y no hagas estupideces.

Álex se había picado, la conocía demasiado bien como para saberlo. Se había girado hacia su copa sin despedirse. Normal, últimamente parecía la reina del drama. Cogí mi abrigo y el bolso de mano y volví afuera. Antes de acabar otro cigarro apoyada contra la pared, apareció Oliver, abrochándose la cremallera de la chaqueta. Me pasó un brazo por los hombros.

—Bueno, ¿nos vamos?

—Puedo ir en taxi.

Eché a andar, pasando de mí olímpicamente. A medio camino se me había pasado un poco el disgusto y me aventuré a mirarle. Era bastante más alto que yo a pesar de mis tacones, y llevaba el pelo estudiadamente despeinado, aunque sin gomina. Sus ojos azules relucían a la luz de las farolas. Me sentía pequeña, como si todo me quedara grande, como cuando era una niña y no entendía las conversaciones de mis padres.

—Deja de mirarme. Me vas a gastar —gruñó él. Tenía una expresión fría y clavaba la vista al frente, concentrado en las calles desiertas.

Volví a sonrojarme.

—Tienes razón. Quería saber si estabas enfadado.

—Sí. Aún no me has pedido perdón.

—Tú a mí tampoco.

No dimos el brazo a torcer y seguimos caminando. Su brazo aún en mi hombro y

mis manos metidas en los bolsillos del abrigo. En silencio llegamos hasta mi portal y yo subí el escaloncito para quedar a la altura de sus ojos. Puse las manos alrededor de su nuca, buscando cariño, o consuelo, o qué sé yo. Él dio un paso atrás, como si quemara.

—Es mejor que me vaya.

—Ya.

Miró las baldosas del suelo.

—No. No es buena idea. Nosotros no somos buena idea. Joder, no sé ni lo que digo.

—Ya.

—¿Lo entiendes, Ali?

—No.

—Nos hacemos daño. Es mejor que lo dejemos aquí.

—Ya.

—Joder, dime algo, por favor —suplicó.

—Es que no tengo nada que decirte.

—Ya.

Eso nos hizo sonreír un poco. Leí en sus ojos que creía firmemente que era lo mejor y me resigné. Prometimos que intentaríamos ser solo amigos por el bien de los dos, de Álex y de la necesidad de seguir viéndonos todos juntos. Justo mis peores temores. Alargamos el incómodo momento de despedirnos cuando me contó que trabajaba de noche para pagarse la vuelta a Estados Unidos, porque aquí nada iba como había planeado. Así que era verdad, Se va a ir. ¿Le estaría esperando allí la tal Nadia?

Nos miramos a los ojos por última vez aquella noche. Él pasó las manos alrededor de mi cintura, las juntó en mi espalda y me estrechó fuerte. No respondí, solo dejé que me apretara contra él, consciente de que seguramente sería la última vez, con los brazos colgando inertes. Me dio un beso en la frente y me susurró un «perdóname» al oído que me puso los pelos de punta.

«Perdóname tú, Oliver, porque no he sabido dejarme llevar contigo.»

Capítulo 16

Into the wild

Una vez vi un capítulo de Glee en el que hablaban de *guilty pleasures*, oséase, placeres culpables. El mío, efectivamente, es ver Glee, lo que a mis veintimuchos ya es triste de por sí. Además lo hago con ritual especial: con las piernas encima de la mesa, pintándome las uñas y llorando a moco tendido, para más señas. Ese domingo me puse uno que me encantaba en el que dejaban a una de las protagonistas y le cantaban «Mine», de Taylor Swift. Sí, señores. Taylor Swift. Y yo cantando con ella a grito pelado, llorando y sufriendo mucho con un pijama absolutamente vergonzoso de Barrio Sésamo. Así fue como me encontró Esteban cuando entró en casa el domingo por la tarde. Se rio a carcajadas, claro, y cuando pudo coger aire, volvió a reírse.

—Joder, te acabo de perder el respeto —dijo mientras empezaba a aplaudir como las focas.

—Ni puta gracia me hace.

—Pues debe de ser porque no te has visto.

Se fue a dejar su bolsa de viaje en su habitación y volvió al cabo de un rato. Desnudo. Le señalé, con los ojos llenos de lágrimas y una carcajada contenida.

—Vuelvo a verte al ciruelo.

—¿Y quieres saludarle? ¿Un besito o algo?

Le tiré un cojín.

—Gilipollas.

—Anda, ven al salón y nos ponemos una peli.

—Vale.

—Voy a hacer palomitas. Haz el favor de cambiarte ese pijama asqueroso.

Me colé en su cuarto y cogí una camiseta suya que me tapaba el culo y la mitad del muslo. Después encerré a Capi, el cachorro, en la habitación de Esteban, al que me había encontrado en la cocina mirando fijamente el microondas.

—¿Demasiado complicado para ti y tu ciruelo?

Me recorrió las piernas desnudas con los ojos y se mordió el labio. Me resultó tan sexy que me estremecí. Sin embargo, sabía que no era justo que me quitara el disgusto de la noche anterior con una buena sesión de sexo, ni para él ni para mí misma.

Volvió a concentrarse en las palomitas que estallaban.

—Parece mentira que dudes de mis aptitudes culinarias. Y las de mi ciruelo. Si te quedas con hambre luego te lo puedes comer. Todo ventajas.

Colocó las palomitas en un bol y me llevó al salón de la mano. Grabé en mi retina nuestras manos entrelazadas, ese gesto que me parecía más íntimo que follar como conejos. Puso *Hacia rutas salvajes* y yo me introduje en la piel de Alexander Supertramp, en los paisajes de Alaska y en la banda sonora de Eddie Vedder. Rise se

me clavó dentro, un canto a resurgir y a convertir los errores en algo bueno. A pesar del final, me transmitió energía y ganas de comerme el mundo. Si Supertramp podía, ¿iba a ser yo menos? Esteban me sacó de mis pensamientos.

—Echaba de menos esa sonrisa.

—Te fuiste ayer.

Me revolví en el asiento y crucé las piernas estirando las manos para taparme la entrepierna con su camiseta.

—Sí. Un día y medio. Suficiente para echarte de menos.

Apartó la mano del bajo de mi camiseta y con una mano en la espalda me tumbó. Él se acostó sobre mí, repartiendo el peso sobre sus codos. Con un dedo me acarició la mandíbula y con la otra mano repasó la línea de mi cuello. Se me erizaron los pelillos de la nuca y aprovechó para besarme. No fue un beso lujurioso sino tierno. Lento y suave. Después nos separamos apenas cinco centímetros y habló dejándome su aliento en los labios.

—Me vuelves loco, cielo.

Volvió a besarme de una forma lánguida, supongo que para no dejarme contestar. Me había llamado «cielo» y un escalofrío me había recorrido la espalda a lo largo de la columna vertebral. Frío, miedo, dudas. ¿Dónde estaba aquel Esteban cortante y borde? Notaba que estaba pidiendo guerra, pero no nos movimos, ni nos tocamos. Entrelazamos las manos por detrás de mi cabeza. No sé cuánto tiempo estuvimos así, besándonos como adolescentes que no se atreven a pasar a la siguiente fase. Al final me revolví debajo de él y me soltó. Se apoyó en el reposabrazos.

—¿Te apetece salir a cenar?

—No sé —dudé.

Encendí un cigarro, intentando digerir la sensación incómoda que me revoloteaba las entrañas desde la noche anterior. Él me acompañó.

—¿Qué te pasa, Alicia?

—Nada.

Me acarició el brazo. Era un gesto tranquilizador, para consolarme sin saber por qué debía hacerlo. De repente volvieron las ganas de ver Glee y cantar Taylor Swift.

—Venga, cuéntamelo.

No debía. Sabía que no debía, así que me callé. Entonces él cambió de táctica.

—No conocía esa versión tuya.

—¿Qué versión? —pregunté.

—La que llora viendo Glee.

Solté una risita nerviosa.

—¿Tú no tienes ningún placer culpable?

—Sí.

—¿Y cuál es?

—Me gusta escuchar a Raphael.

—Venga, no me jodas —dije entre risas.

Carraspeó antes de empezar a cantar, y joder, qué mal lo hacía.

—«Yo soy aquel que cada noche te persigueeee...»

—Por Dios, basta.

—«Yo soy aquel que por quererte ya no viveeee...»

—En serio, cállate.

—«El que te espera, el que te sueñaaaa...»

—Tú lo has querido. Me mudo. Sé feliz en mi casa.

Hice amago de levantarme, pero me atrapó cuando aún no había conseguido ponerme de pie. Me quitó las bragas y me sentó sobre él. Se dedicó un buen rato a besarme el cuello, los hombros y a morderme los labios. No le toqué. Cerré los ojos y me dejé hacer. A ratos me hundía en una espiral de placer, a ratos echaba de menos otras manos. Al final me penetró y eché la cabeza hacia atrás, cogiendo aire. Me dio un azote en el trasero que resonó en las paredes del salón.

—Mírame, joder.

Podría sonar rudo, pero me puso a mil. Obedecí y nos comimos con los ojos.

—Eso es, muñeca.

Me deslicé arriba y abajo. Me daban igual él y sus gemidos. Quería correrme. De una forma egoísta. Necesitaba dejarme ir, un orgasmo redentor, correrme con fuerza. Apoyé las manos en sus piernas y me eché hacia atrás, esta vez sin dejar de mirarle.

—Vuelve a hacerlo.

Me entendió a la primera. Volvió a darme un azote fuerte y me embistió rápido y fuerte. No estaba siendo delicado, pero yo estaba ya a punto y empecé a jadear con fuerza.

—Fóllame fuerte —gemí.

Lo hizo. Nunca me lo habían hecho así. Enredó su mano con mi pelo y tiró, permitiendo así el acceso a mi cuello mientras nuestros movimientos eran cada vez más rápidos. Me mordió el cuello y los pezones, sensibles, y me hizo gritar.

—Vamos, nena, córrete para mí.

Sin embargo, no acababa de conseguirlo, quizás porque no tenía la mente al cien por cien conmigo.

—No puedo más —gimió.

Cerré los ojos de nuevo y él me apretó contra su pecho. Hundió la cara en mi cuello y aceleró aún más el ritmo. Con una mano me apretaba la espalda, con la otra el trasero. Un dedo jugueteó se aventuró a acariciarme por atrás.

—No.

Intenté sonar firme, pero mis gemidos se incrementaron.

—Disfrútalo, cielo.

Estuvo un rato rozándome y al final me penetró con un dedo. Fue tal la sensación de placer que exploté al instante. Gemí, grité su nombre y él, al notar mis convulsiones, se dejó ir apretándome contra él y conteniendo en un susurro contra mi oreja las millones de cosas que nos quedaban por decir.

—Joder, Alicia...

Me quedé sobre él el tiempo suficiente para recuperar el ritmo normal de nuestras respiraciones. Después me desembaracé de sus brazos y me levanté, notando la humedad recorriéndome los muslos. Me escabullí a la ducha y él se quedó allí sentado, observándome tranquilo, encendiendo otro cigarro.

—Qué prisas.

No contesté. En la ducha intenté controlar los nervios y las emociones que me embargaban. Esteban me gritó desde fuera que tenía que salir un momento a solucionar no sé qué mierda del curro, pero que volvería para invitarme a cenar.

—Iré oliendo a sexo y a ti —añadió feliz—. Más de uno se pondrá cachondo.

Me embadurné el culo con Nivea porque se me hacía quedado rojo de tanto arrebató de pasión y después me encerré en mi cuarto, envuelta en la toalla y sin ganas de vestirme. Pensé que debía aprovechar la soledad para despejarme las ideas, pero en lugar de ello, encendí el ordenador de mesa. Revisar el correo de trabajo para organizar la semana me mantendría la mente ocupada. Lo que me encontré no me ayudó a despejar en absoluto.

Remitente: Oliver Hernández.

Asunto: Tú.

Mensaje:

Hace unas horas me encontré con una canción que hablaba de ti. Tranquila, no es de los Doors, y justamente por eso he pensado en escribirte. Para decírtelo. Para que sepas que hay canciones que hablan de ti. Encontrármela fue una estupidez, entré a Youtube para ver un vídeo de Love of Lesbian, una cosa llevó a la otra y de repente sonaban Sexy Zebras. Quizás el nombre te haga gracia y sueltes una de esas sonrisas sarcásticas tuyas. Me encantaría verla, pero no puedo. Cómo me jode. En fin, te decía que hablaba de ti. Lo hacía en cada verso:

«Tenerte tan cerca me hace darme cuenta que quiero decirte que no me voy a marchar. He dejado la puerta abierta por si quieres pasar, despiértame cuando sientas que estoy al otro lado de la pared. Y entiéndeme, que lo único que quiero es poderte ver. Hoy mi cama está vacía, acompáñame y te miro desde fuera, esperando una señal.»

No quiero marcharme, esa es la verdad, pero no sabemos llevarnos. Tú eres todo sentimiento contenido en una caja a punto de explotar. Yo, yo soy imbécil. Un imbécil cobarde y engreído que creyó que ibas a quedarte y luchar aunque te alejara de mí. Valiente gilipollas. Qué poco te conocía, Alicia. ¿Cómo iba yo a saber yo que tú no ibas a quedarte?

Desde que te conozco me he vuelto bipolar, te lo juro. Quise follarte desde que te vi en el aeropuerto. Toda tú me llamaba a hundirme en tu piel. Tu pelo ondulado, tus ojos de ese color indefinido, tus curvas. Tus puñeteras curvas, que harían que cualquier hombre se vuelva loco por perderse en ellas. Tu risa, tu voz, tus manos siempre inquietas y enredándose entre ellas. Cuando conseguí tenerte pensaba que nunca me iba a cansar de ti. Y me dio miedo, pero en eso creo que me entiendes. Creo que los dos lo sentimos. Miedo a perder. A perdernos. No estamos preparados para volver a sufrir, aún no. Por eso me fui. Por eso, como bien sabes, marqué la distancia entre los dos. Y te fuiste, joder, te fuiste. Desapareciste y yo quise darme de hostias contra la pared durante cada día de aquella semana de mierda. Volví a ser bipolar: Quise morirme. Quise convencerme de que era lo mejor para los dos. Quise ir a tu casa y arrodillarme delante de ti para suplicarte perdón. ¿Lo conseguí, Alicia? ¿Conseguí transmitirte anoche todo lo que me atormenta con aquel «perdóname» en tu portal?

Apenas nos conocemos y no dejamos de hacernos daño, joder. Por eso esto debe ser lo mejor para nosotros y, bueno, dicen que el tiempo todo lo cura.

Sin embargo, tenerte tan cerca me hace darme cuenta que quiero decirte que no me voy a marchar.

Oliver.

Debí apagar el ordenador. Debí escribir una respuesta breve para decirle que sí, que tenía razón, que lo mejor era dejarlo todo correr. Debí tirar el puto ordenador por la ventana, bajar y pisotearlo con los tacones más altos que tuviera. Sin embargo, no hice nada de eso. Me quedé sentada en aquella silla ajada, mirando la pantalla fijamente hasta que las palabras se desdibujaron ante mis ojos. Había empezado a llorar. Yo, que toda mi vida me las había dado de tía dura y racional, de la clase que nunca llora en el cine porque, joder, que vergüenza. Yo, la misma tía que se recluye en la habitación para desahogarse en silencio sin que la vea nadie...

Cuanto más lo pensaba, más lloraba, ya no sabía si por tener que alejarme de Oliver o de la pena que me daba a mí misma por no coger la vida por los cuernos.

Esteban me encontró con la frente apoyada en el escritorio, la pantalla en *stand-by* y rodeada de pañuelos de papel usados. Chasqueó la lengua.

—¿Te has estado masturbando en mi ausencia porque no soy suficiente pene para ti, muñeca?

Solté un suspiro de resignación, intentando contener el llanto que amenazaba con volver a asomar sus garras. Suponía que no le iba a hacer ni puta gracia encontrarme así por culpa de otro tío y me exprimí las meninges tratando de encontrar una buena excusa, como que había matado a mi hermano por hurgar en mi nevera cuando no estábamos. No me dio tiempo, se sentó en la cama y tiró de la silla. Las pequeñas rueditas chirriaron cuando llegué a su altura y me dejé caer en su regazo, con los pies sobre la almohada. Me acarició el pelo con aquellas manos grandes y suaves con torpeza.

—No llores, mi niña.

Aún me sentí peor. Porque yo era consciente de que él sabía lo que me pasaba y aun así estaba ahí, consolándome. Yo quería que me gritara, que me dijera que era una mierda, que se despachara a gusto y me dijera que no valía la pena. En lugar de eso, siguió acunándome sobre sus rodillas, como si tuviera cinco años.

—Joder, Esteban...

—¿Lo habéis dejado?

Asentí sin hablar por miedo a que se deshiciera el nudo de mi garganta. Aunque supongo que técnicamente no se puede dejar a alguien con quien no tienes nada.

—¿Te ha dejado él?

Repetí el mismo gesto. Él dejó mi pelo y se rascó la barba. Al ser tan espesa hacía un ruido curioso que tuvo en mí un efecto calmante...

—¿Y si hubiera sido yo?

—Si hubieras sido tú... ¿Qué?

—El que te... Si yo me... hubiera ido.

Miré unos segundos al radiador que tenía enfrente, sopesando mi respuesta. Quería ser sincera. Con él y conmigo misma.

—No lo sé, Esteban. No quiero pensar en eso. —Me toqué el pecho, aún sin

mirarle—. Me duele demasiado.

—Con eso me basta. De momento.

Me levantó y me sentó sobre él. Me besó la cara, limpiándome las lágrimas con sus labios.

—Me gustas cuando sabes a sal. —Me quitó la toalla y yo le desnudé despacio. Me besó el cuello y la nuca, y se me erizó el vello de los brazos por el frío y la emoción. Me acarició la piel de gallina—. Me gustas cuando eres sensible. —Me penetró despacio y nos quedamos quietos, sin movernos, mirándonos a los ojos y un poco más allá.

Esa vez fui yo la que habló en un susurro contenido.

—Me gustas cuando te siento en todas partes.

Por primera vez no follamos como animales, solo nos fundimos en un abrazo, susurros y besos húmedos. Yo, sentada sobre él, me movía despacio, para no dejar de mirarle, hasta que el orgasmo nos sorprendió y nos pilló desprevenidos. No hubo gritos ni tacos, solo respiraciones entrecortadas y labios entreabiertos absorbiendo los gemidos del otro.

Capítulo 17

Nunca digas nunca

Nos vestimos en silencio, sin querer comentar nada. Canalizar a través del sexo era nuestra manera de entendernos. Después se empeñó en salir. Miré el reloj porque la verdad era que empezaba a tener hambre. Eran las diez y Sabina retumbó en mi cabeza. Tarareé bajito.

—«Y nos dieron las diez y las once, las doce y la una y las dos, y las tres...»

Esteban me devolvió una mueca pícaro.

—«Y desnudos al anochecer nos encontró la luna».

Nos relajamos y nos echamos a reír. Luego hurgó en mi bolso y robándome un cigarro que colgó de sus labios lo vació sobre la cama revuelta.

—¿Dónde tienes las llaves del coche?

Le robé el cigarro y di un par de caladas.

—En el cajón del mueble de la entrada.

—¿Estás lista?

Me miré en el espejo. Me había puesto un jersey de cuello vuelto y ajustado, unos vaqueros y unas botas planas porque mis piernas con agujetas no podían soportarse sobre unos tacones. No me había maquillado ni falta que hacía: la tarde sexual me había dejado un saludable rubor en las mejillas y aún tenía los labios ligeramente hinchados.

—Sí. ¿Estoy guapa?

Me besó el pelo.

—Preciosa.

Cogimos mi coche, pero se empeñó en conducir él. Tardó un buen rato en echar el asiento hacia atrás y recolocar retrovisores y mierdas varias a su gusto.

—Estarás contento, me estás poniendo el coche del revés.

—Si no fueras tan...

—Como me llames bajita te doy una hostia que te saco del coche sin abrir la puerta.

—Ok. Si no fueras tan... —Me miró de reojo mientras arrancaba— manejable, no tendría que cambiarlo todo de sitio.

—Manejable —repetí, feliz—. Me gusta.

Me repantingué con los pies sobre el salpicadero y saqué el móvil para *whatsapp* un poco con mi hermano. Le echaba de menos y quedamos en vernos esa semana sin falta. Al fin y al cabo, sentía curiosidad por su relación con Álex, que parecía que seguía adelante. También hablé con ella, que estaba preocupada por mí. De nuevo prometí quedar esa semana. Por último, avisé a Lydia con lo mismo. Iba a ser una semana dura para mi alma de ermitaña huraña. Cuando levanté la vista, Oviedo quedaba atrás y veía la ciudad reflejada en el retrovisor.

—Pero ¿qué coño...? ¿Dónde vamos?

—Luego hablan mal de las redes sociales, a mí me parecen armas de distracción la hostia de útiles.

—Oye, que yo mañana tengo que madrugar para empezar a crear mi cartera de clientes y no creo que presentarme con unas ojeras de aquí a Francia sea buena manera de empezar mi labor de comercial.

Su mano pasó de la palanca de cambios a mi entrepierna.

—Dios, cómo me pones cuando hablas como una empresaria.

—Tooodo el día pensando en follar.

Nos reímos. Encendí la radio y elegí un CD de Rise Against. Hicimos un dúo horrible cantando *Swing life away*, pero pensé en la suerte que tenía de tener a mi lado a un tío que tenía el mismo gusto musical que yo y me acordé de Pablo, que me obligaba a escuchar canciones de Antonio Orozco cada vez que me descuidaba. Se lo conté a Esteban y nos reímos de él a gusto.

—¿Seguro que no era marica?

—No creo. Además de follarme a mí también se lo montó con mi compañera de piso, que no se te olvide.

—Ah, cierto. Un tío listo.

Le di un golpe en el brazo con suavidad para que no afectara a su horrible forma de conducir a ciento cuarenta por hora. Cuando adelantamos a un Mercedes reluciente acelerando aún más en una curva me agarré a la asita de encima de la ventanilla, como las viejas. «Ay, abuela, ahora te entiendo».

—Pero, ¿qué haces? —exclamó él.

—Déjame. Tengo miedo a morir.

—¿Y agarrarte a esa mierda te va a salvar de una muerte inminente?

—¡Que me dejes! Y mira a la carretera, coño.

—Qué poquito confías en mí...

Seguimos así, entre risas y bromas, hasta que entramos en Gijón. Parecíamos dos chiquillos atontados que empiezan algo bonito. Quizás era lo que éramos y no nos habíamos dado cuenta.

Aparcó en el puerto y caminamos abrazados. Él pasó su brazo por mis hombros y yo metí la mano en el bolsillo trasero de su vaquero. El aire olía a sal y se mezclaba con su perfume.

Me llevó hasta un restaurante que hacía esquina. Nos acomodamos en la terraza, de esas con estufas para fumadores. Él dijo que quería oír el Cantábrico mientras cenábamos y yo perdí las bragas a pesar del frío. Debieron de irse corriendo a declararle devoción eterna.

Ojeamos la carta y nos decidimos por una ensalada de quesos para compartir. Yo pedí además un solomillo al foie con Pedro Ximénez y él un pescado, creo que era dorada. Para acompañar, un vino blanco bien frío, que me templó el estómago. Nos besamos entre bocado y bocado, nos abrazamos y no recuerdo de qué hablamos, pero

sí que nos reímos como adolescentes.

Me apretó contra él y me puso su chaqueta cuando empecé a temblar ligeramente, todo un tópico típico. No me dejó pagar ni ver la cuenta y salimos de allí de la mano, como una pareja más, como si no hubiera dramas ni el día anterior hubiera terminado una relación sexual y tortuosa con otro tío. Era increíble, Esteban tenía la capacidad de llenarlo todo cuando estaba cerca. Ni siquiera se mostraba dudoso, estaba seguro de él, de nosotros.

Me dirigí hacia el coche, pero tiró de mi mano en dirección contraria.

—Espera un momento. Quiero enseñarte una cosa.

Caminamos hasta el final de la calle. Una barandilla nos separaba de la playa y apoyé los codos sobre ella. Él se puso detrás de mí y me rodeó la cintura, pegándose a mi espalda. Delante de mí solo estaba el brillo del mar y el reflejo de la luna y, al fondo, las luces de la ciudad y San Lorenzo. Era calma. Era la ciudad a mis pies.

—Nunca había estado aquí.

—Nunca... —repitió, apoyando su barbilla sobre mi cabeza—. Una vez te prometí que no iba a parar nunca. —Me sonrojé. Sí. Había sido un buen polvo. Le dejé seguir hablando—. A lo mejor somos distintos a los demás.

—¿En qué sentido?

—Todo el mundo le promete a su pareja que van a estar juntos para siempre y estupideces de esas. Quizás nosotros deberíamos prometernos otras cosas.

«¿Ha dicho pareja?»

—¿Como qué?

—Como cambiar todos los «nuncas» por «lo haremos juntos».

Sonreí como una imbécil. Ya me dolía la cara de hacerlo sin estar acostumbrada.

—Nunca había estado aquí —repetí, pícara.

—Lo hemos hecho juntos —contestó y me obligó a darme la vuelta para darme un beso.

Capítulo 18

Parejeo

A lo largo de la semana creé un grupo de *whatsapp* que llamé *La Bacanal*. Metí a mi hermano, a Álex y a Lydia para intentar ponernos de acuerdo y comer un día en casa. Yo no me comprometía a cocinar, pero sí a llamar al Peggy Sue's porque siempre he sido una estupenda anfitriona. Lydia me llamó ese mismo día.

—Oye, Ali...

—No vas a venir, ¿a que no?

—Es que me huelo que va a ser todo muy plan de parejeo y yo me voy a quedar ahí haciendo de candelabro.

—Algún día podrás traerte a Pablo.

Cuando se me fuera el rencor a base de comer muchos yogures con *Bífidus* de esos. Después de aquello debió silenciar el grupo para un año, porque no volvió a manifestarse. Era tan políticamente correcta que ni siquiera salió, así que debió dejarlo ahí, en barbecho. Nadie se extrañó de que Oliver no estuviera en el grupo y, si lo hicieron, nadie me preguntó. No obstante, me olía que tarde o temprano Álex me haría un interrogatorio de los suyos y por eso aquel viernes que extrañamente amaneció soleado, me desperté nerviosa. Empecé a pensar que había sido una idea espantosa y barajé la posibilidad de pedirle a Esteban que fingiera que no había nada entre nosotros, porque de repente no me apetecía sacar nuestra relación del armario. Luego pensé que si me lo hicieran a mí sería como si me dieran una patada en los ovarios y cambié de estrategia. Quizás si intentaba mantenerme un poco distante...

Me tapé con las mantas por encima de la cabeza. Esteban entró como un elefante en una cacharrería. Le oí hacer hueco en el escritorio atestado de papeles y dejar algo.

—¿Has hecho un capullo con las mantas?

Asomé solo lo suficiente para abrir un ojo y ver la bandeja con el desayuno.

—Sí.

—Ya eres demasiado mayor para convertirte en mariposa. Asume que te vas a morir midiendo metro y medio.

—Gilipollas.

Volví a taparme y hundí la cara en la almohada. Él abrió mi refugio por un lateral de las mantas y entró. Aún estaba desnudo después del polvo matutino con el que me había despertado. Literalmente, porque me desperté con su lengua dentro de mí. Yo le daba la espalda y él aprovechó para abrazarme. Cuando pegó su cara a la mía me recordó a una escena de *Juno*, casi al final. Sentí cosquillas en mi piel cuando dibujó una sonrisa sin apartarse y me pellizcó los pezones con cuidado.

—Buenos días, reina.

—Creo que la frase no era exactamente así.

Dejé escapar el aire entre los dientes y me acoplé a su cuerpo. Espalda contra

pecho, en forma de la puñetera cucharita, y empezamos a tocarnos.

—Prefiero que seas mi reina.

Follamos en esa postura y tomamos el café frío cuando nos cansamos de tocarnos. Parecía que nunca era suficiente para nosotros: llevábamos toda la semana enredados como una cesta de gatos recién nacidos. Él me regalaba palabras dulces como aquellas y yo me dejaba querer. Estaba a gusto entre sus brazos y sentía que mi casa estaba completa. No dejaba de sorprenderme como el tío borde, el ligón, se deshacía en mi cama entre frases tiernas.

—Esteban, ¿tienes a otras? —pregunté, sin rodeos.

Aún le daba la espalda y no me atrevía a ver su expresión, así que no me giré. Él apoyó un codo en la almohada y la cabeza sobre la palma de la mano.

—¿Te molestaría?

—Me molestaría que lo hicieras sin decírmelo. Sobre todo por lo de follar a pelo.

Vi cómo levantaba la ceja porque se reflejó en el cristal de la ventana de enfrente. Aún estaba bañada en su sudor y el mío y me sentía sucia. A varios niveles. Él simplemente se apartó de mí.

—¿Siempre has sido tan desconfiada, Alicia? ¿O ha sido solo desde que el imbécil de Pablo se folló a tu amiga?

Se levantó, cabreado. Yo no me moví.

—No has contestado a mi pregunta.

—Vete a la mierda.

Salió y se encerró en su habitación. Pensé en seguirle, pero yo también estaba cabreada, así que simplemente me vestí y salí a reunirme con los clientes que tenía para aquel día, embutida en una falda de lápiz negra, medias y blusa blanca. Todo un clásico aderezado con unos zapatos de tacón bajo.

Tuve que volver en taxi, con los zapatos en la mano, porque me dolían los pies y las ingles, claro. Debería plantearme lo de hacer ejercicio más a menudo y no solo cuando me daba el punto una vez al mes. Tampoco volvía de un humor muy boyante: me había pasado la mañana más pendiente del móvil que de mi nuevo proyecto, lo que dio como resultado una serie de reuniones con potenciales clientes en las que estaba distraída y ni siquiera supe explicar bien mis estrategias. En definitiva, una mañana de mierda, en mayúsculas y con luces parpadeantes. Y para más inri, el móvil nunca sonó y yo no dejaba de pensar en Esteban, que siempre dormía con una pierna por fuera de las mantas, que cantaba mejor que Fito con su voz grave, que me regalaba el mar, las noches y que conducía como un loco. Me regodeé en el olor a Bulgari que cada mañana impregnaba ya no solo el baño, si no mi almohada, y en los cuadros de Warhol que ahora debían encontrarse solos en aquella habitación vacía. Luego volvieron a darme retorcijones de barriga al elucubrar sola. Quizás a Álex le hubiera dado el punto de traer a su hermano, ya que no sabía nada de los líos de pollas que yo me traía. Daba igual, sabía que a Oliver no le ganaba nadie en cabezonerías y ausencias. Y hablando de la reina de Roma, estaba en mi portal, con la

cara hundida en el pecho de mi hermano. Se abrazaban fuerte, ignorando a la gente que pasaba y les miraba como si fueran dos perturbados por quererse en público. Porque eso era y lo vi claro cuando la vi a ella entre sus brazos y a él hundiendo la nariz en su pecho. Se querían. Los muy hijos de puta. Las dos cabezas locas. Los locos, los que se habían liado con otros para volver a los brazos el uno del otro, sin querer separarse. Ahí estaban, demostrándolo a todo el que quisiera mirar que se querían como si no existiera nadie más. Les tiré un zapato, que cayó justo a su lado porque tenía una puntería de mierda.

—¡A quererse, a casa!

Se soltaron como si les hubiera echado por encima una jarra de agua hirviendo. Ella se sonrojó. Él tiró el zapato en mi dirección, dándome el tiempo justo para taparme con el bolso y la carpeta que llevaba. Rebotó, salió despedido un par de pasos más abajo, lo recogí y me calcé, ganando centímetros y madurez.

—¿Qué hacéis dándoos el lote en mi portal?

—Me prohibiste usar las llaves.

—¿Y no se os ocurrió llamar?

—Sí. Pero tu compañero no está. O no nos quiere abrir.

—Igual tiene miedo de que vuelvas a lanzarte a su cuello —interrumpió Isra y me dejó pasmada. Miré de reojo a Álex, que esbozó una sonrisa sardónica.

—La rubia aquella debió pensar lo mismo de ti.

No me interesaban sus líos de faldas y cuernos, así que abrí y entré, y ellos me siguieron. Cuando me giré para llamar al ascensor, aprovecharon para darse un beso reconciliador. Fingí meterme los dedos en la garganta.

—En serio, dais muchísimo asco.

La casa estaba vacía. Y cuando digo vacía, es muy vacía. Esteban llenaba todo cuando estaba, absolutamente todo. El problema era que cuando se iba, dejaba una sensación en el ambiente como si faltara algo. Como si desapareciera el elefante de la habitación o el sol en un día de playa.

—Voy a cambiarme.

Me quité el «uniforme» de trabajo y me puse unos vaqueros *boyfriend* con una camiseta de tirantes. No me molesté en calzarme. Después rebusqué en mi cuarto en busca de algún *post-it* tierno o algo que me dijera que había pensado en mí antes de irse. Nada. Decidí ser yo la que le mandara un *whatsapp* porque ya me sentía arrepentida. Recabé en mi imaginación, buscando una manera de decirle que lo sentía, que empezaba a creer que no había nadie. Nadie más que yo, por muy incomprensible que me pareciera en aquel momento. Y que aunque me daba miedo, me gustaba. Recordé el primer momento especial, cuando me abrazó de cara a la ciudad dormida. Me acordé de Ed Sheeran y mi cama, y cómo él había hablado a través de su música, y escribí rápido.

«*I'm addicted to your touch, but I'm crying in shame again.*»

Me contestó casi al instante:

«*We've come this far, you're my Venus and I'm your Mars, and we've passed the moon and stars...*»

Me bastó con saber que sí, que él era mi Marte, que yo quería ser su Venus, y que habíamos estado a la altura de la luna y las estrellas. Firmamos la tregua cuando él me mandó un icono de un beso con corazón y yo le contesté con otro. Había que ver lo que le gustaban a este tío los *smileys* horteras.

Álex e Isra se estaban metiendo mano en el sofá cuando aparecí por el salón con una botella de vino, tres copas y una sonrisa de oreja a oreja.

—Si seguís así os retiro la palabra. A los dos. —Señalé a mi hermano—. Y le diré a mamá que te desherede porque andas metido en tráfico de drogas. Y solo para que lo sepáis, Esteban se sienta en pelotas en el mismo sitio donde os estáis sobando.

Álex se incorporó, subió los pies descalzos sobre el sofá y me tiró un cojín. No sé qué problemas teníamos en aquel entonces con tirarnos cosas a la cara.

—Como se nota que ya no te dan lo tuyo, perra.

Me puse roja hasta la raíz del pelo. Nunca en mi vida había follado tanto y tan bien, la verdad. Solo de pensarlo me volvía a poner cachonda, parecía que en las manos de Esteban yo no tenía límites. Llevé mi mente hacia otros derroteros.

—Supongo que Oliver ya te habrá contado...

—Cari —le dijo Álex a mi hermano, ignorándome por completo—. ¿Sabías que tu hermana se está follando a mi hermano?

—Yo no me follo a nadie —protesté.

—Bueno, sí, tienes razón. Te lo follabas. ¿Tú lo sabías, cari?

—Me lo contasteis vosotras y yo tardo en olvidar que mi hermana pequeña tiene actividad sexual. Espero que use protección, que si aparece con un bombo el viejo se muere.

—Eh, que estoy delante de vosotros —volví a protestar.

—Venga, cuéntame qué ha pasado —me pinchó ella.

—¿No te lo ha contado Oliver? —respondí con brusquedad.

Ella dudó y vi como intercambiaba una miradita con mi hermano. Yo los miré a los dos, alternando entre los ojos azules de él y los de ella, enmarcados por su melena pelirroja. Me dio el baile de San Vito porque empezaba a sentirme inquieta.

—¿Qué pasa?

Se recogió el pelo en una coleta alta como por casualidad, pero yo la conocía demasiado bien como para no darme cuenta de que estaba haciendo tiempo.

—Álex...

—Se ha ido de casa.

—¿Cómo? ¿A dónde? —pregunté.

—A casa de Isaac.

—¿Su compañero de trabajo? —balbuceé—. ¿Por qué?

Isra se apartó un poco para mirarme.

—Hablé con él el domingo —dijo—. No sé qué os ha pasado, pero se quedó jodido. Dijo que si seguía viéndote se iba a volver loco y que lo mejor era alejarse. Yo debo ser el nexo de unión entre los dos, así que ha decidido mandarme a la mierda a mí también.

—Sí, eso me dijo a mí también cuando vino a recoger sus cosas —intervino Álex—. Tampoco me sorprendió mucho, ya sabéis cómo es Oliver. A idas y venidas no le gana nadie. Cualquiera día volverá a Nueva York y me enteraré por un estado de Facebook.

Serví el vino, dando por zanjada la conversación. Si quería desaparecer estaba en su derecho, igual que yo de no darle más importancia al tema.

Oí un ruido que me avisó de que Esteban llegaba a casa. En cuanto cerró la puerta detrás de él volvieron los nervios y el vértigo a mi estómago, así que me senté en el suelo con las piernas cruzadas y me refugié detrás de la copa de vino y de Capi, que pululaba por allí. Álex debió darse cuenta de algo, porque levantó las cejitas pelirrojas en un gesto interrogante.

Esteban cubrió la distancia hasta el salón con pocos pasos y dejó las bolsas en la mesa, mirándolos mientras colocaba la comida. Menos mal que él estaba en todo, porque lo que yo podía ofrecerles para comer eran aceitunas y ganchitos naranjas pasados.

—Hola, chicos.

—Hola —contestaron al unísono, arrancándome una carcajada.

—Qué monos —dije, con un poco de retintín.

Esteban se arrodilló hasta quedar a mi altura y acarició a Capi con ternura. Después me apartó el pelo con una caricia y me sujetó la cara.

—Hola, muñeca.

Me besó con ternura y después se levantó anunciando que iba a abrir otra botella de vino blanco fría y a por otra copa para él. La parejita seguía en el sofá, con la boca abierta y los ojos como platos. Yo no me atrevía ni a moverme, mucho menos a mirarles.

—¿Qué? —refunfuñé.

—¿Qué cojones está pasando aquí, Ali? —Álex contuvo su sorpresa en un murmullo que sonó demasiado agudo.

—¿Podemos hablarlo luego?

—No. Te estabas follando a mi hermano, le mandas a la mierda, ¿y ya te estás follando a otro?

—No le mandé a la mierda. Decidimos que era lo mejor. Y no me lo estoy follando. Bueno, sí, pero creo que no es solo eso.

—Nena —interrumpió Isra—. Técnicamente fue él el que mandó a mi hermana a

la mierda y no se habían declarado exclusividad ni nada de eso.

—Cállate —contestó Álex, poniendo morritos—, joder.

—Es mi hermana.

—Y mi hermano.

Se desafiaron con un gesto duro y se separaron. Yo me senté en medio de los dos y le palmeé una rodilla a cada uno.

—No discutáis. Los dos tenéis razón. Pero esto ha surgido así. —Me giré hacia Álex—. Sé que es tu hermano y que esto es jodido para ti, pero Esteban es distinto. Es divertido, es un gilipollas y es el tío más tierno del mundo cuando quiere. Me hace sentir especial, como nunca lo había hecho antes. Nadie, Álex, te lo juro.

Se puso pálida.

—Pero es que tú le gustas.

—Y él me gustaba a mí. —Cambié el tiempo verbal aposta, sin saber si me estaba engañando a mí misma o siendo sincera por primera vez—. Pero a veces no basta con eso.

Escondió la cara entre las manos y decidí que lo mejor era escaparme a la cocina, para dejarles solos y darles tiempo a digerir. Esteban se estaba peleando con el sacacorchos.

—Me cago en su puta madre, por qué no harán los tapones de rosca.

Otra vez, me dio la sensación de que mi casa estaba completa y me reí.

—Anda, déjame.

Abrí la botella con un par de tirones.

—Gracias, cielo.

Me dio otro beso suave, pero sonrió contra mi boca y me levantó en volandas para ponerme sobre la encimera. Como cada vez que me llamaba cielo, tuve una sensación extraña. Abrí las piernas de manera automática y se coló entre ellas para besarme. Paramos cuando se nos empezó a agitar la respiración.

—Creo que deberíamos parar. Por tu hermano, más que nada, no quiero crearle un trauma.

—¿Te das cuenta de que cada vez que estamos cerca es como si no pudiéramos parar de tocarnos?

—Sí.

Se mordió el labio y yo se lo acaricié con el pulgar, obligándole a soltarlo y sustituyéndolo con mis propios dientes.

—Gracias —susurré cuando le solté.

—¿Por qué?

Hice un gesto con la cabeza, en dirección al salón.

—Por todo.

Nos besamos despacio. Después dejó un beso distraído en la punta de mi nariz y yo pensé que, cuando yo se la acariciaba mientras dormía, parecía un gatito recién nacido.

—Debo de ser el mejor novio del mundo.

El mundo se abrió bajo mis pies y como no supe qué contestar, le abracé fuerte y me perdí entre su olor y sus brazos. Pasaron unos segundos intensos en los que me acarició la espalda, de arriba abajo. Esperando.

—Sí —contesté al final, sin levantar la cabeza para mirarle, y solo porque entendí que él lo necesitaba—. Lo eres.

Capítulo 19

Frío

El resto del día discurrió tranquilo. Las dos parejas nos dedicamos a comer, beber y hablar sobre todo lo que se nos pasaba por la cabeza. De música, cine y libros. Esteban era muy de Proust y Tarantino, y yo me pasaba las tardes leyendo novelas negras, desde Agatha Christie a John Verdon, y me jactaba de tener una completísima colección de películas de Tim Burton. Casi todas protagonizadas por Johnny Depp, lo reconocía.

Esteban me apretó contra él en el sofá, orgulloso de sí mismo. O quizás de nosotros y nuestro tándem imperfecto. Quién sabía lo que se le estaría pasando por la cabeza.

Álex se pasó la mayor parte del tiempo sobre el regazo de mi hermano y yo a veces miraba a Isra como si fuera un marciano. Le había visto crecer, convertirse en un hombre, bastante guapo, debería añadir, con todo el asco que me daba reconocerlo siendo su hermana. Sin embargo, lo que ahora veía era distinto: tenía una sonrisa sincera que le iluminaba la cara entera y un brillo extraño en los ojos. Quizás Álex tuviera un carácter de esos que a mí me espantaban, pero, ¿y si ella era la chica que estaba hecha para el cabeza hueca de Isra?

—Me alegro mucho —les dije cuando me miraron como si de repente me hubiera vuelto loca—. Por los dos.

Alargué mucho la tarde porque no quería que se fueran, y aún no sé si lo hice porque los echaba de menos o porque no quería quedarme a solas con el que, al parecer, ya era mi novio. Volvía el vértigo a mi estómago cada vez que lo pensaba y el frío a mi columna vertebral. No entendía qué me pasaba. ¿Le tenía fobia a las relaciones serias de repente? Con Pablo no me había pasado aquello. Cuando nos conocimos todo fue natural y sencillo: quedábamos de vez en cuando, tomábamos algo, nos besábamos por todas las esquinas de Oviedo y follábamos en otras tantas, y unas semanas más tarde nos sentamos en una heladería para hablar de nosotros y de hacia dónde iba nuestra relación. Fijamos una fecha más por ser prácticos que por romanticismo, porque así sabríamos cuándo tendríamos que regalarnos algo y preparar desastres gastronómicos para celebrarlo. Prácticos, así fuimos siempre Pablo y yo, que no nos fuimos a vivir juntos porque nunca se nos ocurrieron motivos para hacerlo.

Cuando al final se fueron, Esteban se puso retozón y se esforzó por demostrarme que podía ser un buen novio y hacerme el amor con palabras dulces. En diez minutos fui yo la que le pidió que me pusiera a cuatro patas y me lo hiciera como si no hubiera mañana. No sé si necesitaba sentirme sucia o convencerme de que aquello no era tan serio como él quería pintarlo, pero cuando nos corrimos juntos mientras él me tiraba del pelo y me azotaba, sentí un alivio momentáneo que se esfumó en cuanto se

durmió enroscado a mi pecho con una expresión de paz en la cara. Yo tardé siglos en dormirme, sabiendo que a pesar de ser sábado, él iba a madrugar para no sé qué cosa de arreglar un sistema caído. No me defraudó y la alarma sonó a las siete y media de la mañana. Creo que no he hablado aún de la maldita alarma. Él tenía un reloj interno súper desarrollado que permitía que casi siempre se levantara antes de que sonara —y me trajera el desayuno a la cama—, pero cuando le fallaba, Tom Jones invadía mi habitación. Como era un tío híper conectado y lo primero que hacía al levantarse era chequear su correo en busca de crisis de empresa, era también su móvil el encargado de despertarle. Con el maldito Tom Jones y su maldito *I feel good*. El grito que pegaba el tío al principio hacía que todos los días, sin excepción, yo pegara un salto en la cama y refunfuñara un «me cago en la puta» muy poco romántico mientras él se reía, me daba los buenos días aún soñoliento y con legañas en sus ojos verdes y me dejaba un beso distraído en la comisura de los labios.

—Buenos días, reina.

E-mail, levantarse desnudo, ducha, café y mi desayuno en la cama mientras protestaba por la vidorra que en teoría yo me daba, y se iba silbando alguna canción que se le metía en la cabeza en cuanto se despertaba. Siempre tenía alguna y siempre me la mandaba a media mañana en algún *whatsapp* con un enlace a Youtube y emoticonos horteras. A veces decía que nosotros nunca tendríamos «nuestra canción» porque haría que cada día fuera distinto y nuestra música también. Y entonces recordaba a Oliver y sus Sexy Zebras y quería echarme a llorar, pero en lugar de ello yo contestaba usando también *smileys* horteras.

Aquel sábado la alarma sonó demasiado pronto, pero el grito de Tom Jones no me pilló por sorpresa. Aún seguía contando ovejas: treinta y siete mil cuatrocientas dos, y subiendo. No refunfuñé mientras él estiraba el brazo para apagarla ni respondí a su beso distraído, y cuando trajo el desayuno a la cama yo fingí que dormía. Él fingió que no se daba cuenta. Oí el ruido de la puerta al cerrarse y el de la lluvia golpeando la ventana, amortiguados ambos debajo de las mantas que me cubrían la cabeza. Aquello parecía una película de Jennifer Aniston en la que salía corriendo detrás de su auténtico amor luciendo cuerpazo a lo Miss Camiseta Mojada. Yo tenía celulitis y de todas maneras tampoco me moví. Cogí mi iPod y clavé los auriculares in-ear en lo más hondo de mis orejas. Rebusqué entre todas las canciones tristes y profundas, en una lista que había llamado «Regodéate en la miseria». Elegí a Billy Joel y su *All about soul*. Él tenía razón. Era cuestión de alma, todo radicaba en saber qué era lo que uno sentía. Yo no tenía ni idea de la vida, ni de sentimientos, ni de nada, porque lo había perdido todo con aquella estupidez de ir por ahí *sin bragas y a lo loco*. Había hecho caso de los consejos que todo el mundo me había dado, había dejado de pensar y había ido de un lado a otro, arrastrada por una marea sin preguntarme a dónde cojones quería yo llegar. Esteban se jactaba de ser un tío duro, de ser un borde, de no meterse en relaciones serias, pero yo sabía que se engañaba a sí mismo. Quizás era, inconscientemente, otra forma de coraza, distinta a la que Oliver y yo nos habíamos

autoimpuesto cuando nos habían roto el corazón. Corazones rotos, así éramos todos nosotros. Corazones rotos y remendados, con cicatrices viejas y recientes que solo conseguían recordar dolor y sentir miedo cuando llegaban sentimientos nuevos. Era como intentar construir una casa sobre arenas movedizas y rezar para que no se desmoronase.

Pensé en las láminas de Warhol. Abandonadas, tristes, sin nadie que las mirara. A veces aún me sorprendía darme cuenta de cómo hilamos nuestros pensamientos sin orden ni concierto. Me acurruqué en una esquina de mi cama, la que a Esteban le quedaba pequeña. La que había sido testigo del día que había echado a Oliver de allí con cajas destempladas. Pero, ¿qué coño pasaba conmigo? ¿Por qué no era capaz de dejar de pensar en él, que era como un tren de alta velocidad que me arrollaba y me dejaba hecha una mierda cada vez que se acercaba? ¿Por qué todo lo que me daba Esteban no era nunca suficiente?

Porque habíamos empezado la casa por el tejado, me contesté. Porque vivíamos juntos antes de conocernos y aquello me quedaba grande. Porque él era de gestos grandilocuentes, de subirme a la montaña y enseñarme las estrellas, y yo era más de caminar juntos y perdernos en algún café oscuro a meternos mano. Él era de Proust y yo de Verdon. Él de Tarantino y yo de Burton. Él de Tom Delonge y yo de ver en directo a Bon Jovi cada vez que venía a España. Y sé que dicen que los polos opuestos se atraen, pero es que no podía encontrar ningún punto en común para encontrarnos y coger impulso hacia el otro.

La vibración de mi iPhone en la mesa me sacó de tanta elucubración, que ya hacía que tuviera el estómago revuelto y se hubiera enfriado el café. Era un *mail* para el que no estaba preparada y menos cuando eran poco más de las ocho de la mañana.

Remitente: Oliver Hernández.

Sin asunto.

Mensaje:

Esto es demencial, Alicia. Demencial y absolutamente ridículo. Es absurdo, pero no sé aún si solo lo es la situación, tú, o yo.

«Todo», pensé. «Mi vida».

Voy a empezar por el principio. Ayer por la noche llamé a mi hermana, que no me cogió el teléfono a la primera porque debía de estar tirándose a tu hermano. Curiosa pareja, parece que se empeñan en demostrar que sí, que se puede. No sé ni el qué, ni cómo. Joder, estoy borracho. Seguramente nada de esto tenga sentido cuando lo leas. Clavando esos ojos tuyos, tan indefinidos, tan marrones y verdes, tan de cerrarse cuando suspiras y agitas la cabeza con desesperación. Echo de menos tu sonrisa, esa que tú odias y tapas con tu mano sin darte cuenta. Tengo la sensación de conocerte demasiado bien y solo han sido unas cuantas veces catastróficas. Todos los días me arrepiento de haberme ido de aquella cama. Del miedo. De ser un jodido imbécil que se fue dejándote allí desnuda en vez de follarte hasta que no volvieras a pensar en nada que no fuéramos tú y yo.

Me desvíó. Llamé a Álex porque sabía que iba a verte y yo, en el fondo, soy un puto masoquista que se ha obsesionado contigo sin saber por qué. Sois el colmo de la discreción. Lo sabía. Y ella dio muchas vueltas antes de contármelo, no sé si para taparme a mí o porque me conoce lo suficientemente bien como para saber que, quizás, eso fuera el catalizador que necesitaba. Ella tiene razón cuando dice que

soy un culo inquieto.

Me voy, Alicia. No es por ti (ni por mí). Es porque volví aquí huyendo y esperaba encontrarme... No sé. No sé qué esperaba, pero no esto, ni a ti, ni sentirme incómodo. Quizás vuelvo a huir y no me doy cuenta. No vuelvo a Nueva York, necesito empezar de cero.

Oliver.

No se despedía. No pedía perdón ni permiso, y el frío de mi columna vertebral volvió para quedarse.

Capítulo 20

Un desliz

Me vestí a toda velocidad sin mirar qué ropa me estaba poniendo. Al final resultó ser un jersey *oversize* color camel, unos *leggings* negros con pelotillas y las New Balance azules y naranjas, y entre una cosa y otra asomaban unos calcetines blancos con puntos verdes tamaño dedo pulgar. No me molesté ni en ponerme sujetador. Sí, era un cuadro y nadie debía verme en aquellas circunstancias, pero de repente tenía mucha prisa y todo eso me daba igual. Cogí las llaves de casa y del coche, el móvil, unos altavoces portátiles y la cartera y no me molesté en buscar un bolso, así que salí con todo eso en las manos, que me temblaban ligeramente. El Mondeo volvió a tardar un siglo en arrancar y yo elevé los ojos al cielo, rezando a pesar de mi ateísmo.

—Hoy no —murmuré—. Joder, no me falles hoy.

El cosmos se alió conmigo y arrancó. A la cuarta, cuando ya estaba dándole puñetazos al volante y llorando por todo y por nada en concreto, conecté el manos libres y esperé seis tonos mientras salía a la calle antes de que mi hermano respondiera.

—¿Pero tú sabes qué hora es? —gruñó entre malhumorado y somnoliento—. ¡Que es sábado, joder!

—Isra —hipé.

A pesar de estar en el otro extremo de la ciudad y solo unidos por el teléfono, noté que se asustó y se le pasó el enfado. Cosas de hermanos tan bien compenetrados. Pude hasta verle incorporándose en la cama.

—¿Qué te pasa, moco? —dijo con tono tranquilizador—. ¿Quieres que vaya?

—¿Está Álex contigo?

—Espera.

Oí palabras tiernas, para despertarla. Como las que me dedicaba Esteban cada mañana. Como las que nunca le escuché decir a Oliver. Oí que ella maldecía.

—¿Diga?

—¿Dónde está Oliver?

—Perdona, ¿qué dices?

—Tu hermano, joder. ¿Dónde está?

—En su casa, supongo.

Me estaba desesperando de muy mala manera y cagándome en toda la familia Hernández. La frustración ganó terreno a la sensación amarga que me invadía y paré el coche a un lado de la calle. Apreté el volante entre las manos.

—Álex, intenta prestarme atención. Oliver me acaba de mandar un *mail* borracho, diciendo no sé qué mierdas de que se va a ir. Necesito hablar con él. ¿Dónde está?

—Pero, ¿qué me estás contando?

—¡Álex! —grité.

—Joder, está en... Bueno, no lo sé, la verdad. Apunta la dirección de Isaac, supongo que a estas horas estará en casa.

La memoricé en cuanto me la recitó. Me dijo que estaba en uno de esos barrios nuevos con un montón de pisos vacíos que no lograban vender ni alquilar, edificios modernos y de colores chillones y un montón de rotondas infernales que te hacían llegar una y otra vez a calles a las que tú no querías ir. No sabía orientarme por allí, así que estaba a punto de colgar sin despedirme para conectarme a Apple Maps y dejar que hiciera el trabajo duro. La voz de Álex me paró los pies.

—¿Ali?

—Dime.

—¿Qué vas a hacer?

Lo pensé una décima de segundo.

—No lo sé.

—No me gusta tener que decirte esto, pero me toca los cojones que juegues con mi hermano.

—Y lo dices desde la cama del mío.

—Nosotros no follamos. Nosotros nos queremos.

Isra susurró un «te quiero» que llegó también hasta mis oídos. Me lo imaginé acariciando aquella melena pelirroja, perdiéndose en ella. Me alegraba por ellos, de verdad que sí, pero en aquella época estaba amargada, aunque yo aún no me había dado cuenta. Me dedicaba a hacer la vida de todo el mundo un poco más difícil.

—¿Por qué no me has llamado a mí?

—¿Qué?

—Has llamado a Isra. ¿Por qué no me has llamado a mí?

«Porque me das miedo, supongo». Callé y ella suspiró.

—Ya veo. Ten cuidado con lo que haces.

Colgó sin despedirse y yo me concentré en volver a conducir, despacio para no perderme las indicaciones, con la radio apagada y una mezcla de Tom Jones y Sexy Zebras metida en la cabeza. El parabrisas en marcha marcaba el ritmo de mis pensamientos, divididos entre la carretera y el lío de mi cabeza. Llovía a cántaros. No encontré sitio para aparcar en aquella calle ancha y de cuatro carriles donde vivía Isaac, así que me dediqué durante un rato a dar vueltas por el barrio. Aparqué en lo que comúnmente se llama a tomar por culo y bajé con mis pintas y todos los trastos en las manos. El pelo se me empapó en cuanto di un par de pasos y las ondas naturales se convirtieron en rizos desordenados. No me importaba nada, solo tenía un objetivo y quería alcanzarlo cuanto antes. Fui vagamente consciente de que era como en aquel capítulo de *Los Simpson* (sí, era de los ochenta, la generación que relacionaba todo con un capítulo de *Los Simpson*) en el que explican cómo es el ser humano quitándole una pelota a Maggie. Ni siquiera está jugando con ella, pero se encabrona cuando no puede ser suya. Y así es como pensé que tenía una edad mental de aproximadamente dos años. ¿Iba a ser siempre así?

La puerta del portal estaba abierta y subí dando zancadas hasta el 2.º C. Un tío bajito —en comparación con lo que yo estaba acostumbrada a tener encima— me abrió la puerta y me miró como se mira a un indigente loco que tira sus excrementos en la puerta de tu casa. Me di cuenta de que el jersey ancho, los *leggings* viejos, las zapatillas de colores, el pelo chorreante y la cara empapada hacían bien poco a favor de mi persona, pero es que encima solo pude balbucear cuando abrí la boca. El tío sujetó la puerta lo justo para que no pudiera ver nada más allá del espejo que adornaba la pared de la derecha.

—¿Está Oliver en casa? —conseguí articular.

—Y tú eres...

—Sí, perdona. Soy Alicia.

Apoyé todos los trastos contra mi pecho, los sostuve haciendo equilibrios con la mano izquierda y estiré la derecha hacia él. La miró con desagrado y me di cuenta de que no era solo mi pelo o mi cara, estaba empapada entera, de los pies a la cabeza. Me goteaban los dedos y el jersey. Compuso un gesto de reconocimiento que le cruzó la cara medio segundo y se apartó, dejándome pasar sin decir nada.

Era un piso moderno, tipo *loft*, que unía entrada, salón y cocina. Al fondo se intuía un pasillo que seguramente llevaría a las habitaciones, pero tampoco pensaba quedarme para averiguarlo. Una barra americana y unas estanterías dividían ambientes, y un sofá blanco, a juego con las paredes de ladrillo visto y pintado, daba la espalda a la puerta y estaba de cara a una tele de plasma, colocada en un mueble negro que a su vez también servía para dividir espacios. Detrás, una especie de estudio pequeño coronado por un Mac de tamaño desproporcionado, tanto que casi ocupaba toda la mesa, de madera negra y con pinta de haber llegado directamente desde Ikea. Muy moderno todo. Miré al tal Isaac levantando las cejas. Señaló el sofá.

—Ahí.

Sin añadir nada más, salió hacia la puerta por la que yo suponía que se pasaba al pasillo. Di la vuelta al sofá y me lo encontré allí tirado, cuan largo era, con la cabeza en un reposabrazos y los pies en el otro. Un antebrazo tapándole los ojos y la otra mano en el suelo, agarrando un vaso con líquido transparente. Parecía que dormía y me acerqué para recoger el vaso, que olía a alcohol fuerte. Lo tiré en el fregadero y volví para sentarme en el suelo con todos los bártulos a mi lado y abrazándome las rodillas.

—Vete —dijo, sin moverse—. No quiero que me veas así.

Arrastraba las vocales y las erres. Sacudí la cabeza y apoyé la frente en mis rodillas, esperando.

—¿Qué haces aquí?

Apenas le entendía.

—¿Quieres un café?

No entendí la respuesta, pero decidí que lo necesitábamos los dos y volví a la cocina. Eso de los *loft* empezaba a parecerme la hostia de práctico. Estaba estudiando

la Nespresso infernal y buscando cápsulas cuando él se acercó trastabillando a la cocina. Clavó los codos en una de las superficies planas de la izquierda y enterró la frente entre sus manos.

—Encimera —murmuró.

—¿Qué dices?

—Por tu culpa me ponen cachondo las encimeras.

Y a pesar de todo me tuve que reír. A carcajadas, hasta que me lagrimearon los ojos. Quizás era la tensión que sentía, pero después me sentí mejor y todo lo que tenía dentro se diluyó en un sentimiento de ternura cuando me volví para mirarle. Le cogí las manos, obligándole a soltarse la cara, que incluso le bamboleó un poco. Menuda mierda que tenía encima. Tiré de él en dirección a la pequeña mesa de cristal que había allí en medio. Cristal y colores negros y blancos, todo en aquel piso era así.

—Venga, siéntate.

Obedeció como un corderito o un niño pequeño. Parecía triste, perdido, solo. Yo lo había estado un día y Esteban quiso enseñarme a guiarme con las estrellas, pero empezaba a pensar que era más fácil encontrarse de la mano de alguien que te ayude. Encontré un par de tazas a juego con todo lo demás. Rojas con rayas negras que parecían cruzarlas sin orden ni concierto y platos a conjunto. Me giré para mirar a Oliver, que apoyaba la frente contra el cristal de la mesa. Estaba claro que temía por su verticalidad y buscaba superficies estables para mantenerse.

—¿Cómo te gusta el café?

—Contigo.

Suspiré y acerqué los dos cafés, solos, a la mesa. Le cogí la cara y le obligué a mirarme.

—Bebe.

—Estás muy mandona.

—Y tú muy borracho. Bebe. Tenemos que hablar y te necesito cuerdo.

Obedeció y dio un par de sorbos cortos.

—Esto sabe a horrible.

Nos quedamos callados, él revolviendo su café como si quisiera mezclarlo bien a pesar de no llevar nada. Yo miraba fijamente el líquido espeso y negro, sintiéndome un poco así también y preguntándome de repente qué cojones estaba yo haciendo allí, si no sabía lo que quería de él, de mí ni de la vida.

—No sé hacer nada bien.

Me sorprendió y me obligué a levantar la mirada hacia él. Iba a contestar cuando se levantó trastabillando y enredando los pies con las patas de la silla. Se dejó caer de rodillas y apoyó la cabeza en mi regazo, y yo, sin saber cómo reaccionar, me quedé tiesa como si me hubieran metido de repente un palo por el culo. Cruzó las manos en mi espalda sin levantar la cabeza, en una especie de abrazo improvisado. No sé por qué me fijé en ese momento en las baldosas de linóleo, blancas también, contrarrestando con el azul eléctrico de su camiseta. No hacía falta preguntarle nada,

ni siquiera contestar, yo sabía que solo necesitaba darse tiempo y yo necesitaba dárselo. Y dármelo. Nos quedamos así unos minutos.

—No sé hacer nada bien —repitió al final.

—No. Ni yo tampoco —contesté.

—No quiero que sigamos haciéndonos daño.

Hacernos daño sin saber por qué, sin ser conscientes, caminando en la cuerda floja sin un motivo y sin que nada nos esperara al final de aquel camino.

—¿Por qué lo hacemos? —Fui sincera en mi pregunta.

—A lo mejor estamos enamorados. Dicen que el amor vuelve a uno gilipollas.

—Tú sí que eres gilipollas.

Pero a lo mejor tenía razón. Al fin y al cabo, ¿cuándo ha sido racional el amor? ¿Cuándo ha elegido el corazón lo que es mejor para nosotros? ¿Cuántas veces nosotras, mujeres adultas y resabiadas que nos creemos fuertes e inteligentes, nos hemos dejado arrastrar como polillas hacia una luz cegadora que ha acabado quemándonos? Hice una lista mental de los líos de mis amigas. Nosotras nunca elegíamos lo fácil. Nunca nos quedábamos con el chico bueno que no tiene miedo de mostrar sus sentimientos. Nos gustaba pelear, sentir que nos lo trabajábamos y, al final, ganar. Nos gusta sentirnos como en aquella vieja canción de los setenta: *Guerreras*.

—¿A dónde te vas a ir?

—No lo sé —balbuceó.

—¿Por qué no vuelves a Nueva York?

Apretó las manos con más fuerza en mi espalda.

—Es una ciudad que te atrapa. Te vas metiendo poco a poco y luego no eres capaz de salir.

Asentí sin entenderle muy bien. En aquel momento creí que era solo una excusa o una manera de escapar de un entorno en el que también estaba su exnovia. Yo estaba tan cerrada en mi mundo y mis miedos que extrapolaba y creía que todos eran como yo. Miedo. El motor que movía mi vida. Valiente gilipollas estaba hecha.

Levantó la mirada hacia mí y yo me resquebrajé un poco ante aquellos ojos, que a pesar de estar turbios por culpa del alcohol, seguían siendo del azul más claro que he visto en mi vida, casi transparente. No me di cuenta de que había empezado a enredar mis dedos sobre el pelo que caía desordenado sobre su frente, tal como lo tenía cuando le recogí en el aeropuerto, y sonreí.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, ronroneando como un gato bajo mi contacto.

—Decirnos adiós.

—Ya.

Estaba pálido y me dio pena irme y dejarle así. Me estaba engañando, solo quería quedarme un poco más allí, con él y su olor a alcohol barato. Me levanté, arrastrándole conmigo.

—Venga, vamos a ver si podemos quitarte esa mierda que llevas encima.

Encontré el baño con facilidad, al fondo del pasillo escondido tras la puerta. A diferencia del espacio común, parecía sacado de *Cuéntame*, con sus azulejos marrones y espejo de madera incluidos. La ducha, sin embargo, era toda modernidad, de esas con cuatrocientos botones y distintos chorros con nombres como «lluvia de esencias» e historias de esas. Abrí el grifo de agua fría mientras Oliver apoyaba la cara contra el espejo, supongo que buscando un contacto estable para no perder el equilibrio. Soltaba gruñidos lastimeros y yo, que veía venir una catástrofe de la que no quería ser testigo, tiré de él y le metí en la ducha, vestido como estaba.

—¡Mecagoenlahostiaputajoder! —soltó del tirón.

—Silencio, no seas malhablado.

Me reí entre dientes.

—Te vas a enterar, pequeña.

Enfatizó aquel apelativo, trasladándome de nuevo al maldito aeropuerto. Era como volver al principio de una historia o una película moña, solo que ya sabíamos cómo acababa aquello y no tenía final feliz. Tiró de mi brazo y entré en la ducha trastabillando. El agua helada me endureció los pezones al momento. A lo mejor también tuvo algo que ver su camiseta empapada, pegándose a sus pectorales y su abdomen plano. Cristo señor, que ganas tenía de ponerme a lavar a mano en aquella tabla.

—¡Me cago en la puta! —grité.

—Silencio, no seas malhablada.

Se rio y vi que sus ojos recuperaban su brillo. Estaba empezando a despejarse cuando me di cuenta de la proximidad de nuestros cuerpos empapados de agua fría. Su mano se posó en el final de mi espalda como por casualidad y me besó el pelo, que caía ya en rizos indomables. Apoyé las manos en su pecho, en un intento vago de alejarme.

—No. No puedo.

—Una sola vez —dijo e introdujo una mano por debajo de mi jersey raído y la dejó rozando la base de mi pecho desnudo—. Una sola vez y te juro que no volverás a verme.

No dejábamos de mentirnos. Él a mí, yo a él. A nosotros mismos. Intenté mantenerme fría, intenté pensar en Esteban, que volvería a casa y la encontraría vacía mientras yo estaba allí, entregándome a otro tío. Eso me sirvió para alejarme de él y su olor embriagador, que le envolvía a pesar de no usar colonia y estar camuflado bajo esa bruma de vodka. Me giré para salir de allí, pero su mano me lo impidió y aprovechó para envolverse con la que le quedaba libre. Empezó a hacer círculos sobre mi sexo por encima de los *leggings* y mis bragas, demasiada poca tela para no sentir que me iba perdiendo.

—Por favor —supliqué—, pónmelo fácil.

Los dos recordamos el día en el que había sido él el que me había dicho esa misma frase. Noté que sonreía incluso dándome la espalda. Jugar a recordar el

principio era tan estimulante...

—El día que tú me llamaste borracha dormí toda la noche empalmado. Me lo debes.

—Esto está mal. Está fatal.

Se puso serio.

—Déjame compensarte por aquella última vez en la que tú me echaste y yo no tuve los cojones que hacían falta para quedarme y hacer que te corrieras una y otra vez.

Si lo hubiera hecho, quizás... Negué con la cabeza.

—No. Esteban no se merece esto.

—No tiene por qué enterarse.

—¿Hay palabras más manidas que esas, Oliver?

—Seguramente no. Pero me voy a ir. Déjame hacerlo bien.

Me rendí, porque su mano se había colado en mi ropa interior y una erección tímida se clavaba en mi espalda. Dedicamos diez minutos a besarnos como si nunca antes lo hubiéramos hecho y horas enteras a hacerlo como si no hubiera mañana, lo cual en ese caso era prácticamente cierto. En la ducha, en el suelo, en su cama. Con el último polvo nos trasladamos al sofá, porque su compañero de piso anunció que se largaba al cine para no escucharnos más. Debería haberme muerto de vergüenza, pero en sus brazos yo ya no era la misma. Me puso a cuatro patas y me folló despacio, rozando el punto más sensible de mi interior hasta que anuncié que iba a volver a correrme y que ya no podía más. Él me mordió el hombro y el cuello, dejándome la marca de sus dientes y sus ganas de mí.

—Nunca me voy a cansar de ti.

Se corrió con un gruñido gimiendo mi nombre y yo supe que aquello me iba a dejar agujetas y cicatrices en el alma.

Capítulo 21

El domingo más triste de cada mes

Me inventé una excusa de mierda. La triste realidad es que quería que Esteban me pillara. Quería que me dijera que sabía que le estaba poniendo los cuernos, que era una hija de puta y que lo nuestro se había acabado. Quería que le echara los cojones que yo no le había puesto a nada desde que había arrancado el año y me había sorprendido con más de lo que yo podía soportar.

Oliver y yo nos habíamos quedamos dormidos, desnudos en aquel sofá. Después se levantó sin despertarme y preparó la comida a pesar de que, según él, creía que iba a morir de resaca. La pizza casera sabía a gloria bendita después de aquella maratón de sexo, pero él juró que aún le sabía a vodka.

—¿Cómo puedes beber a esas horas de la mañana?

—Empecé por la noche, solo que la fiesta se alargó.

Nos reímos, nos embadurnamos con tomate y nos envolvimos con su propia versión de la manta de dormir la siesta. Le obligué a ver mi película favorita, *El Cuervo*. Me dijo que en el fondo debía ser una romántica empedernida con un punto tétrico que le daba miedo.

Cuando el sol cayó, decidí que había llegado el momento de irme.

—No irás a dejar solo a un enfermo terminal —me dijo cuando empecé a vestirme.

—Hay que ver el cuento que le echas.

—Tengo pupa en la punta del rabo, dame un besito.

Le arreé con un cojín, pero una cosa llevó a la otra y nos deleitamos con un maravilloso sesenta y nueve porque a mí ya no me daba el cuerpo para más. Después llamé a Esteban y solo le dije que me había ido a pasar el finde al pueblo con mi hermano y mis padres.

—Está bien —me contestó mi supuesto novio, sin mucho espíritu—. Pero vuelve pronto. Te echo de menos.

Colgué sin despedirme ni contestarle, consciente de que él debía saber que mi hermano no estaba en el pueblo. No me molesté en llamar a Isra para que me cubriera. Deseaba que me descubriera, que me mandase a la mierda. Así todo sería muchísimo más fácil...

Me decidí a volver a casa el lunes de madrugada. Mi Casio de pulsera de acero marcaba las 6.05. Tenía marcas por todo el cuerpo. Sus dientes en mi hombro, arañazos en la espalda y en el trasero, un moretón en la rodilla por culpa de mostrar demasiada efusividad en espacios pequeños, irritación en la zona íntima que parecía que me iba a impedir tener sexo en cosa de un mes.

Pasé diez minutos en la puerta cogiendo aire antes de entrar y encontrarme a Esteban en el sofá, a oscuras y con una melodía triste que bañaba el ambiente viciado.

Me acerqué, dejando los trastos en la mesa al pasar, y me senté en el suelo frente a él, cruzando las piernas en aquel gesto tan mío. Ladeé la cabeza, intentando identificar aquella canción, que empezaba a taladrarme las entrañas.

—¿Qué es? —pregunté.

—*Lo que dura un fin de semana*, de Pablo Moro —contestó aún sin mirarme—. Qué puto genio es el tío hablando de lo que nos jode la vida a los demás.

Escuché con atención: «el viaje más infinito que te puedo prometer llega solo hasta el domingo más triste de cada mes. Y algo se rompió en silencio... Empezaba a amanecer».

—Joder, Esteban.

—Escucha, escucha —y empezó a cantar—: «Y entre calles solitarias recuerdo aquel par de días, maldiciendo cada lunes con toda su realidad. Qué puta es la vida a veces, y otras qué de verdad».

—Yo...

—¿Lo has pasado bien?

Me miró por primera vez y sus ojos estaban más oscuros que nunca. Agaché la cabeza, no por vergüenza, sino por pena. Él había sido el único valiente. El único capaz de echarle cojones a la vida y olvidar el pasado dispuesto a empezar algo conmigo sin recuerdos tóxicos que estropearan lo nuestro. Él había apostado por nosotros mientras yo seguía encaprichada por un tío con el que nunca salía nada bien. Él estaba en casa mientras yo me perdía en otros brazos y ahora sus ojos me suplicaban que le mintiera. En ese mismo momento creí morir. No lloré porque no me quedaban lágrimas que derramar, las había gastado todas despidiéndome de Oliver, que solo fruncía el ceño como si no pudiera creérselo. Nos juramos que había sido la última vez, para cerrar una etapa. No me dijo a dónde se iba y yo no quise preguntárselo. Era mejor así.

Volví al presente y no supe qué decirle. Si hubiera podido darme de hostias a mí misma, lo hubiera hecho sin dudarlo.

—Contéstame —exigió—. ¿Lo has pasado bien?

—Yo... —tartamudeé—. No...

—Anoche llamó tu hermano. Estaba preocupado porque no sabía nada de ti, Alicia.

Volví a leer la súplica en sus ojos. «Miénteme», decían. «Hazme creer que todo está bien porque no puedo soportar otra hostia de la vida».

Y lo hice. Por primera vez en mi vida, mentí a mi novio.

—Necesitaba pensar. Estuve en casa de Lydia.

Dejó escapar el aire que contenía en los pulmones. No preguntó nada, no se mostró sorprendido. A mí aquello me iba a matar.

—Me voy a echar un rato.

—¿Quieres que vaya? —preguntó sin convicción.

—No.

Asintió y me dejó marchar. Me desnudé y me metí en la cama sintiendo una presión en el pecho. Esteban apareció en la puerta cuando no habían pasado ni dos minutos. No entró.

—¿Alicia?

—Dime —dije sin asomar ni la nariz.

—Haremos que funcione, cielo.

«Haremos que funcione». Qué frío sonaba aquello, joder. Me sentía enferma. Me sentía desprovista de emociones, fría, apática, y me dormí sin darme cuenta, recordando aquella vez en la que me había dado cuenta de que a fuerza de dejarme llevar, me había arrastrado con la marea, de un extremo a otro. No me moví, no soñé. Quizás mi vida debía ser así en adelante. Lo mejor para mí y mi salud mental. Lo sería. Nos iría bien. Teníamos que hacerlo bien.

Un ruido me despertó a tiempo de darme cuenta de que iba a llegar rematadamente tarde a la única reunión de aquel día. Estiré el brazo y cogí el iPhone, abriendo el *whatsapp* entrante con un ojo aún cerrado y el otro cubierto de legañas.

Oliver Hernández:

Hoy mi cama está vacía, acompáñame y te miro desde fuera esperando una señal.

Te quiero, pequeña.

Y entonces fui yo la que maldije aquel puto lunes, con toda su realidad.

Capítulo 22

Septiembre

Hacía demasiado calor, incluso para ser septiembre. El sol pegaba fuerte a pesar de que no debían de ser ni las diez de la mañana y yo aún tenía un par de horas libres por delante. Entré en el bar de debajo de mi casa —nunca me acostumbraría a decir «nuestra»— con los *peep toe* color crema en la mano, sintiendo de repente que mi vestido era demasiado corto y las ondas de mi pelo estaban demasiado desordenadas. Me había cortado el pelo un mes antes: un bob clásico que dejaba a la vista toda mi nuca y que me había parecido una idea estupenda hasta que lo dejé secar al aire. Me daba la impresión de que mis rizos naturales me hacían parecer un precioso champiñón.

La puerta chirrió cuando la empujé para entrar. Dentro, dos mesas ocupadas por un par de viejos jugando al mus contrastaban con una barra atestada de ejecutivos que desayunaban en silencio y sin mirarse. Consulté mi móvil porque de repente dudaba, quizás me había equivocado de fecha. No. Era cinco de septiembre, sábado. No todo el mundo se tomaba el trabajo tan relajadamente como yo, que no trabajaba prácticamente ningún fin de semana a pesar de que mi recién estrenada cartera de clientes empezaba a apuntar maneras y de que lo que ganaba aún servía exclusivamente para cubrir mi tarifa de autónoma. Nunca había sabido bien quién era Hacienda hasta que empezó a quedarse con mi dinero a través de mi gestora que, dicho sea de paso, también se quedaba con parte de mi dinero. Me cagué en Esteban por decimocuarta vez solo en aquella semana, por haberme convencido. Había perdido la cuenta de cuántas veces habíamos discutido por aquello durante el verano. Un verano que, por otra parte, había estado bastante bien, al menos el tiempo que no fingí estar muy ocupada como para hacer planes. Él me obligó a irnos de ruta por los Picos de Europa, lo cual me provocó ampollas en los pies y un cabreo que me duró una semana y media. Alguna vez le obligué a ir a la playa, y entonces fue él quien estuvo de un humor de perros durante más tiempo del que quiso reconocer, lo que a mí me provocó una secreta satisfacción. No entendía qué me estaba pasando. Me había convertido en una perra mala, una terrorista cargándose su propio entorno desde dentro.

Entré descalza, me senté en un taburete libre y dejé los zapatos en la barra, junto a mi cartera de mano que iba a juego con ellos. Un café rápido y me iría de vuelta a casa, donde me imaginaba que mi novio estaría desperezándose, buscándome o empezando a ponerse el traje. Por más que lo intentaba, ninguno de aquellos pensamientos me produjo una sensación de felicidad, paz o mariposas en el estómago. En realidad, me entristecí pensando que no me provocaban ningún tipo de sentimiento más allá de cierta desidia. La camarera, a la que reconocí como la madre del dueño del bar, ni siquiera se dignó a darse la vuelta.

—¿Qué va a ser?

—Un café. Solo, con hielo.

Apareció un par de minutos después, con un vaso cargado de hielos en una mano y una taza humeante en la otra. Me lo puso delante y se quedó allí, esperando quizás a que dijera algo. Tanto tiempo yendo al mismo bar tenía estas desventajas: la buena señora no se iría por las buenas. Al final, perdió la paciencia y las buenas formas.

—¿Una mañana dura, o un sábado de resaca?

—Un poco de las dos cosas.

—¿Boda?

Vi de reojo cómo señalaba mi ropa con el índice y asentí con la cabeza, mirándome las piernas, cruzadas y desnudas, levemente cubiertas por la falda del vestido, color salmón y palabra de honor. Un chollo de esos de internet que me pareció la mejor idea del mundo y que, como todo, había dejado de serlo.

—¿Boda complicada? —insistió.

Ahora sí, la miré irritada y suspiré intentando mantener la compostura. Qué culpa tendría ella de que fuera un día tan duro para mí.

—Sí. Sí que lo es.

Ella estiró las manos sobre la barra, tendiéndolas hacia mí como si quisiera acariciar las mías, pero se arrepintió a medio camino y entrecruzó los dedos.

—Ánimo, al menos en las bodas puede una desquitarse con la comida y la barra libre. No puede ser tan malo, ¿quién se casa?

—Mi exnovio y mi ex compañera de piso —contesté, cortante.

Ella murmuró una disculpa incómoda y huyó, fingiendo que la llamaban desde la cocina. Me quedé allí revolviendo mi café un tiempo indefinido, hasta que finalmente dejé el dinero en la barra y recogí mis zapatos y mi cartera. Sí, llegaba tarde. Me calcé pensando que aquellos tacones iban a matarme y barajé la posibilidad de fingir que estaba enferma: podría quedarme en casa haciendo una maratón de *Perdidos*.

Llamé a Esteban para decirle que le esperaba directamente en la estatua de la plaza de la catedral. No discutió ni pareció disgustado. Él pensaba que esto para mí era un trago que tenía que digerir para reconciliarme con Lydia, Pablo e incluso conmigo misma. Tenía razón; para mí era una manera de pasar página, de entender que a veces el destino nos jugaba esas malas pasadas y que yo no podría haber hecho nada para cambiarlo. Algo así como una especie de expiación por cada vez que me había culpado a mí misma por todo lo que yo no había sabido darle a mi ex.

Cuando llegué a la catedral, me pareció imponente por primera vez. Me sentí pequeña, muy pequeña, como una niña de cinco años con los zapatos de su madre. Poco después Esteban y yo nos reunimos con Álex y mi hermano para tomarnos una cerveza en la plaza, al pie del monumento, como si aún fuera uno de aquellos días de agosto en los que quedábamos para ir a la playa.

No era la primera vez que hacíamos planes de parejas dobles y en la mayoría habíamos vuelto a casa con mal sabor de boca. Mi novio y yo discutíamos por

tonterías y ellos se miraban, incómodos, hasta que nos retirábamos a seguir discutiendo en la intimidad de mi —nuestra— casa. Después, Álex me llamaba un par de horas y manteníamos la misma conversación.

—¿Estás bien? —Siempre seguía una pausa larga—. ¿Estáis bien?

—Sí —contestaba yo—. Claro. Es solo que los dos tenemos un carácter fuerte y ya se sabe...

Me fingía convencida y cambiaba de tema. Me estaba convirtiendo en una experta en el arte de mentir, porque el pobre no tenía una mierda de carácter fuerte. Era yo la que picaba y picaba, hasta que se le hinchaban los cojones y saltaba. Al final, sin excepción, siempre acabábamos haciéndolo como animales, tirándonos del pelo, arañándonos y mordiéndonos los labios y el cuello hasta dejarnos morados. Pensando en ello me puse roja y Esteban aprovechó para acariciar una de mis piernas desnudas por debajo de la mesa, esbozando una sonrisa pícaro que vaticinaba lo que me esperaba en casa, a la vuelta.

Álex se acercó el botellín a los labios, pintados de rojo, a juego con el vestido que era corto y rematadamente sexy. Llevaba la melena pelirroja y larguísima perfectamente peinada con tirabuzones estratégicamente colocados y desperdigados aquí y allá, enmarcando su cara pálida y pecosa. Tenía los pies apoyados sobre una silla y mi hermano no podía apartar los ojos de sus piernas, estiradas cuan largas eran. Sentí envidia y también me sentí gorda, la verdad, pero las miradas de Esteban comiéndome con los ojos me quitaron los complejos. Todos la imitamos y bebimos. Yo encendí un cigarro y me coloqué las gafas de sol.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—La una menos veinte —contestó mi hermano—. Joder, qué calor.

Qué bien, solo faltaban veinte minutos para enfrentarme a mi pequeño infierno personal.

—Que ascazo me dan las bodas —dijo Álex.

—Por favor. —Di una calada larga y le pasé el cigarro a Esteban antes de continuar—, no me toques los cojones. Yo ni siquiera sé qué hago aquí, además de ver cómo mi ex novio se casa con otra.

Esteban agachó la cabeza, pero no dijo nada. Isra, sentado al lado de mi mejor amiga, acarició su brazo con energía.

—Mi novia pretendía levantarte la moral, pero tiene una capacidad de convencimiento penosa —dijo Isra.

—Tu novia es una manipuladora de mucho cuidado —contesté, dando otro trago a mi cerveza y de mal humor.

—Estás teniendo una actitud equivocada, Ali. Perdonad y seréis perdonados —dijo la aludida—. Lo escribió alguien en la biblia.

—Ese alguien tiene mucho menos rencor acumulado que yo.

—Y también follará menos. Es que no se puede tener todo, hija —contestó ella.

—Álex, basta —interrumpió Isra—. Por Dios, que es mi hermana.

—Pues tienes a su maromo metiéndole mano por debajo de la mesa —apuntó Álex, mirando de reojo el brazo de Esteban perdiéndose bajo el mantel—, deberías empezar a asumir que follan. Porque follan, y mucho.

—¡Joder, ya vale! —gritó mi hermano lo que nos provocó una sonrisa.

Después las damas decidimos ir al baño a retocarnos. Álex se repasó los labios con mucha destreza y una barra con pinta de costar más que mi vestido, y yo simplemente apliqué el *gloss*, de un color rosa pálido. En ello estaba cuando Álex se apoyó contra la pared para escrutarme.

—Estás a tiempo, ¿sabes?

—¿Qué dices? —pregunté con la vista clavada en mi reflejo del espejo.

Se miró las manos, enredando los dedos.

—De irte. No sé si me habré equivocado convenciéndote de que deberías venir. No sé, yo pensaba que igual como ya has perdonado a Lydia, y que como Esteban y tú estáis bien —se interrumpió unos segundos en los que yo no aparté los ojos del espejo—, porque lo estáis, ¿no?

Me agarré al lavabo y apreté los dedos contra la porcelana. Ordené mis ideas antes de contestarle.

—No sé si la he perdonado. Quiero decir, la entiendo. No, tampoco es eso. Simplemente he comprendido que yo no tengo la culpa.

Me di perfecta cuenta de que había eludido la última pregunta.

—¿La culpa de qué?

—No sé, de que no tuviéramos suficiente sexo, de dejar que perdiéramos la pasión, de que ella era mejor que yo. Yo qué sé. Gilipollecés. Con el tiempo me he dado cuenta de que no es así, pero me ha costado trabajo entenderlo, Álex. Es algo que no sé cómo explicar, pero bueno, se han enamorado. Se casan. Me duele, porque es algo que ni siquiera llegó a plantearse cuando estaba conmigo, pero se quieren. ¿Quién soy yo para creer que no se lo merecen? ¿Y quién soy yo para creermelo peor que ella? No la he perdonado. Me he perdonado a mí.

Enmudeció tras mi discurso y me dio un abrazo.

—Mi niña se ha hecho mayor —susurró en mi oído—. Estoy muy orgullosa de ti.

Entramos los cuatro en la catedral cuando faltaban menos de cinco minutos para que diera comienzo la ceremonia. Agradecí el aire fresco sobre la piel, sensibilizada por el sol. Álex, seguida por Isra, se sentó en un hueco libre que había en un banco de la cuarta fila. Yo me quedé allí plantada, en medio del pasillo, con las rodillas temblorosas. Una cosa es que estés en paz contigo misma, y otra muy distinta que no sientas nada cuando tu exnovio se casa con una amiga tuya. A mí en aquel momento se me removieron las entrañas y apreté la mano de Esteban con más fuerza de la necesaria.

—¿Todo bien, cielo?

«Cielo», siempre me llamaba «cielo». Ahí estaba él, el tío más bueno y

comprensivo del mundo. En aquel momento pensé que cualquier otro se sentiría incómodo viendo a su novia así, trastocada por la boda de su ex, pero él no. Él era todo amor, todo ternura, todo comprensión, todo naturalidad, como si estuviera cansado de lidiar con situaciones como aquella. Él me devolvió el apretón, hasta que casi nos hicimos daño.

—No me sueltes —murmuré.

—Nunca.

Vi a Álex apoyando la cabeza en el hombro de mi hermano. Vi entrar a la novia, vi el «sí, quiero» y yo allí sentada al lado de mi novio, rígida, fría y sabiendo en lo más hondo de mi ser que no tenía nada parecido. ¿Qué pasaba conmigo? Y lo más importante, ¿cuándo iba a asumir que yo no le quería?

Capítulo 23

El final del precipicio

La semana pasó sin pena ni gloria. Empezaba a darme cuenta de que llevar mi propio negocio, si es que podía llamarse así, era terriblemente complicado. Las mañanas se me iban en reuniones con clientes que no entendían mis gráficos de colorines y las tardes las pasaba delante del ordenador dándole a la tecla. Era bueno porque significaba que en algún momento empezaría a tener ciertos beneficios a final de mes y además me permitía desconectar de la realidad, pero aun así, no era feliz. Por lo menos no tenía tiempo para recordar la boda de las narices ni el *Thank you for loving me* de Bon Jovi que sustituyó al clásico vals como baile nupcial. Usar a *mi* Jon Bon Jovi para mirarse con amor y moverse al unísono había sido como un puñetazo en la boca del estómago. En aquel momento tuve que recordarme a mí misma que estaba empezando a soltar lastre y olvidar los rencores, y un buen trago al vodka me ayudó a recordar que, pobrecitos, se querían. Tampoco tenía mucho tiempo de pensar en ÉL, con mayúsculas. Que se había ido sin despedirse. Bueno, no estrictamente hablando, pero yo sentía como si hubiera sido así. En todos aquellos meses ni siquiera le había preguntado a Álex si sabía algo de él. Menuda estupidez, claro que lo sabría. Su hermano no había huido de ella: había escapado por mí.

La única brecha en la semana ocurrió el miércoles, cuando Esteban apareció en pelotas en la habitación que ahora compartíamos. La mía, claro, porque yo no estaba dispuesta a convivir con los cuadros de Warhol.

—Hola, cielo, ¿quieres saludar a mi ciruelo?

—Menudo poeta de la calle que estás hecho.

Se me escapó una carcajada. A él debió motivarle aquel simple gesto, porque se lanzó sobre mí. La carcajada, las ganas y el entusiasmo se me congelaron en la garganta.

—Hoy no, Esteban.

Se sentó en el borde de la cama, donde estaba untándome las manos de una crema asquerosa que olía a rayos y que prometía manos suaves. No levanté la mirada y la mantuve clavada en el masaje de mis dedos, casi aburrida.

—Ali, ¿sabes cuánto hace que no...?

Pues no, no tenía ni idea porque ni siquiera recordaba la última vez que lo habíamos hecho.

—Estoy cansada —dije, metiéndome entre las sábanas y tapándome hasta la cabeza—. Apaga la luz cuando te acuestes.

Él salió dando un puñetazo al marco de la puerta y yo miré la hora de reajo. No eran ni las once.

El viernes después de aquel encontronazo me di cuenta de que odiaba los fines de semana. No sabía cuándo había empezado aquello, pero los odiaba. Había que ver

qué capacidad había tenido siempre para el autoengaño; sabía perfectamente que había empezado a cogerles tirria con aquel *email*, o con aquella dichosa canción de Pablo Moro. A veces me sentía hasta vieja, porque recordaba que a los veinte solo contaba los días para que llegara el viernes, salir hasta las tantas con Álex, Lydia y alguna amiga más, y volver a casa al amanecer con los zapatos en la mano. Cuando conocí a Pablo dejó de gustarme tanto, es cierto, y no tenía nada que ver que restregar cebolleta por los bares pasara a ser moralmente reprobable; prefería quedarme en casa viendo una peli con palomitas y echando un polvete de aquellos que lo único que me daban era sueño. Tampoco aprovechaba los domingos por haberme acostado pronto, porque nos tirábamos en el sofá a ver los maratones de *Los Simpson*. Sabía que salir podía ser divertido, el problema estaba en que el péndulo de la cercanía a la treintena se tambaleaba sobre mi cabeza y eso conllevaba que las resacas cada vez eran más insufribles y más largas, así que acabé por volver a cogerle tirria a salir.

Esteban no era como yo. Él siempre tenía un plan que a mí me horrorizaba. El día que me caí vestida dentro de un lago entendí de una vez y para siempre que la montaña no era para mí. Dadme un sofá y conquistaré el mundo. Pero el pobre le ponía tantas ganas y entusiasmo, y yo era tan cobarde que prefería huir a la francesa y quitarme dolores de cabeza. Estúpida de mí, me creía que le hacía un favor.

En fin, que aquel viernes por la noche soñé con ojos tan azules que casi transparentaban y me desperté cuando no eran ni las ocho. Intenté no hacer ruido al ponerme los vaqueros rotos y una camiseta que encontré tirada en el suelo, pero Esteban se despertó en cuanto me moví un poco y parecía alerta.

—¿Dónde vas?

Eché un vistazo al reloj, ganando tiempo para inventarme alguna excusa que me permitiera no hacer lo que sea que se le pasara a la cabeza. A estas alturas debía ser ya algo tipo luchar con osos hambrientos.

—Duérmete, cariño. Es pronto.

—Te estoy preguntando que a dónde vas.

—Yo... Es pronto. —Repetí, titubeando—. Voy a desayunar.

Puso el brazo detrás de la cabeza, sobre la almohada, y me miró, completamente despierto ya.

—Vete a la mierda. —Se giró para ponerse mirando a la ventana—. Y después haz lo que te dé la puta gana.

Me quedé fría, aún sentada en la cama.

—Esteban...

—Que te vayas, joder.

—Pero, ¿qué cojones te pasa? —grité.

Me imitó, sentándose también en la cama. La sábana le resbaló por el pecho, dejando al descubierto el vello. Clavé los ojos en él, pensando que así sería más fácil discutir.

—Que qué cojones me pasa. —Soltó una carcajada, siniestra y forzada—. Que

qué cojones me pasa. Que me cago en tu puta madre, Alicia, eso es lo que me pasa.

Se fue a la ducha, dejándome hirviendo de rabia. Me vestí con rapidez, cogí el bolso y abrí la puerta del baño donde estaba él, metido en la ducha, de espaldas a la puerta, con el agua recorriéndole la espalda y los puños apretados contra los azulejos de la pared, donde también tenía apoyada la frente. Tiré el bolso al suelo.

—Que sea la última vez —empecé, alzando la voz— que me faltas el respeto. —No contestó—. ¿Me has oído, Esteban?

A estas alturas gritaba, tan cabreada que veía su espalda y el agua que le caía por encima, como una mancha pálida. Capi, el cachorro que a estas alturas me llegaba a la cintura y se levantaba sobre las patas traseras para colgar las delanteras sobre mis hombros como si fuera un abrazo, empezó a aullar detrás de mí.

—Vete de una puta vez, hostia.

—¡Pero que esta es mi casa, imbécil, y tú no eres nadie para decirme que me vaya de mi puta casa, joder! —estallé.

—No, no soy nadie. —Había bajado la voz y empezado a negar con la cabeza, sin despegar la frente de los azulejos. De repente apretó más los puños, y empezó a golpear la pared con rabia una y otra vez—. Nadie. No soy nadie. Y esta es tu casa, y yo un puto invitado invadiendo tu puñetero espacio. —Se giró por fin para mirarme, con una mueca de rabia y el ceño fruncido—. Te lo voy a repetir una vez más, Alicia. Vete a la mierda.

—No, a la mierda te vas a ir tú.

Recogí el bolso y salí dando un portazo sin mirar si había recogido las llaves. Bajé al portal totalmente enfurecida, cabreada con Esteban, conmigo misma y hasta con el hilo musical del ascensor. Cuando abrí la puerta de la calle tiré el bolso contra la pared y solté un aullido que estaba contenido en mi pecho. Me llevé las manos al pelo y seguí gritando, soltando adrenalina, dejando que el cabreo se diluyera poco a poco, hasta que solo quedó impotencia y algo similar a la desesperación. Me senté en el único escalón que conectaba con la acera, enterré la cara en las manos y empecé a llorar, sintiendo que me asomaba a un precipicio y con una bomba entre las manos a punto de explotar. Tampoco era exactamente eso, porque llevaba paseándome por el borde demasiado tiempo y era solo el principio de un nuevo final. Creo que en el fondo esperaba que él bajara a pedirme perdón. A decirme que había dormido mal y se le había ido la pinza. Algo. Cualquier cosa. Pero pasó una hora y solo estaba yo, a solas con mi cabezonería y el orgullo que me impedía subirme al ascensor y pedir el perdón que él se merecía. Comprendí que no lloraba porque se avecinara una ruptura apoteósica, sino porque empezaba a sentirme mal por todo lo que no había sabido hacer bien. Tenía frío, había sido una idea pésima bajar en camiseta. Otra hora más y la puerta del portal se abrió despacio. Primero salió Capi, luego él, arrastrando la maleta y bolsas bajo los ojos. El perro se me acercó con cautela y yo dejé que posara encima de mí sus patas enormes, como si quisiera consolarme. Enterré la nariz en el pelo que olía a humedad, soltando allí mis últimos quejidos. Luego le acaricié la

cabeza y le obligué a apartarse. No tenía fuerzas para levantarme y Esteban no hizo ademán de acercarse. Me decidí a romper el hielo.

—Te vas —dije, señalando la maleta. No era una pregunta.

—No. Me has echado tú. De tu casa y de tu vida. Aunque a decir verdad ni siquiera creo que alguna vez me invitaras a entrar.

No supe qué decir, porque tenía razón. Todos estos meses de hacer de su vida un infierno habían acabado en lo que yo más anhelaba y nunca había querido admitir porque era una cobarde.

—Lo siento —contesté al final, dándome cuenta de que era cierto—. Te he hecho mucho daño. Lo sé.

—Mucho, Alicia. —Encendió un cigarro y me tendió uno. Expulsé el humo mirando la calle completamente desierta. Esperé, porque sabía que él aún no había acabado—. ¿Alguna vez fui algo más que un parche?

Preferí fingir que no le entendía.

—¿Perdón?

—¿Me has utilizado para intentar olvidarte de Oliver?

Oliver. En todos aquellos meses me había prohibido no solo pensar en él, sino hasta pronunciar su nombre. Fue como un latigazo en la espalda y a la vez como si me llenara los pulmones de aire tras mucho tiempo bajo el agua. Iba a pelear, lo supe en aquel preciso instante. A Esteban decidí mentirle. Total, ¿qué más daba una vez más con tal de que se marchara tranquilo?

—No, Esteban. Yo te quería.

Apagué el cigarro bajo mis pies y subí a casa con el sabor del humo, del alivio y del engaño clavados en el paladar.

Capítulo 24

Lija y terciopelo

Cuando entré en casa me recibió un silencio atroz. Nunca había visto la casa tan vacía. Me di cuenta de que yo nunca había vivido sola: había salido de la casa de mis padres para compartir piso con Lydia, después mi hermano había venido a sacarme de mi hibernación y al final había acabado metiéndome en la boca del lobo al mudarse Esteban. Al irse él había dejado su mitad del armario prácticamente vacía, pero su lámpara horrorosa, réplica de la Estrella de la Muerte de *Star Wars*, seguía en la mesita de su lado de la cama. Sus escasos libros y vinilos antiguos también reposaban aún repartidos por las estanterías. Solo eran unos cuantos repartidos entre millones de cosas más, como una réplica fiel de lo que había sido nuestra relación. En la almohada me esperaban unos folios emborronados, con un millón de tachones y manchas de tinta negra. Esteban debía haber dedicado mucho tiempo a escribir aquella carta, rehacerla y plasmar lo que quería reprocharme, pero no la había pasado a limpio y yo le conocía lo suficiente como para saber que lo había hecho aposta, para recordarme que yo ya no merecía que hiciera las cosas bien. Me armé de valor y me senté en el borde de la cama para leer.

Alicia,

Los fines de semana se me hacían cuesta arriba desde que me empeñé en hacer que lo nuestro funcionara. Tú estabas aún más distante que el resto de la semana, seguramente porque no estabas entretenida con el trabajo, pero el caso es que te encargabas de mantenerme apartado. Y yo, de acercarme. Te inventabas excusas, decías que habías quedado con Álex, con tu hermano o con Lydia, y yo sabía que me mentías a la puta cara. Eso, en el mejor de los casos, porque otras veces ni te molestabas y me regalabas simplemente momentos de silencio. No sabía dónde ibas, pero te veía levantarte temprano, esforzándote por no despertarme y vistiéndote a oscuras. Te ibas sin desayunar, seguramente con prisas y miedo a que yo me levantara y tuvieras que dar la cara. Llegué a desarrollar una especie de instinto: me despertaba cuando te girabas, cuando respirabas con más fuerza o cuando cambiabas de posición en la cama, y cuando conseguía pillarte yéndose de estrangis, yo solo sonreía, fingía que no pasaba nada y te proponía algún plan de mierda que, efectivamente, acababa siendo una puta mierda. Pretendía distraerte, divertirme, mantenerte a mi lado. Sin embargo, veía en tus ojos que cada vez odiabas más aquellos momentos. Lo mismo me daba llevarte a hacer una ruta por los Picos de Europa que a andar en bici, tú asentías, te resignabas hasta el punto de que podía verte el asco en la cara, y te limitabas a arrastrar los pies. A veces parecías cabreada y esos días eran aún peores. Echabas a correr, cuesta arriba en la ruta de turno, hasta que rompías a sudar y te faltaba el aire. Entonces te sentabas en una piedra a recuperar el resuello y esperarme a mí, que te miraba atónito unos metros por detrás.

«¿Qué cojones haces, Alicia?», preguntaba yo, exasperado.

Pero tampoco entonces me dabas explicaciones. Decías que el aire fresco te daba ganas de correr, de respirar hondo y no sé cuántas mierdas similares más que me ponían enfermo porque lo único que parecía era que querías escapar, y lo único que había allí de lo que pudieras huir era yo. Así era vivir contigo. Un puto infierno. Y hoy no iba a ser distinto.

Esperé. Esperé, esperé y esperé, Ali.

Después de que te fueras seguí dando puñetazos a los azulejos del baño con los dientes apretados. Me mordí el interior del labio hasta que sangré y entonces empecé a gritar. El agua de la ducha me caía por encima y casi me costaba respirar mientras mentalmente contaba desde cien hasta atrás. Cuando se me pasó el cabreo, más o menos a la altura del cuarenta y siete, me sentí imbécil, allí debajo del chorro, solo y pensando en ti, pero tampoco sabía qué cojones hacer. Salí del baño y puse música, dejando que los tíos de Marea pusieran voz a lo que yo sentía. El cielo y el suelo, putadas y amor, pereza y desvelo,

lija y terciopelo. Eso somos tú y yo. Me cago en la puta que te parió, Alicia.

Estaba nervioso. Una sensación de frío me recorría la espalda y me retorció las tripas. Por supuesto que pensé en salir corriendo detrás de ti, pero una parte de mí mismo, la misma que me invadía de frío y miedo, la única que conservaba la dignidad, sabía que era el final. Te conozco lo suficiente como para saber que no ibas a recular porque eres demasiado orgullosa. Y todos aquellos meses de rebañar migajas de cariño, de estar alerta para evitar que te fueras a hurtadillas, habían minado mi autoconfianza. Era como si me hubiera empeñado en enjaular a un león y luego me hubiera cabreado cuando me había arrancado un brazo. Era como si la culpa fuera mía. Yo, que te quise más que a mí mismo, había perdido la esencia de lo que había sido el día que te conocí. Ya no sabía dónde había quedado aquella confianza con la que te pillé desprevenida un frío mes de enero. Ni dónde se habían quedado aquellos polvos salvajes y furtivos en los que cada vez que me corría ya estaba deseando repetir.

Tú eras la que mandaba desde el principio. La que me llevaba por una autopista con baches sin que yo supiera conducir. La que había acabado con todo lo que yo había sido para convertirme en una marioneta entre tus manos, un pelele que se pasaba los días haciendo lo posible para no cagarla, esperando a que llegara el día en que todo volviera a ser como al principio, cuando follábamos como animales y veíamos películas de mierda en un sofá lleno de restos del chino. La que me ponía cachondo con solo pensar en la primera vez que se corrió entre mis dedos después de que el otro gilipollas la dejara a medias.

Te habías ido, no solo de la casa que compartimos sino escurriéndote entre mis dedos, y me habías dejado solo con una versión reducida de mí mismo que apenas reconocía en el espejo. Supongo que no estábamos destinados. Mandaré a alguien a por mis cosas.

Esteban.

Releí la carta varias veces. Esteban describía un infierno y yo ni siquiera me había dado cuenta de que había sido tan perra. ¿Cómo había llegado a ser así? Era posible que perder a Oliver me hubiera dejado, como poco, trastornada, pero ¿hasta el punto de volverme una egoísta sin sentimientos? Quizás tuviera que irme más atrás en el tiempo. Cada ruptura y cada decepción dejan cicatrices en el alma. A lo mejor habían sido demasiadas en muy poco tiempo. Pablo, Oliver, trabajo, madurar, crecer a la fuerza. A veces nos vamos endureciendo para protegernos y no nos damos cuenta de cómo herimos a los demás con nuestras corazas. Debía salir de mi caparazón. Debía conocerme, abrirme, quererme. Aprender que el dolor era solo un riesgo que correr si quería ganar.

Con todas aquellas ideas rondándome la cabeza, desbloqueé mi iPhone y localicé el contacto de Álex, que descolgó divertida antes de que sonara el tercer tono.

—Hola, mala puta.

Ah, aquellos saludos cariñosos, cuánto me gustaban.

—¿Estás ocupada?

—¿Estás bien? —contestó al percibir, supongo, la seriedad en mi voz.

Me armé de paciencia.

—Esteban se ha ido.

«O le he echado yo, no sé.»

—Ya. —No parecía muy sorprendida—. Voy para allá.

Colgó sin despedirse. Supongo que le aterrorizaba la idea de volver a perderme, como en aquellos días post-mi-ex en los que me había dado hasta por dejarme melenas en las piernas. Cuarenta minutos después sonó el timbre de mi casa. Álex entró como un elefante en una cacharrería, con una bolsa de la panadería de debajo de

mi casa. Se acomodó en la cocina y me la tendió.

—Toma. Cruasanes antidepresivos con mantequilla de esos que se quedan pegados a las carnes del culo hasta que mueras con ochenta años.

Justo lo que necesitaba para levantarme el ánimo. Cogí uno y le di un mordisquito tímido, con el estómago repentinamente revuelto. No sabía por dónde empezar, pero por suerte, Álex cogió las riendas.

—¿Le has echado tú o se ha ido él solo?

—Odio que vayas directa al grano —dije, para ganar tiempo mientras meditaba la respuesta—. Un poco de las dos cosas, creo.

Ella dio un mordisco que se llevó medio cruasán por delante. La miré con envidia, ¿dónde metería todo lo que comía?

—Venga —me instó con la boca llena—, cuéntame qué ha pasado, no me hagas tirarte de la lengua.

Hice un resumen de los hechos, aunque me salté la parte del principio, en la que me despertaba alterada porque había soñado con los ojos de su hermano. Luego le tendí la carta que me había dejado Esteban y que ella leyó con los ojillos entornados. Apenas terminó, me miró con una mezcla de rabia y lástima.

—Ali, que conste que eres mi mejor amiga y que te quiero y todas esas cosas, pero esto... —Agitó los folios delante de mi cara— no se hace.

—Ya, lo sé.

—Te pregunté tantas veces. ¿Por qué nunca me dijiste al menos que no eras feliz?

«Porque», pensé, «¿qué clase de persona considerarías que soy si sabes que estoy enamorada de tu hermano hasta las trancas y sin embargo le dejo ir porque soy una cobarde?»

—Era complicado, Álex.

—Suponía que no os iba tan bien como decías porque os veía discutir, pero coño, que dice y cito literalmente, que tú eres la que —agarró de nuevo la carta y siguió las líneas con el índice mientras leía en voz alta— «la que había acabado con todo lo que yo había sido para convertirme en una marioneta entre tus manos, un pelele que se pasaba los días haciendo lo posible para no cagarla, esperando a que llegara el día en que todo volviera a ser como al principio».

—Y así fue —reconocí, avergonzada.

—¿Por qué?

Empezaba a ponerme nerviosa aquel tercer grado. Decidí seguir mi recién adquirida seguridad y valentía, hice de tripas corazón y recé mentalmente todo lo que sabía antes de empezar a hablar.

—Porque no le quería. El problema es que me mentí a mí misma y arrastré a un montón de gente en el proceso: a Esteban, a ti, a... —Cogí aire, llenándome el pecho—. A tu hermano. Cuando Oliver y yo nos vimos por última vez para despedirnos creí que me iba a morir de pena, Álex, te lo juro. Fue como si se llevara con él una parte de mí, la parte buena.

Esperé. Mi amiga estaba boquiabierta.

—¿Cuándo os habéis despedido?

Se me hizo un nudo en la garganta. No se lo había dicho porque, de nuevo, era espantoso contarle que le había puesto los cuernos a mi novio con su hermano. Dios bendito, allí sentada con ella me di cuenta de repente de cuántas cosas había hecho de la peor manera posible en los últimos meses.

—Mira, de verdad que lo siento —dije, sin atreverme casi ni a mirarla—. No sé cómo arreglarlo, no sé ni cómo me he metido yo sola en este pozo de mierda.

—Por cobarde —contestó ella sin miramientos—. Eres una cobarde, Alicia. Tenías tanto miedo a pasarlo mal que te llevaste por delante los sentimientos de Esteban y los de mi hermano, mirándote el ombligo.

—Tu hermano y yo éramos como agua y aceite.

O como lija y terciopelo.

—Se fue por tu culpa —murmuró—. Imbécil.

Vale, me lo merecía, pero el insulto me dolió. Hice acopio de mis últimas fuerzas.

—Lo voy a arreglar, Álex, pero no sé cómo. Necesito que confíes en mí. Necesito que me ayudes a empezar de cero. —Mi tono se había vuelto suplicante—. Con él.

Álex estaba cabreada, se lo veía en esos ojos suyos, siempre con su especial tono rojizo. No contestó, pero alcanzó una maraña de papeles que descansaba en la esquina de la cocina y un boli, escribió algo en lo que resultó ser el prospecto de un medicamento para la tos y me lo tendió. Antes de que pudiera leerlo, tiró de mi barbilla con una de sus manos y me obligó a mirarla.

—Vuelve a cagarla con él y te juro que no volverás a saber nada de mí nunca más.

Se fue y yo leí el papel, en el que solo había una dirección escrita con la caligrafía espantosa de Álex.

Backtail St. 02, 2.º Dcha.

St. Paul's Bay.

Malta.

No la vuelvas a cagar.

Capítulo 25

Malta

Si me hubieran preguntado en aquel momento, ni siquiera hubiera sabido ubicar Malta en un mapa. Más allá de que mi padre de vez en cuando aún recordaba el 12-1 que les marcó España sabía Dios cuándo, tampoco tenía ni idea de qué había allí exactamente, ni qué podía haber llevado a Oliver a irse a una isla del Mediterráneo. Yo habría apostado un brazo a que había vuelto a Nueva York, a pesar de que él me había dicho en una ocasión que no quería volver a pisarlo porque tenía miedo a quedarse atrapado allí con aquella exnovia suya, Nadia, de la que no sabía nada.

Después de enterarme de dónde estaba, busqué información por internet. Malta parecía el típico sitio donde se reunían estudiantes de toda Europa para ganar cuatro duros en verano y practicar el inglés. Cuando acabé de deglutir toda la información que me proporcionó la Wikipedia le llamé, pero una operadora me informó de que aquel número había sido dado de baja. Fui a casa de Álex a pedirle su nuevo número, pero ella me tiró una toalla usada y húmeda a la cara.

—Échale cojones a la vida de una vez, Alicia.

Para colmo de males, Isra salió de una de las habitaciones mientras yo aún temblaba por el asco que me daba el olor a humedad metido a la fuerza en mis fosas nasales.

—Venga, moco —me picó—, que no se diga que los Méndez no tenemos cojones.

Volví a mi casa. Había que ver qué complicado me lo ponían todo y qué rápido se habían confabulado en mi contra. Un pensamiento llevó a otro y de repente me di cuenta de que últimamente siempre pillaba a mi hermano en casa de Álex. ¿Estarían viviendo juntos? Tomé buena nota de que debería sentarme a hablar con ella seriamente.

El siguiente paso fue mandarle un mail a Oliver.

Para: Oliver Hernández.

Asunto: Hola.

Mensaje:

No sé qué decirte. Lo he dejado con Esteban. Vuelve, por favor.

Alicia.

Lo sé. Espantoso. Pero aún fue peor cuando un correo automático apareció en mi bandeja de entrada apenas un minuto después avisándome de que no se había podido entregar mi mensaje. Me avergüenza reconocer que tiré el portátil al suelo por culpa de la frustración y, evidentemente, se rompió. Me tiré del pelo y después me rendí a la evidencia. Oliver se había esforzado para que yo no pudiera localizarle. Querría seguir adelante sin la loca que no era capaz de disfrutar de la vida, pero todo lo que había pasado hasta ahora me había enseñado a andar por ahí sin bragas y a lo loco.

Para algo debía servirme. Era la hora de quemar el último cartucho.

Salí de casa el jueves siguiente, a las once y media de la noche. Era ya 17 de septiembre y en Oviedo empezaba a hacer fresco. Sin embargo, yo llevaba solo una camiseta de tirantes debajo de la cazadora, porque había leído en algún foro que en Malta aún duraba el verano. Llevaba una maleta pequeña, de las de cabina. El presupuesto me había dado para comprar los billetes de autobús y de avión, pero no para facturar. O sí, pero quería reservarme algo de dinero por si tenía que pagarme un hotel. Mi itinerario era el siguiente (y juro que no encontré una combinación mejor ni más rápida): tenía un viaje de autobús de seis horas por delante durante la noche que me dejaría en el aeropuerto de Barajas a las siete de la mañana; después, cuatro horas muertas —que ni siquiera me servían para facturar— hasta las once, hora en la que embarcaría en un avión de una compañía *low-cost* seguramente rezando para no morir, porque, ya se sabía, los aviones y yo no nos llevábamos muy allá. Hora estimada de llegada a destino: 13.30 del viernes, 18 de septiembre. Una vez allí, el vacío. Había sacado billete de vuelta para una semana después, autoengañándome mientras pensaba que, si lo de Oliver no salía bien, encontraría una pensión o algo donde alojarme y disfrutaría de unas mercedísimas vacaciones conmigo misma que me resultarían muy útiles para aprender a sobrevivir sola y bla, bla, bla.

El viaje en autobús fue el infierno sobre ruedas. Antes de llegar al peaje del Huerna y, por lo tanto, antes siquiera de salir de Asturias, ya estaba mareada. Puse una película para intentar distraerme y fue peor el remedio que la enfermedad. La quité y me puse el iPod para intentar dormirme escuchando música. Dejé en repetición la primera canción que sonó, *How can you mend a broken heart*, de Al Green. Aquella canción, que no hablaba más que de remendar corazones rotos, consiguió sumirme en una especie de duermevela hasta que el amanecer se dibujó sobre el aeropuerto. Agradecí tanto bajarme de aquel suplicio que le di un beso en la mejilla al conductor del autobús.

Desgraciadamente, el vuelo fue peor. Primero, porque me aterroriza montar en avión, así que cuando comenzamos a despegar me agarré al reposabrazos como si fuera mi nuevo mejor amigo en el mundo, segundo porque el señor que estaba sentado a mi derecha se rio de mí y tercero, porque mi cuerpo había decidido que no era día para viajar, así que volví a marearme. El pobre señor terminó por darme la mano durante el aterrizaje y bajarme la maleta del cajón. A él también le di un beso cuando nos despedimos.

El aeropuerto era pequeño y ya se notaba el calor aun estando dentro. Sabía que estaba entre Luqa y Gudja porque me lo había chivado la Wikipedia, pero para mí era como si hubiera leído chino. Correteé por el edificio hasta que un comercial me vendió un viaje en *transfer* hasta donde yo quería llegar: St. Paul's Bay. Tras lo que me parecieron un millón de paradas para dejar turistas repartidos por toda la isla, me bajé en la plaza central del pueblo. Comprobé la hora: eran las cuatro y media de la tarde, estaba cansada, me encontraba mal, tenía hambre y empezaba a necesitar una

buena ducha.

Pregunté en uno de los bares de la plaza por la dirección que me había dado Álex y que resultó estar a solo dos o tres calles de allí. Pasear me sirvió para estirar las piernas y ponerme extremadamente nerviosa. Cuando llegué al portal temblaba como un flan. ¿Qué debía hacer? ¿Llamar al timbre? ¿Y después qué? ¿Debía decir algo tipo «hola, Oliver, soy la tía que te usó para ponerle los cuernos a su novio y de la que después huiste»? ¿Y si llegaba tarde y él estaba con otra? ¿Y si estaba con ella en casa y yo llegaba para pillarlos dándole al tema? El estómago se me subió a la altura de las amígdalas y tuve que sentarme a coger aire. Casi una hora después un vecino salió del portal y yo no lo pensé. Sujeté la puerta tras él y entré.

«Ahora o nunca».

Llamé al timbre del segundo derecha y esperé. Nada. Volví a llamar. Y llamé una tercera vez con los nudillos antes de que un grito me asaltara desde dentro.

—¡Ya va, joder!

Pues mucho inglés no parecía que estuviera aprendiendo.

Me arreglé el pelo como pude gracias a una coleta tirante antes de que él abriera la puerta vestido solo con unos bóxers de Bob Esponja. Aquello fue el detonante para explotar en una risa histérica acompañada de un mar de lágrimas. Él llevaba en la mano un móvil que se le cayó al suelo en cuanto me vio.

—Alicia —susurró.

—Hola, Oliver.

Nos miramos fijamente durante lo que me pareció un rato demasiado largo. Casi se me corta la respiración al volver a tener delante aquellos ojos tan azules que casi transparentaban. Me costaba hasta respirar. Después se hizo a un lado dejando libre la entrada.

—Pasa, por favor.

Entré. Me sentía perdida, no sé qué me esperaba, pero aquello no. Fuegos artificiales, sexo, a una rubia despampanante que no era yo, no sé, algo de emoción. Oí cómo cerraba la puerta a mis espaldas mientras yo me quedaba allí plantada, en medio de otro de esos apartamentos tipo *loft*. Qué manía tenía aquel hombre con los espacios abiertos por todas partes. Una barra americana separaba la cocina del salón-recibidor y él se metió allí detrás.

—¿Una cerveza? —preguntó, metiendo la cabeza en la nevera.

—¿No tienes algo más fuerte?

Me dedicó una sonrisa torcida y sacó de un mueble cercano una botella de vodka, que usó para llenar dos vasos con hielo. Se acercó a mí y me tendió uno antes de acomodarse en un sofá de dos piezas y cuero marrón que había contra una de las paredes. Palmeó en el asiento que había a su lado.

—Ven, siéntate.

Obedecí y me instalé a su lado, muy rígida, mirando al frente y sujetando el vaso con las dos manos. Él tamborileó con los dedos en su rodilla derecha, impaciente. Yo

me decía a mí misma que, ya que había llegado hasta allí, algo tenía que hacer, pero no me salían las palabras.

—Bueno, ¿me vas a contar qué haces aquí?

¿Había sonado cortante o eran imaginaciones mías?

—Yo... Yo... No sé... Es que...

—No tengo todo el día.

Sí, definitivamente había sonado cortante.

—¿Estás con alguien?

Ay, joder, pero ¿qué pasaba conmigo? ¿Qué conexión cerebral se me había roto para soltar eso en aquel momento?

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

Me giré para mirarle y le descubrí con el ceño fruncido. Seguramente estaría intentando entenderme a mí y a la situación, pero no había manera.

—Tienes razón, perdona —suspiré—. Empezaré desde el principio. Esteban y yo lo hemos dejado.

—Ajá.

«Que alguien me ponga una ronda de empatía, por favor.»

—Te echaba de menos.

Juro que pensé que así le ablandaría, pero me equivoqué de plano porque en lugar de eso tiró el vaso contra la pared de enfrente sin ni siquiera levantarse y estalló en mil pedazos brillantes.

—¿Y ahora vienes aquí a por tu segundo plato? ¿Aprovechas las vacaciones para echar un polvo? —gritó.

—Pero, ¿qué dices, Oliver?

—¡Siempre estás igual! Vienes, acabamos en la cama y cuando creo que me estoy acercando a ti te vas a tirarte a otro.

—¿Cómo?

—¡Lo que oyes, joder!

Me levanté, dejé el vaso en la barra y recogí la maleta de cabina, que había dejado al lado de la puerta.

—Mira, Oliver, te lo voy a explicar muy despacito para que lo entendamos los dos —dije, condescendiente—. Es cierto que últimamente he tomado muy malas decisiones. Que fui cobarde y me quedé con la opción fácil, también. Tú y yo éramos como agua y aceite, sabía que iba a salir mal antes de empezar y me aterroricé, nada más. Eso no te da derecho a tratarme como si fuera una puta que viene a follarte cuando le pica, ni a que tú te escudes en lo que yo he hecho y te olvides de que te fuiste sin pelear.

Enterró la cabeza en las manos y por un momento pareció tan desesperado que no pude más que acercarme. Enredé los dedos en su pelo. Tenía tantas ganas de besarle, de acariciarle, de perderme en él, que me dolía. Un dolor físico y tangible. Le apreté contra mí y para mi sorpresa, rodeó con sus brazos mi cintura y apoyó la cabeza en

mi vientre.

—¿Y quién me garantiza que no volveré a perderte? —preguntó, con voz temblorosa.

—Yo.

Apretó más fuerte.

—Tengo miedo —confesó.

—Yo también.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—Primero tenemos que perdonarnos —expliqué—. Mutuamente, pero también a nosotros mismos. Empezar de cero. Sin mentiras, sin salidas de tiesto.

—Tendremos que aprender a controlar nuestro carácter.

Me reí, más tranquila. Ya lidiaríamos con aquello, ahora tocaba aprender a caminar, como los bebés. Se aventuró a mirarme desde abajo.

—¿Quieres intentarlo?

Me emocioné al escucharle.

—Sí —contesté, con firmeza.

—¿Sabremos hacerlo?

—Aprenderemos. Lo haremos bien.

Tiró de mí para obligarme a sentarme a horcajadas sobre él. Nos miramos fijamente, aspiré su aroma, paseé mis dedos por su pecho desnudo y después señalé los calzoncillos de Bob Esponja.

—Pero estos se van a la basura.

Nos reímos los dos y no hubo para mí una sensación más dulce que la vibración de su pecho contra el mío. Él posó su mano en mi nuca y me atrajo hacia él. Sus labios se posaron contra los míos en un beso tremendamente suave, pero que contenía todas las ganas del mundo. El alivio y el fuego se extendieron bajo mi piel, surcándome las venas cuando nos dejamos llevar y nos convertimos en lenguas enredadas y suspiros contenidos. Me quitó la cazadora y la camiseta en pocos movimientos y sentí al fin su tacto contra mí. Tantos meses, tanto tiempo, y por fin estábamos allí. Lo haríamos bien.

Capítulo 26

La rendición

Cuando me desperté al día siguiente, tenía agujetas hasta en las pestañas. El sol entraba a raudales por la ventana, que se nos había olvidado tapar con las cortinas antes de dormirnos. Culpa del «fragor de la batalla». Oliver seguía dormido, y me recordó al día en que le había recogido en el aeropuerto, cuando se había dormido en mi coche de camino a casa. Aquel día había pensado que de esa manera volvía a ser el niño que había conocido hace tantos años, y ahora volvía a parecérmelo. Los ojos cerrados, el pelo castaño revuelto sobre la frente y la boca ligeramente entreabierta le hacían perder varios años. Le acaricié la mejilla con un dedo, sintiendo bajo mi yema una barba incipiente.

—¿Qué hora es? —preguntó mientras se ponía la almohada en la cara.

—Buenos días a ti también.

Nos reímos y se enroscó en mi cintura, descubriéndose la cara y esos ojazos suyos.

—Vuelve a acostarte, que no son horas.

—Me apetece café, ¿quieres?

—No. Déjame dormir, chiflada.

Se dio la vuelta, volvió a ponerse la almohada en la cara y yo no pude reprimir una sonrisa mientras salía de la habitación de puntillas, vestida solo con una camiseta suya que encontré tirada en una silla. ¿Dónde estarían mis bragas?

Abrí todos los cajones y armarios que encontré en la cocina antes de localizar una cafetera vieja, de las de toda la vida, que toda buena madre tiene aún en casa. Tardé otro rato largo en encontrar un paquete de café y para ello tuve que encaramarme a una silla y rebuscar en los armaritos más altos. Pensé que por el momento bastaría, porque si me ponía a rebuscar una tostadora, galletas o algo similar, despertaría al edificio entero.

Estaba de pie y apoyada en la barra americana esperando a que se hiciera el café y leyendo el periódico en mi tablet, cuando oí a Oliver levantarse de la cama. El somier crujió al moverse y sus pasos lentos le trajeron hasta la cocina-salón-entrada, donde estaba yo con una sonrisa de oreja a oreja. Le echó un vistazo a mis piernas desnudas y a su camiseta, que apenas me tapaba el trasero.

—Mmm. Ahora sí que son buenos días.

Se acercó a mí y me abrazó por detrás. Yo dejé las manos sobre la barra y él las suyas en mis caderas. Poco a poco empezó a subirlas hacia mi cintura, bajo la tela.

—Chica mala —dijo, mientras se mordía el labio—. ¿Qué haces por ahí sin bragas?

—No las encontré. Seguro que las has escondido tú, cerdo vicioso, para olerlas cuando me haya ido.

De pronto se puso serio.

—¿Crees que voy a dejar que te vayas?

Reconozco que la pregunta me pilló a contrapié, así que me puse a la defensiva.

—Pero Oliver, yo aquí no tengo nada, y además en Oviedo tengo mi trabajo, mi piso, mis amigas, a mi hermano...

La verdad es que creo que, si él hubiera insistido, yo hubiera sido perfectamente capaz de mandarlo todo a la mierda en aquel mismo instante, me hubiera quedado allí y me habría hecho *hippie*. Seguramente sería un buen sitio para el cultivo y venta ilegal de marihuana. Por suerte, todos aquellos delirios míos se quedaron en nada, porque él cogió una de mis manos y la estrechó entre las suyas, reclamando mi atención.

—Me iré contigo.

—¿Qué?

«Ay, mamá, ven a socorrerme que creo que estoy empezando a hiperventilar.»

—¿No dijimos anoche que lo íbamos a intentar? —Clavó su mirada en mis ojos y frunció el ceño—. Yo no tengo ganas ni edad de tener una relación a distancia.

—Tienes treinta y cuatro, tampoco eres tan mayor.

Era un intento bastante pobre de cambiar de tema, lo reconozco, pero ¿y si no salía bien y se arrepentía de haber dejado lo que sea que le había llevado allí? Mierda, ya estaba otra vez con los «y si». Oliver había puesto morritos.

—¿Qué te preocupa?

—Es que no sé si obligarte a dejar esto —hice un gesto con la mano, como abarcando el piso porque no sabía hasta dónde había llegado lo que podía haber conseguido en aquella ciudad— es la mejor de las ideas.

Mi móvil empezó a sonar, interrumpiéndonos. Comprobé en la pantalla que era Álex, seguramente ávida de información, pero no lo cogí. Ya le mandaría un *whatsapp* cuando pillara WiFi.

—No he dejado de escuchar esa canción desde que vine aquí. —Oliver miraba fijamente cómo mi móvil seguía vibrando encima de la meseta.

—¿Qué canción? «Rendirse a una sonrisa, a cada caricia, al sonido de una palabra» —pregunté, confusa.

—La que usas de tono de llamada. El maldito *Surrender* de Billy Talent, que tengo en repetición desde el día en que llegué.

Ah, sí. La que un día me había hecho meditar sobre lo que tenían Lydia y Pablo. Había que ver cuánto cambian las cosas en solo un día.

—¿Y por qué no dejas de escucharla?

—La pregunta correcta es —me acarició un brazo, mimoso— ¿por qué la utilizas de tono de llamada?

—Es mi favorita.

—¿Por qué?

¿Por qué? Joder, porque de eso iba el amor, ¿no?

—Porque sí —contesté, tozuda.

—Bueno, te voy a explicar por qué yo no puedo dejar de escucharla. Al principio pensaba que era porque me recordaba a ti, a cada vez que te llamaban y tú no podías evitar mirar de reojo, pero luego descubrí que va mucho más allá. Me paré a escucharla y resultó que hablaba de amor. De amor como lo entiendo yo, de ese que hace que pierdas la razón, de rendirse en el sentido más literal de la palabra. De dejarse engullir por sentimientos demasiado complicados para que yo pueda describirlos sin usar la música. La escuchaba una y otra vez y era yo el que quería rendirse a tu sonrisa, a tus cabreos, olvidar el dolor que nos hemos hecho. Habla de recuperar la esperanza, Alicia.

Me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento cuando empezó a dolerme el pecho.

—Oliver. —Solté el aire en un silbido al pronunciar su nombre—. Eso es. Por eso me gustaba. Siempre me había preguntado si habría alguien por ahí con el que pudiera rendirme.

—«Surrender» —tarareó— «*yourself to me*».

Le prometí que sí, que me rendiría a él, y luego hicimos el amor allí, en el suelo, dejando que Billy Talent hiciera su magia y nos erizara el vello de los brazos.

Al acabar nos quedamos un rato tumbados en el suelo frío, aún jadeantes. El reloj de pared marcaba las diez menos diez y yo tenía hambre.

—¿En esta casa tienes algo que se pueda desayunar?

—Claro, pequeña —se señaló la chorra—, sírvete tú misma.

La toqué con la punta del dedo.

—Pero es que a mí las cosas flácidas me dan como asquete.

—Alicia uno, orgullo masculino cero.

Me reí con ganas.

—Ay, Oliver, de verdad que me muero de hambre.

—Mira, te propongo una cosa: vamos a salir. Así evitamos tentaciones, porque la verdad, nena, es que no queda mucho más jugo que sacarme de ahí.

Lo cierto era que yo ya sentía escozor y las ingles como si me las tuvieran que amputar, así que me pareció muy buena idea.

—¿Dónde vamos?

—Bueno, resulta que yo vine aquí a olvidarme de ti. —Torcí el morro al escucharle—. Espera, espera. Mi plan era estar unos meses aquí, sacarme unas pelas e irme a algún otro sitio, pero fracasé. Trabajé de camarero una semana y tuvieron que echarme: no retenía ni una sola bebida, no prestaba atención y llegaba siempre rematadamente tarde porque me quedaba dormido cada mañana después de noches enteras sin pegar ojo. Todo porque no dejaba de pensar en ti, así que cambié de estrategia y me dediqué a fundirme los pocos ahorros que tenía en hacer turismo. Ahora voy a enseñarte a ti los rincones que me enamoraron de la isla, ¿te apetece? Y cuando tengas que irte, yo volveré contigo.

Aplaudí como una cría. ¡Vacaciones!

—¡Claro que me apetece!

—Pues vístete, que nos vamos.

Oliver sabía que me encantaba la naturaleza, así que aquel primer día los dedicó a «darme el gusto». Alquilamos un coche para toda la semana. Aquel día me llevó a ver la Gruta Azul, donde nos subimos en una barca que nos permitió recorrer las grutas naturales. El «capitán» era un señor que debía rondar los setenta años y que me permitió coger el timón, pero que a cambio me rozó una teta cuando terminé, ganándose un tortazo y las carcajadas generales del resto de los turistas. Allí mismo nos dimos un baño para refrescarnos y me maravilló ver nadar a Oliver: el agua era su entorno natural, se le veía cómodo, feliz y relajado.

Siguieron unos días maravillosos en los que nos dio tiempo a seguir descubriendo los rincones favoritos de mi chico. Comimos helados deliciosos en un parque que parecía dividir Mdina y Rabat, nos besamos como locos en el monumento de guerra del puerto de Valletta, me caí de culo en las piscinas naturales de Sliema y nos pusimos hasta arriba de pescado en los pueblos marineros del sur. Salimos de fiesta por Sant Julian's y nos metimos mano en todos los bares que encontramos en Paceville. Cada tarde descubríamos alguna cala en la que parar a descansar y darnos un baño antes de volver a su casa a entregarnos al fornicio.

El miércoles estaba triste porque era nuestro último día allí. Oliver había cogido billete de vuelta para el jueves, como yo, aunque en distinto vuelo porque el mío estaba lleno. Una y otra vez le pregunté que qué haría con sus cosas y él siempre respondía lo mismo:

—No tengo nada que me importe. Por mí, como si mi casera las quiere vender todas en eBay.

Prometió que ese día sería mi favorito, así que me despertó más temprano de lo habitual, con un zumo de naranja en una mano y una pastilla naranja en la otra.

—¿Qué es esto? —señalé la pastilla con el dedo.

—Una pastilla contra el mareo. Tómatela, por si acaso.

Obedecí y después me mandó a vestirme. También me pidió que me llevara el bikini ya puesto. Una hora después estábamos de nuevo en el puerto de Sliema, paseando de la mano. Se acercó decidido a uno de los barcos atracados, que parecía uno de esos minicruceros para turistas por el que te saquean los bolsillos. Mientras Oliver hablaba con el que parecía ser el amo del cotarro, leí en uno de los laterales «Gozo y Comino». ¡Qué ilusión, iba a ver la ventana azul! ¡Y el lago azul!

—Día de turistas total, pequeña. Venga, sube, que nos vamos.

El crucero no duró mucho, pero recorrió la costa de la isla mientras un guía nos explicaba cosas que nosotros ya habíamos visto. En Gozo me compré una gorra espantosa de *guiri* total y nos subimos en uno de esos autobuses turísticos que acabó el recorrido en la famosa ventana azul. Nos hicimos un millón de *selfies*. Fotos besándonos. Fotos mirándonos a los ojos. Y poco nos importaban las vistas que

tuviéramos detrás.

Por la tarde llegamos a Comino. Oliver me agarró la mano y me sacó del barco casi corriendo.

—Quiero que nos dé tiempo a bañarnos en el lago azul antes de volver —dijo.

Sin embargo, en vez de ir derechos a la playa, anduvimos cuesta arriba hasta llegar a un pequeño montículo sobre el que se veía el mar más azul que he visto en mi vida recortarse contra la roca. Tonos verdes y turquesas jugaban a mezclarse bajo el sol de septiembre, en un espectáculo que me dejó con la boca abierta. Oliver me abrazó por detrás, uniendo las manos en mi estómago. Oí como cogía aire antes de hablar.

—Quiero casarme contigo.

Me giré para mirarle con sorna y le tendí mi gorra.

—Toma, pónstela. Te ha dado mucho el sol y se te ha reblandecido el cerebro.

No se rio. Muy al contrario, tiró la gorra al suelo y cogió la mano con la que la sostenía. Después se arrodilló delante de mí.

—Ay, Dios —solté—. ¿Qué estás haciendo?

—Quiero casarme contigo —repitió—. No ahora, ni mañana, ni dentro de un mes, pero quiero hacerlo. Quiero que seas la mujer de mi vida y esta es mi forma de demostrarte que me voy a quedar a tu lado. Lo haremos bien. Esta es la forma que tengo de prometerte que voy a pelear por ti.

Se me saltaron las lágrimas. Estaba profundamente emocionada, quizás como nunca antes lo había estado. Sin saber muy bien lo que hacía, me dejé caer de rodillas delante de él.

—Yo también te lo prometo.

Pero no tenía ni idea de lo que le estaba prometiendo. No sabía si hablaba de que yo también lucharía por él, de que lo haríamos bien o de —¡madre mía!— matrimonio. Nos abrazamos, con mis lágrimas de emoción empapándonos a los dos y me di cuenta de que, al final, rendirse no era tan difícil.

Capítulo 27

Epílogo

Lo habíamos hecho bien. Al final sí, lo conseguimos. Oliver y yo volvimos juntos de aquella especie de «luna de miel» que nos habíamos montado en Malta y al principio nos costó acostumbrarnos, pero lo hicimos. Aquel mismo jueves nos presentamos en sociedad como pareja gracias a una cena que monté en casa. Bueno, tampoco fue una presentación muy extraordinaria, porque solo invité a mi hermano y a Álex. Isra me abrazó y me dijo que esta vez sí, se alegraba por mí. Álex no fue tan sutil, primero me calzó una colleja que casi me deja sin cuello y luego me abrazó.

—Como le hagas daño a mi hermano —me dijo al oído imitando el tono de *El Padrino*— te juro que te arranco los ojos y te meo en las cuencas para que te escueza. Álex, todo amor.

Nos costó ir despacio. Era absurdo, cada minuto que teníamos libre queríamos pasarlo juntos. En cuanto Oliver encontró un buen trabajo en una empresa de las afueras que se dedicaba a temas que se me escapaban de consultorías tecnológicas, se me pasó por la cabeza que tenía una habitación libre. Tan rápido como ese pensamiento apareció por mi cabeza lo deseché: había salido escaldada, no repetiría experiencia tan pronto. Sin embargo, un martes por la tarde, al volver de trabajar, me di cuenta de que hacía una semana y media que Oliver estaba en mi piso. Llevábamos poco más de un año.

—¿Tú no tienes casa?

—Sí, pero hace frío y la calefacción está muy cara —contestó él, divertido— y además hoy es tu cumpleaños. Tengo una sorpresa para ti.

Me arrastró a la habitación del pánico, donde yo ya me esperaba velas aromáticas y pétalos de rosa horteras. En lugar de eso, me encontré con que ya no había cama, armarios, ni láminas de Warhol. Había montado allí un despacho, con su mesa, donde había colocado mi ordenador y los papeles que tenía desparramados por toda la casa. También había estanterías con los libros que yo acumulaba en mi cuarto. Olía a muebles nuevos y libros viejos, a pintura y a comienzo. No sé cómo había montado aquello en un día, pero sospecho que había tenido ayuda de algún par de manos extra. Las paredes eran ahora de un blanco impoluto y en la del fondo había un vinilo sobre un sofá-cama, con una frase que reconocí de *El Cuervo*: *No llueve Eternamente*.

Empecé a dar vueltas sobre mí misma.

—¡Oliver, te has pasado!

Me dedicó una sonrisa torcida.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta, es precioso!

—Bueno, pues ahora viene el final de la sorpresa.

—¿Hay más?

—Alicia, mi vida —me cogió las dos manos—, cada vez pasamos más tiempo juntos. Prácticamente vivo aquí contigo.

—Aún no sé cómo he dejado que te acoples de esta manera.

—Calla, y no me arruines el momento. Como iba diciendo, creo que es hora de hacerlo oficial.

Sacó del bolsillo una cajita cuadrada y, como aquel día en el lago azul, se arrodilló delante de mí. La abrió y me mostró un anillo con un diamante pequeño y sencillo.

—Alicia Méndez, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, Oliver. Sí, quiero.

Fue una ceremonia sencilla a principios del mes de mayo del año siguiente. Isra fue mi padrino, a pesar de lo mucho que lloró mi padre cuando le expliqué que necesitaba que fuera mi hermano. Invité a Lydia y Pablo, que vinieron sonrientes y embarazados. Lo celebré con ellos. Álex e Isra aprovecharon para anunciar que después de tres años se iban a vivir juntos, pero sin mariconadas de bodas ni ceremonias extrañas. Pobres diablos.

Nuestro baile nupcial no fue un vals, ni peleé para poner a mi Bon Jovi. Nos movimos al ritmo de Billy Talent mientras Oliver me abrazaba y me susurraba cosas que eran solo tuyas y mías.

—Te lo prometí, pequeña. Siempre voy a luchar por ti.

Agradecimientos

El sueño de mi vida, desde que era una niña, siempre fue escribir. Recuerdo a mis padres leyéndome cuentos antes incluso de que supiera hacerlo sola, inspirándome, llevándome de la mano, dejándome que siguiera el camino de mi pasión. Fueron mis primeros y casi únicos lectores, los que siempre estaban ahí para animarme, apoyarme y evitar que tirara la toalla, siempre confiando en mí con una fe ciega y absoluta. Sin vosotros nunca hubiera llegado a ningún puerto. Gracias. También a esos primos que son mis hermanos, mis tíos, mi abuela y los que ya no están, pero que siempre me apoyaron. Sois la familia que todo escritor querría tener.

A ti, mi “F”, gracias por entender desde el día que me conociste cuál era mi sueño. Nunca podré agradecerte lo suficiente aquellos primeros consejos. Nadie como tú entiende lo que es un momento creativo: gracias por hacerme pelear, por escucharme, por lidiar con mis dudas, por ser mi fuente de inspiración, por estar a mi lado y darme la confianza que me faltaba para hacerme fuerte.

A mis amigas, mis brujas, mi consejo de sabias, mis biólogas y las que no lo son: gracias por vivir este momento conmigo, por emocionaros y por vuestra impaciencia. Me hacéis sentir grande.

Y, por último, gracias a mi maravillosa editora, por hacer realidad la ilusión de mi vida.